

Def
16

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

VIDA Y POESÍA EN EL ULISES CRIOLLO

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS HISPANICAS

P R E S E N T A

NOEMI LUCINA PARRA SANCHEZ



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE LETRAS HISPANICAS

México D.F.

Agosto 10. de 1984.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INTRODUCCION

La literatura como ejercicio mental, dice Alfonso Reyes, es una manera de expresar asuntos de cierta índole, la manera de expresión está determinada por la intención y el asunto de la obra; en tanto que los asuntos se refieren a la general experiencia humana. Reyes quiere decir con esto último que la literatura expresa al hombre en su aspecto humano. La no-literatura, en este sentido, expresaría al hombre dentro de un orden de conocimiento específico, por ejemplo: en cuanto a teólogo, científico, filósofo o político, y por lo tanto enmarcado dentro de la experiencia, que corresponde a cada tipo de conocimiento.¹

Por otro lado, la "literatura en pureza," que Reyes describe como el ejercicio de la mente volcado en literatura expresa, se puede convertir en lo que denomina "literatura ancilar" cuando lo literario invade otras corrientes del espíritu. Para mejor manejar esta idea, el autor se refiere a la "función ancilar" en la cual la "literatura ancilar" está contenida. En toda obra de pensamiento -explica- se observan, por un lado: a) la noética o curso del pensar y b) la noemática o conjunto de objetos mentales propuestos, que a su vez se reducen a temas: b₁) temas formales de expresión o lenguaje, b₂) asuntos mentados. Formas y asuntos que tienen dos fases: la poética y la semántica. La función ancilar -continúa Reyes- es cualquier servicio noemático prestado entre las distintas disciplinas del espíritu, sea poético o semántico. De ahí que exista lo matemático y lo no matemático; lo teológico y lo no teológico; lo literario y lo no literario, que es sólo un caso de la función ancilar, etc.

Para explicar los límites de la historia, Reyes afirma en ella modalidades de asunto (que pueden ser ensanches o limitaciones. Dentro de los ensanches se encuentran las inserciones de lo no humano que tocan de cerca lo humano. Ejem: El caso del petróleo en las relaciones político económicas. Dentro de las limitaciones, la historia prescinde de las relaciones humanas primitivas, asunto de la antropología, y prescinde, además, de las relaciones de la vida privada -biografías y autobiografías- por economía de método), y se pueden advertir también contaminaciones de giro mental, o contaminaciones por otras disciplinas. La historia acepta intromisiones de la ciencia y la literatura.

Cuando tenemos una contaminación de la historia por la literatura, que

1. Cf. Reyes, Alfonso. El declive. En Obras Completas FCE, t.XV, México 1980.

es lo que aquí nos interesa, nos encontramos con el caso de la biografía o relato de las existencias privadas, considerado por Reyes como un género anó malo, que participa de la historia por giro mental -al tomar a la literatura por sorpresa con frecuentes interrupciones- y de la literatura por su asunto prendido a las vidas particulares, es decir, un género híbrido, conformado en sí mismo como tal y no definido como una u otra cosa. Es un género que integra una interalimentación especial donde historia y literatura forman una entidad concebida como autónoma: La biografía.

De tal manera que no es posible marcar los límites entre historia y literatura, dentro de la autobiografía. No tenemos aquí un caso de "literatura ancilar" invadiendo el terreno histórico, porque la biografía es un ente singular donde estas dos formas de pensamiento no se prestan un servicio; sino que se fusionan para formar un nuevo género mixto, en donde la historia, dice Reyes, no podría responder a una definición convencional; mientras que la literatura se enriquece sin desvirtuarse, por ser una de sus características vivir, en gran parte, de los motivos e intenciones ajenos.

Según las definiciones de Edward H. Carr, la historia es un proceso de datos que atiende a la relevancia histórica, es decir, es un sistema selectivo de orientaciones no sólo cognitivas, sino también causales hacia la realidad, que se escogen después de la interpretación. Es la interacción continua entre el historiador y sus hechos, y un diálogo constante entre el presente y el pasado. Investiga en el pasado al hombre en sociedad, y empieza cuando se piensa en transmitir la tradición al futuro.²

Partiré en este trabajo de la definición no convencional de la historia, tal como Reyes la concibe dentro de la autobiografía -es decir, como una rara combinación de arte y de documento a la vez-. No obstante, sí utilizaré la definición de la historia de Carr para mejor ubicar estos datos, sin asegurar por ello que sean historia en el sentido estricto del término.

En el caso del texto vasconceliano podemos observar que los dos órdenes de aprehensión de la realidad se conjugan: El de la ficción, y el de la historia; el del hombre individual y el del hombre social. El propósito de este trabajo es el estudio y análisis de la compleja trama narrativa en la que fluyen historia e invención literaria, sin pretender desvincular dos disciplinas que conforman la totalidad narrativa de un género complejo que es la biografía. Para ello he utilizado el método de Historia y Literatura e Ideología y Literatura, que me han parecido, los más adecuados para realizar mi trabajo.

2. C.F. Edward H. Carr. ¿Qué es la historia? Edit. Seix Barral. Barcelona Esp. 1978.

2

ULISES CRIOLLO
(Análisis)

"La presente obra (...) Contiene la experiencia de un hombre y no aspira a la ejemplaridad sino al conocimiento..."

José Vasconcelos

I

Los primeros años

La evocación literaria:

" Mis primeros recuerdos emergen de una sensación acariciante y melodiosa. Era yo un retozo en el regazo materno. Sentíame prolongación física, porción apenas seccionada de una presencia tibia y protectora, casi divina. La voz entrañable de mi madre orientaba mis pensamientos, determinaba mis impulsos. Se diría que un cordón umbilical invisible y de carácter volitivo me ataba a ella y perduraba muchos años después de la ruptura del lazo fisiológico."³

La infancia de Vasconcelos transcurre dentro del vínculo indivisible madre-hijo. La madre había formado con el hijo un sólo cuerpo, para darle los elementos que lo protegiesen del mundo. Paulatinamente lo preserva y lo entrena, le asigna la religión católica, que a su vez ha sido la de sus antepasados; la de su patria; la que acompaña los temores familiares; la que norma toda una concepción particular de la existencia. Religión a la cual tienen que afiliarse padres e hijos para tener amparo en los tiempos adversos y consuelo en el sufrimiento.

Entre los peligros que atentan contra la vida familiar, se advierte, en ese entonces, la presencia de los indios de las reservaciones de Arizona que invaden el Sásabe Sonora, asesinan, roban y destruyen propiedades mexicanas. Así también se advierte el primer golpe político que recuerda Vasconcelos de parte de los norteamericanos: El cambio de límites geográficos que los yanquis establecen a su favor en la zona fronteriza del país. Contemplamos, aunque a manera de transfondo, las primeras alusiones históricas.

3. Vasconcelos, José. Ulises Criollo. Edit. Notas, Méx. 1935. p.7.

En su infancia, Vasconcelos padecía en carne propia la humillación de ser despojado de terreno mexicano, donde estaba establecido el pequeño pueblo que daba abrigo a su gente, para dar paso a la Comisión Norteamericana de límites, que imponía, amenazante, su bandera en el único sitio del desierto donde brotaba agua.

" Los hombres de uniforme azul no se acercaron a hablarnos; reservados y distantes esperaban nuestra partida para apoderarse de lo que les conviniese. El telégrafo funcionó; pero de México ordenaron nuestra retirada; éramos los débiles y resultaba inútil resistir. Los invasores no se apresuraban; en su pequeño campamento fumaban, esperaban, con la serenidad del poderoso." (pp 11-12)

Abundan en la autobiografía las referencias históricas que influenciaban la vida de la época. El abuelo de Vasconcelos se estableció en Tlaxiaco después de la guerra contra los franceses en el siglo XIX. En este pueblo tuvo en una ocasión, bajo sus cuidados médicos, a Porfirio Díaz, cuando este era héroe nacional, dice el autor:

" En su destierro, mi abuelo estuvo con Juárez en Nueva Orleans; después, durante la guerra contra los franceses, se estableció en Tlaxiaco, donde tuvo oculto a Porfirio Díaz y le curó una herida. Al triunfo del caaquismo se retiró de la política para seguir fiel al lordismo vencido; pero años después don Porfirio volvió a hacerlo senador." (p 22)

Quevedo y Zubieta asegura, que habiendo sido nombrado Díaz, por el a la sazón gobernador de Oaxaca Benito Juárez, Capitán de la compañía de infantería de la Guardia Nacional del partido de Ixtlán, en 1856, participó en 1857 en la batalla de Ixpapa, contra Don José M. Salado, quien se había levantado en nombre de la reacción clerical contra la Constitución naciente. En dicha batalla Díaz sufrió una extraña herida de bala que lo penetró por un costado del torso y se fue a alojar, atravesando su cuerpo, en una de las crestas iliacas. Después de algunas infructuosas curaciones, Díaz llegó a las manos de Don Esteban Calderón, abuelo de Vasconcelos, quien lo atendió en la Hacienda del Pie de la Cuesta cerca de Ixcapa. Varias incisiones dolorosas lo fueron practicadas al Caudillo sin resultado alguno, la bala estaba alojada en algún lugar desconocido. Al cabo de 18 días fue trasladado a Tlaxiaco, donde permaneció 15 días más bajo los

los cuidados de Don Esteban Calderón. Todavía con la bala en el cuerpo, se ve Díaz precisado a partir rumbo a Oaxaca. No sería sino hasta algunos meses más tarde, cuando un cirujano extranjero le extrajera la bala que otros médicos habían tratado de localizar sin encontrarla.⁴

Más tarde, Mascarelos toma a la imagen del Díaz desvirtuado, en aquel baile de la inauguración del edificio de la Aduana de Piedras Negras, cuando al correr las autoridades aquellas cortinitas blancas, aparece, ridículamente homenajeada por su séquito burocrático incondicional, la figura de Porfirio Díaz atiborrada de colgajos.

"Corrió por la sala el estremecimiento de lo solemne. Todas las miradas se volvieron hacia el desel. El jefe de la Aduana descorrió la cortina y apareció ante la pública veneración, el retrato de cuerpo entero del caudillo. Encendido el rostro mestizo, hinchado el busto de galones, cordones, medallas y cintajos; severa la mirada y bajo el brazo el sombrero de Divisionario del Ejército; plumas y tiras como toca de odalisca. La concurrencia entera, de pie, aplaudió largamente a su jefe máximo, al Padre de la Patria, soldado desleal de Tuxtepec y burlador de la Constitución que cada seis meses juraba cumplir. '¡Viva Porfirio Díaz!' -gritó tres veces el maestro de ceremonias.- Y el pobre rebaño, bien bañado -acababa de inaugurarse el servicio de agua en tubada- respondía: '¡Viva!'... Concluido el descubrimiento del 'Nuestro Amo' del altar cívico, la religión de la patria -decían los laicos-, el manso rebaño de ropas acabadas de estrenar se repartió por las salas, y unos bailaron y otros comieron del 'ambigú' con champaña. Si el cuerpo come y baila, ¿qué importa el afán de las almas!" (p. 26)

Al autor le indigna la actitud de la concurrencia que, por un poco de comida y baile, entregaban su conciencia al burlador de la patria. Venían después el reclamo y las preguntas del niño asombrado a los padres:

"-Pero entonces, mamá, ¿por qué tu papá le sanaba las heridas?... -"¡-jo, entonces peleaba contra el invasor extranjero... Además, hijo mío, Lerdo tuvo la culpa, era honrado, inteligente, pero lo motivó el diablo la manía de perseguir monjas, expulsó a los hermanos de la caridad, que Juárez mismo había perdonado, y el país sintió alivio al verlo partir..." (p. 27)

Juárez, en efecto ^{masa} ministrado a los católicos perseguidos, así como a personajes

conservadores que participaron en el gobierno de Maximiliano.; permitió su regreso a México y su reincorporación a la sociedad regida por los liberales; redujo castigos y penas de confiscación de bienes. Todo lo hizo de manera gradual y con ciertas reservas, para no permitir su reorganización política. Creó un paréntesis en la aplicación de las leyes de reforma, de manera tal que los católicos se fueran adaptando a un Estado laico, donde pudieran trabajar, al margen de la política, para fortalecer LA DOCTRINA CATÓLICA, A LA SAZÓN MUY DEBIDA.⁵

Justo Sierra, por su parte, explica que la política de Lerdo de Tejada de incorporar las Leyes de Reforma a la Constitución, así como su política económica de abrir vías ferroviarias de comunicación con capital europeo son tomadas por el sector clerical con irreverencia. La situación planteaba el advenimiento de una nueva guerra religiosa a la cual Lerdo se vió en la necesidad de adelantarse con firmes medidas legales. "La separación de la Iglesia y el Estado; la supresión de las comunidades religiosas como asociaciones absolutamente ilegales; la prohibición de adquirir bienes raíces a todas las corporaciones, y las consecuencias de todo esto en el estado civil de las personas, en las manifestaciones externas del culto." Estas fórmulas legales -dice Sierra-, hábilmente manejadas por la Iglesia, removieron las conciencias femeninas de la sociedad contra del gobierno que primero había aprobado: ".y comenzó con implacable tenacidad esa guerra sorda de las salones y cocinas, que ataca y embohece los más íntimos resortes gubernamentales. Lo que se ha llamado, no sabemos por qué, la expulsión de las hermanas de la caridad y la expulsión de algunos individuos de la Compañía de Jesús, puso el sello a este profundo malestar doméstico, colocando del lado de los perseguidos la consideración y la ternura".⁶ La madre de Vasconcelos expresaba en su profunda religiosidad, este sentimiento promovido por la iglesia.

Según Ralph Roeder, cuando Lerdo inició su gobierno gozaba de popularidad, pero al aprovechar y continuar la política precedente de Juárez para ejercer un control en las elecciones del Congreso y de los Estados, aumentando la preponderancia del ejecutivo, el pueblo entendía que obraba incrementando el poder personal, pecado que había criticado con dureza en Juárez. La situación se agravaba con la personalidad aristócrata de Lerdo, que tendía a despreciar la crítica de la opinión pública y a realizar desplantes de autosuficiencia. El estadista perdía amigos y partidarios, desagradaba su conducta orgullosa, su vanidad, hasta el punto en que sus torpezas propician su caída, atendiendo más a los pecados menores que a la política de su régimen. Terminó de dar su

5. Cf. Adamo Goddard, Jorge. El resurgimiento político y social de los católicos mexicanos. UNAM Méx. 1921.

6. Sierra, Justo. La evolución política del pueblo Mexicano, en Obras Completas, t. XII. UNAM. Méx. 1977. 377.

propio golpe de gracia al preparar la reelección de 1875. Tal situación, junto con la división surgida entre los liberales, fue aprovechada por Díaz para levantarse por segunda vez contra el Gobierno de la Reforma y tomar, esta vez con éxito, el poder.⁷

Díaz, en los treinta años siguientes, se valdría de la conducta que tan rigurosamente había criticado en sus predecesores: La reelección, la violación del sufragio, el Congreso integrado por sus adictos, el ejército por sus incondicionales, los Estados por gobernadores impuestos, etc. Establecía, sin máscaras, un régimen dictatorial con una sorprendente concentración de poder.⁸

Díaz, entonces, había sido merecedor de la solidaridad de sus compatriotas, de la ayuda y de la consideración para con su salud; pero en el momento del baile de Piedras Negras, cuando el hombre de ideales había descendido a la ambición, era vergonzoso homenajear al tuxtepecano, y el niño Vasconcelos así lo advertía.

Entre los asuntos citados por Vasconcelos, el conflicto de los indios norteamericanos y sus correrías en el norte de la República mexicana, había quedado sin resolver por los gobiernos reformistas. Después de la invasión de los Estados Unidos, por el artículo II del tratado de Guadalupe Hidalgo, este país contrajo la obligación de evitar y sancionar las incursiones de los llamados bárbaros en el norte de nuestro país. Sin embargo, hacían todo lo contrario, empujando dichas irrupciones desde Sonora hasta Tamaulipas, obstaculizando con el pánico los movimientos de tipo mercantil y agrícola.⁹

Los apaches, anhelando la independencia, se apartaban de las reservaciones para buscar refugio en las regiones despobladas del norte de México. Con el correr del tiempo, esto crea un estado de aguda fricción en la frontera. En 1877, bajo el gobierno de Díaz, el Presidente fraudulento norteamericano, Mr. Hayes, con el pretexto de castigar a los apaches, giraba órdenes para perseguirlos dentro de territorio mexicano, con o sin el consentimiento de Díaz; atribuyendo, detrás de sus acciones, intenciones de anexionarse al país a través de una guerra provocada, para distraer la atención de la opinión pública de su pueblo, que a la sazón le ocasionaba serios problemas, y cumplir, al mismo tiempo, el viejo deseo estadounidense de extender sus fronteras hasta Guatemala.¹⁰

El vecino del norte se perfilaba, con sus incansables avances territoriales, como el enemigo número uno de México. Antes de que Díaz abriera las puertas al inversionista de Norteamérica, Juárez y Lerdo se habían cuidado mucho de permitir la urgente construcción del ferrocarril mexicano, por no verse derrotados

7. Cf. Roeder, Ralph. Hacia un México moderno. FCL. Mex. 1973. 25-26 pp.
8. Cf. Roeder, Ralph. Op. Cit. p. 46. 9. Cf. Merriam, Justo.
Op. Cit. 253-257. 10. Cf. Roeder, Ralph. Op. Cit. 79-87 pp.

a la dependencia extranjera. El pueblo temía la invasión política, militar o económica de los poderosos.

Estados Unidos se valía de un problema menor -las correrías de los apaches en la frontera norte de México- para intentar apoderarse de nuestro territorio. Cuando Vasconcelos vive el peligro que los indios significaban para las familias del Sásabe, ya existía el lamentable antecedente histórico de la anexión de más de la mitad de nuestro territorio, que el vecino del norte llevó a cabo por la fuerza de las armas.

Ahora bien, reconocemos la historicidad del caso porque implica un número considerable de individuos que constituyen las distintas fuerzas sociales involucradas. Las acciones llevadas a cabo no sólo competen a individuos o voluntades aisladas; sino que se inscriben dentro del seno social. Las luchas sociales se establecen entre grupos políticos que se disputan el poder o que pugnan por la defensa de sus derechos, y los hombres sobresalientes, en este caso Hayes y Díaz, condicionan su individualidad, su voluntad personal, a las circunstancias. La historia investiga el pasado del hombre en sociedad, es decir, las luchas de los norteamericanos anexionistas contra los no anexionistas; las luchas de los primeros contra el pueblo de México; las repercusiones inmediatas en cada país: los movimientos internos, las corrientes políticas existentes, las condiciones económicas, la balanza de fuerzas, y todo lo que determina la vida de una nación.

El cambio de límites geográficos llevado a cabo por la Comisión Norteamericana de límites, la mañana en que el pueblo del Sásabe se despierta con tan desagradable noticia, se inscribe dentro de los mismos planes expansionistas de la política estadounidense, y sientan un precedente para alertar a México ante futuros problemas de vecindad, siendo nuestro país el más débil y el más propenso a perder y, por consecuencia, el más obligado a capitalizar sus experiencias históricas.

Los individuos, tanto de una nacionalidad como la otra, participantes o afectados en el enfrentamiento político, someten su poder de decisión a las circunstancias y al juego de fuerzas imperante. Washington decide avanzar sobre México porque el momento así lo permite, pero la idea individual está apoyada por el contexto histórico. La voluntad personal del presidente de México está contrariada por el imperativo de marcar la retirada ante el vecino fuerte. Los habitantes del Sásabe, individuos comunes de un pueblo pobre, ven afectados sus intereses, sus pocas pertenencias y su dignidad nacional por la imposición del poderoso. Los acontecimientos del Sásabe son, en fin, en cuanto inscritos en la balanza de fuerzas sociales en pugna y en cuanto a su relevancia, históricos.

En cuanto a la anécdota familiar con el héroe de Tustopuc, tenemos que Díaz,

incorporado al movimiento liberal, había contribuido a derrocar a la coalición del clero político y las clases conservadoras del régimen de la colonia que aun se mantenían en pie, en la guerra de Reforma; combatió contra los invasores franceses durante la intervención con admirable constancia y ~~Vasconcelos~~ ~~vera~~. En 1867 Díaz era uno de los más relevantes caudillos de la resistencia patriótica frente a las antiguas estructuras coloniales y al invasor extranjero; era, cuando recibía ayuda del abuelo materno de Vasconcelos en Tlaxiaco, el héroe cuyas futuras acciones terminarían por desprestigiar su imagen.

" Porfirio Díaz se hizo acreedor a la gratitud de la patria hasta que llegó el triunfo, que despertó la ambición y, comprometiendo su buen nombre manchó su hoja de servicios con las dos revueltas que plantearon que plantearon al héroe el problema de justificar su insubordinación civil y reconciliar su rebeldía con la integridad de la segunda revolución mexicana orgánica." ¹¹

En 1876, Díaz tomaba el poder por asalto. Los planes políticos esgrimidos en su etapa de rebelión, se oponían punto por punto a su propio comportamiento posterior como político. Contra Juárez y Lerdo protestaba por: La actitud reeleccionista, la violación del sufragio, el abuso de poder -favoritismo oficial, dominación de los Estados por medio de gobernadores impuestos, control del Congreso y la Suprema Corte, prostitución del ejército represor y, en general, la implantación de una dictadura disfrazada-. El caudillo había destituido a Lerdo, no en nombre de la democracia, sino en el nombre 'capital' de Porfirio Díaz. El hombre ^{Aquí} curaba el abuelo materno de nuestro autor, volteaba la cara a su patria. Lo descubría Vasconcelos, tiempo después, aún siendo niño, cuando contemplaba avergonzado el homenaje hecho por la Aduana y la sociedad de Piedras Negras, ~~al dictador~~, al dictador desenmascarado.

La evidencia estaba presente, la corrupción del gobernante brotaba de sus poros. La fiesta estaba impregnada del contexto histórico de la época: los mexicanos, por temor o por identificación ideológica, rendían culto a la traición; descendían a los más bajos niveles aclamando a quien había condenado el sistema de reelección. La clase media, a cambio, había obtenido algunos satisfactores: agua entubada, paz, inversión extranjera -que se convertía en un arma de dos filos-, etc. Ahí estaba la sociedad entera envilecida.

Los hechos rebasan la privacidad del festojo, trascienden hasta las esferas que manejan el destino del país. Vasconcelos cuestiona el comportamiento del 'héroe' pide explicación a sus padres de la conducta que tuvieron

que había traicionado sus propios principios. No toda la conciencia de Piedras Negras estaba comprada! Vasconcelos disonfia, dudaba, inquiria sobre ciertas conductas incomprensibles; dialogaba, recreaba los antecedentes del caudillo; interpretaba la inconsecuencia de sus actos; ejercia una forma historica de pensar.

Pero el relato sobre el baile de Piedras Negras tiene tambien un aspecto literario: Los minutos transcurridos entre el tiron de las cortinitas que ocultaban el retrato de Diaz y la continuacion de la fiesta, son mirados por el ojo escrutador y critico de la literatura; es decir, por el ejercicio mental que se genero en Vasconcelos; por el desempeño intelectual realizado; por la inteligencia cuestionadora que lo caracterizaba, desarrollada en el arte verbal literario, y que se inicio antes de ser transformado en palabras, en el pensamiento del escritor. El ojo escrutador de la literatura sera la apreciacion que de la realidad tiene Vasconcelos y la expresion artistica de tal vision.

En el discurso encontramos una intencion semantica ^{SIGNIFICADO} - Alfonso Reyes- que se refiere al suceder ficticio y una intencion formal que se refiere a la expresion estetica. Cuando se habla de ficcion en la literatura, no significa que todo lo por ella abarcado sea producto de la imaginacion ajena al nivel de la realidad. La literatura, por mas ajena que parezca de la realidad, parte de ella, aunque sea con un minimo de contacto. La ficcion se crea sobre esta base y no admite el recuento de los datos reales que pueda contener puesto que en esto reside la libertad literaria.

En la intencion formal -continua Reyes- se aplica el arte a la ejecucion verbal. La literatura exige un rigor en el lenguaje, que consiste en el descubrimiento de la palabra precisa e insustituible, que expresa de manera singular una ocurrencia unica, de tal forma que las palabras se combinan de manera impar para expresar dicha ocurrencia. Para la literatura, entonces, cada combinacion de palabras es intocable.¹²

En "Corrio por las salas el estremecimiento de lo solemne", el sentido literal de la frase es inconcebible: Dentro de la realidad, la solemnidad, como abstraccion, no puede correr por las salas convertida en estremecimiento; no puede convertirse en lo que no es, ni mucho menos tomarse atribuciones que no le corresponden, tales como correr. Sin embargo, la ficcion y la forma arrebatan sus derechos para poder expresarse con toda libertad: Diaz aparece con el rostro 'encendido' -Dice Vasconcelos-; pero encendido es una palabra lau-

12. Cf. Royon, Alfonso. El Caudillo, en Obras Completas, FCE, t. XV. México, 1960.

sitada, sorprendente en este contexto. ¿Encendido por qué luces?, ¿iluminado por quién?, ¿prendido por el fuego? Tal vez encendido por la mirada y la expresión que reflejaban la satisfacción por el poder. Encendido es ficción y encendido es arte verbal que desafía la cotidianeidad del lenguaje; encendido tiene un aspecto polisémico que da toda una gama de posibilidades a la interpretación del texto. Así mismo, en 'hinchado el busto de golones...', hinchado sugiere ese ajuste psicológico de precisión comunicativo-expresiva y ese ajuste estético del que habla Reyes.¹³ Pudiera semejar la imagen visual a la de un gallo abultado el pecho gallardamente; pero en este caso el pecho se ensancha de adornos, de condecoraciones, de premios obtenidos a lo largo de una ampulosa carrera, y de los cuales Vasconcelos se ríe al describirlos intencionalmente como cintajos o toca de odalisca. La idea es sarcástica: el pecho del hombre no se abulta por su gallardía, sino por la vanidad de colgarse la historia personal de la milicia.

"El rebaño bien bañado" asistía a la farsa y jugaba a la complicidad. Vasconcelos, con intención definida, llama rebaño a la gente. Rebaño da con la clave de comunicación-expresión exacta para hacer una acusación contra la concurrencia obediente y sumisa.

Díaz había llegado a ser venerado casi con devoción religiosa. Se había autoerigido en el poder más consolidado de la nación. Había enajenado las conciencias de su pueblo bajo seducción o bajo amenaza. El retrato de Díaz sugería un "altar cívico, la religión de la patria -decían los laicos-".

Para la explicación de esta idea Abelardo Villogas señala que ni el liberalismo, ni el positivismo, ejercieron un rechazo directo contra la religión. Sin embargo, deseaban educar bajo nuevos principios al pueblo mexicano. En su etapa de educador, el laicismo educativo de Justo Sierra pensó en la proposición de la 'religión de la patria' como una alternativa cívica y social, frente al catolicismo. Esto equivaldría a una modificación de carácter nacionalista que seguía el ejemplo del modelo de la Religión de la Humanidad de Augusto Comte, en la que los positivistas mexicanos habían participado. Es decir, mientras que para la Religión de la Humanidad la ciencia era el catecismo y los científicos los santos; para la Religión de la Patria, el altar de la humanidad sería sustituido por la Patria; el catecismo, por la historia nacional, y los santos por los héroes mexicanos. Con esto se intentaba aprovechar el impulso de la formación religiosa para crear una conciencia nacional e integrar un estado sólido.¹⁴

El altar cívico es una idea histórica hábilmente manejada por el discurso

13. Cf. Reyes, Alfonso. *El Donde*. Op. Cit.
 14. Cf. Villogas, Abelardo. *Éstos en el horizonte liberal*. UNAM. México, 1981 p. 70.

literario de nuestro autor para evidenciar la deificación de Díaz, y declarar al pueblo como un manso rebaño sometido al opio enajenador de la religión; esta vez de la religión que surge como un intento de control ideológico del sistema político porfirista.

En general, dentro del aspecto literario la ficción y la forma hacen un trabajo excelente, poniendo en valoración máxima las tres notas del lenguaje, según las ideas de Reyes: Intelectual, acústica y afectiva, para y por la literatura, para y por la comunicación artística de las ideas, del pensamiento, de la inteligencia crítica vasconceliana. La perspectiva histórica y la perspectiva literaria juegan entre sí, se complementan alternándose, conforman a lo largo de la obra el discurso biográfico y las características de hibridez señaladas por Reyes.

II

Un pionero chicano

Después de la estancia en el Sásabe, los Vasconcelos aparecen años más tarde en Piedras Negras. Era la época en que el pequeño José tenía que recibir instrucción primaria, de manera que ingresa a una pequeña escuela de Eagle Pass Texas.

La evidencia de pertenecer a un país subdesarrollado, siempre preocupó a Vasconcelos, quien aprendió a estimar la cultura nacional bajo la influencia de sus padres; aunque tuviera una idea muy referencial y anecdótica de lo que era su patria fuera de Piedras Negras. Sin embargo, no por ello dejaba de admirar el progreso, la civilización y la vida democrática del país vecino. "...los vecinos de Eagle Pass construían casa modernas y cómodas, mientras nosotros en Piedras Negras, seguíamos viviendo a lo bárbaro" (Op. Cit. p.). A nosotros nos tocaba ser la barbarie; al vecino, la civilización.

Fue durante su educación primaria cuando Vasconcelos vivió el golpe drástico de lo que el mexicano podía esperar de tan admirable nación; los acontecimientos históricos del cuarenta y siete estaban muy frescos para poder ser olvidados: "El odio de raza, los recuerdos del cuarenta y siete, mantenían, el rencor. Sin motivo, y sólo por el grito de "greasers" o de "gringo", solían producirse choques sangrientos." (Op. Cit. p.).

Después de la guerra de Independencia y pasado el peligro de la guerra con España, Estados Unidos posó los ojos codiciosos, sobre nuestro territorio, o mejor sería decir, los tenía ya puestos desde la época colonial; pero el peligro de una invasión se hizo entonces inminente. Grandes y ricas extensiones de tierra estaban en posesión de un pueblo que, hasta antes de Díaz, no había sabido darse una forma civilizada de gobierno, pensaban los americanos. México era para ello un territorio prácticamente despoblado y desperdiciado por sus habitantes. Una posesión que apenas había sido nominal y no real de Nueva España y México, eran sus tierras del norte, y los yanquis buscaban su "destino manifiesto" intentando anexárselas. El desprecio por esta raza debilitada surgida de la "inferioridad racial del indígena"; nuestra pobreza, ignorancia y vulnerabilidad, nos hacía fácil presa de su ambición. Los mexicanos vieron perder sus estados del norte; más de la mitad del suelo nacional. En adelante México sentiría con claridad el peligro del invasor.

Al grito de "greasers y gringos" se enfrentaban los rancos en la escuela de Eagle Pass, tratando de defender cada grupo racial su herencia

cultural.

En lo subsecuente, Vasconcelos tendría que afrontar y vivir problemas raciales a través de golpes y discusiones en clase. Su ~~posterior~~ política anti-imperialista empezaba a echar hondas raíces:

" Mi primera experiencia en la escuela de Eagle Pass, fue amarga. Vi niños norteamericanos y mexicanos sentados frente a una maestra cuyo idioma no comprendía. Súbitamente mi vecino más próximo, tejanito bilingüe dándome un codazo interpela: ' -Oye, ¿ v tú a cuántos de éstos les pegas? (...) En seguida nos enfrentaron... "(p.29)

EL RECIBIMIENTO ERA HOSTIL: UN IDIOMA EXTRAÑO Y UNA LUCHA A GOLPES PARA SABOREAR LOS PLACERES DEL PODEROSO.

"...Pero cuando se afirmaba en clase, con juicio muy infantil, pero ofensivo para otro infante, que cien yankees podían hacer correr a mil mexicanos, yo me levantaba a decir: 'Esto NO es cierto'. Y peor me irritaba si al hablar de las costumbres de los mexicanos junto con las de los esquimales, algún alumno decía: 'mexicans are a semi-civilized people'. En mi hogar se afirmaba al contrario, que los yankees eran recién venidos a la cultura. Me levantaba, pues, a repetir: 'tuvimos imprenta antes que vosotros'. Intervenía la maestra aplacándonos y diciendo: 'But look at Joe, he is a mexican, isn't he civilized?. isn't he a gentleman? (...) Se encendían de nuevo las pasiones. Nos hacíamos señas de reto para la hora del recreo. Al principio me bastaba con estar atento en clase para la defensa verbal. Los otros mexicanos me estimulaban, me apoyaban, durante el asueto se enfrentaban a mis contradictores, se cambiaban puñetazos." (p 36)

"Cien yanquis podían hacer correr a mil mexicanos'. El sajón confiaba en su superioridad de fuerza, de poder, en su superioridad militar. Una minoría numérica, creía, bastaba para derrotar a mil mexicanos. Estaba consciente de poseer un mayor grado de desarrollo físico, económico y militar. El enemigo estaba subalimentado, sin grandes recursos económicos y con armamento demasiado viejo. No obstante, el yanqui no contaba con la resistencia espiritual y anímica que sostenía a los mexicanos, por lo menos teóricamente, y en las discusiones de la escuela de Eagle Pass. De la indignación, nacaban fuerza para la defensa. ¿Cómo era posible que pudieran clasificarnos de semi-civilizados? había que demostrar que nosotros poseíamos una tradición cultural, ha-

bía que buscar en nuestras raíces una argumentación nacionalista que reivindicara a nuestra raza. Era cierta que durante la colonia la política española dejó a grandes masas de la población sin acceso a la educación, lo que había producido un retraso enorme en nuestro desarrollo; pero habíamos contado con sectores altamente educados, sobre todo dentro de la Iglesia; Mientras los Estados Unidos, decía nuestro autor, era una nación recién venida a la cultura. Procedíamos además de grandes culturas prehispánicas como la Azteca y la Maya. El niño mexicano de Eagle Pass, se veía precisado a defender su herencia histórica y tener algún punto de referencia respecto a sus orígenes; Ante la conciencia de la marginación, la búsqueda de la identidad se hacía inminente.

Octavio Paz dice en el Laberinto de la Soledad:

" La singularidad de ser -pura sensación en el niño- se transforma en problema y pregunta, en conciencia interrogante. A los pueblos en trance de crecimiento les ocurre algo parecido. Su ser se manifiesta como interrogación: ¿qué somos y cómo realizamos eso que somos?"¹⁵

Los pequeños alumnos mexicanos que padecían la discriminación racial junto con Vasconcelos, trataban de encontrar una explicación de su ser cultural, buscaban respuestas que comprobaran el valor de su existencia histórica. Al referirse nuestro autobiógrafo a la población mexicana de la escuela de Texas explica:

" Los mexicanos del curso no éramos muchos, pero sí resueltos. La independencia de Texas y la guerra del cuarenta y siete dividían la clase en campos rivales. Al hablar de mexicanos incluyo a muchos que aún viviendo en Texas y estando sus padres ciudadanizados, hacían causa común conmigo por razones de sangre. Y si no lo hubiesen querido era lo mismo, porque los yanquis los mantienen clasificados. Mexicanos completos no íbamos allí sino por excepción. Durante años fui el único permanente." (p.35)

El mexicano estaba marcado de nacimiento, aún habiendo nacido y siendo ciudadano de los Estados Unidos. El yanqui se encargaba, minuto a minuto de recordarle sus orígenes. No existía posibilidad alguna de asimilación completa con la población sajona. El mexicano sufría un necesario y forzado pro

ceso de concientización sobre sí mismo; sobre lo que era y representaba. Poseía una imperiosa necesidad de ser, de encontrar su identidad sacada del contexto mexicano y puesta en una cultura que lo era adversa. Bien temprano se daba cuenta de esta diferencia.

El niño José Vasconcelos, con principios familiares nacionalistas bien cimentados, no llegaría nunca a negar la reivindicación de su raza; no rechaza el retorno a sus orígenes mexicanos, ni tampoco desea asimilarse a la vida de Norteamérica. Es un tipo especial de chicano, cuyos padres disfrutaban de muy claros y altos conceptos respecto a su nacionalidad. Nunca se vió en la necesidad de negar a sus antepasados; nunca estuvo huérfano de valores, de creencias o costumbres. Su lengua materna seguía siendo el español. Aprovechaba las ventajas del bilingüismo sin abandonar el castellano por adoptar el inglés. Los niños que vivían en Texas, en cambio, tenían, por fuerza, que sufrir otro proceso: Se iban integrando paulatinamente a la vida de Norteamérica perdiendo el idioma, las tradiciones y la religión en muchas ocasiones. Vasconcelos salvaba estos problemas; aunque sabía ser justo e imparcial cuando México cometía torpezas.

" Constantemente se recordaba El Alamo, la matanza azteca consumada por Santa-Anna, en prisioneros de guerra. Nunca me creí obligado por presentar excusas; la Patria mexicana debe condenar también la tradición miliciana de nuestros generales, asesinos que seamboscan en batalla y después se ensañan con los vencidos." (p. 36)

En las discusiones que se entablaban en las clases de Eagle Pass, un buen día la rifa se personalizó entre Vasconcelos y un fornido rubio sajón. Esa misma tarde se golpearon hasta casi desallecer; sin embargo, con la cara hinchada y la nariz sangrante, el pequeño José continuaba haciendo frente tonaz, defendiendo lo que él consideraba el valor del mexicano:

"... volvíamos al frente a frente y otra vez hasta sacarme sangre de las narices. Perdí la serenidad y empecé a lanzar arañazos patadas. El otro me castigaba con método (...) los amigos me gritaban: ' Rídete, basta'. pero la ira me hacía olvidar las heridas, no sentía el dolor aunque me desangraba; por fin vino el maestro a separarnos (...) Pero mi estado era lamentable. Escoriaciones, hinchazón, ranguzon, de todo había en mi rostro." (op. cit.).

El combate quedó pendiente para el día siguiente, pero esta vez Vasconcelos

se preparó con una navaja. El niño anglo rehusó la batalla.

La imagen resulta reveladora. El débil se enfrenta al fuerte; el mexicano contra el sajón. Las técnicas boxísticas y el cuerpo robusto del norteamericano inutilizan los esfuerzos de defensa del joven José, quien resulta herido, maltratado, lastimado. Empieza a arrojar sangre ante la entereza de su contrincante; sangre de su íntimo cuerpo dolido, jadeante, atormentado. Como último recurso, se aferra a los golpes lanzados al azar, a las tácticas inciertas con la vaga esperanza de lograr debilitar la entereza del enemigo. Los golpes del otro continúan inflexibles, sin compasión, uno tras otro demostrando su poder y su castigo, defendiendo la idea de la superioridad racial. Aunque el espíritu mexicano sabe resistir emerge de ser un guiñapo; olvida las heridas, el dolor. Deseando vengar la humillación, se lanza enfurecido en una guerra a muerte. Era la encarnación de la pugna racial; la defensa rabiosa de dos culturas; eran México y Norteamérica luchando por sus respectivos pueblos. México ofrecía la resistencia espiritual, el amor por la Patria ofendida. Pagaba caro la osadía de oponerse al menosprecio de Norteamérica. Vasconcelos había dejado de ser un 'mamá's boy', empezaba a curtirse al calor de la adversidad.

Los padres de nuestro personaje habían puesto en sus manos una edición del "México a través de los siglos" y la "Geografía y el Atlas" de García Cubas. Era preciso aprender a ver la Patria en su historia, en su arte, su arquitectura, su población y su lengua. Estados Unidos se iba tragarse muchas conciencias mexicanas sin ofrecerles acogimiento seguro, sin ofrecerles la aceptación total. Vasconcelos veía asombrado, en el García Cubas, la razón del sarcasmo del gringo: Santa Anna había cometido muchas faltas; pero también la extensión original de nuestro territorio se había visto reducida por los arrebatos infringidos por nuestro vecino del norte.

" Las cartas geográficas abrían los ojos, revelaban no sólo nuestra debilidad sino también la de España, expulsada de la Florida. Media nación sacrificada y millones de mexicanos suplantados por el extranjero en su propio territorio, tal era el resultado del gobierno militarista de los Bustamante y de los Santa Annas y los Porfirio Díaz. (...) El episodio de su alteza serenísima Santa-Anna rindiéndose a un sargento yankee nos era restregado en la clase de historia texana, y un dolor mezclado de vergüenza enturbiaba el placer de ojear nuestro Allan querido..." (op. cit. p.)

Vergüenza era nuestra impotencia y vergüenza nuestro subdesarrollo que

caía en las garras devastadoras del opresor. Y el orgullo texano se ufana-
ba de haber vencido a Santa-anna; de habernos arrebatado lo que era nues-
tro ; de aprovechar nuestra vulnerabilidad. Nuestra historia estaba plaga-
da de dolor. Abrir el García Cubas requería de cierta fortaleza. Lastimo-
sa era nuestra situación, con nuestro Santa-Annas, momentos había en que
no era posible la justificación; pero el agresor no dejaba de ser respon-
sable de su desmedida sed de poder.

El padre de Vasconcelos nunca aceptó que el mexicano fuera inferior fren-
te al yanqui, a los que pocas cualidades reconocía. Prefirió siempre el sa-
bor de la arquitectura de piedra labrada, producto de una civilización sul-
ta, a lo insípido de las construcciones americanas. Defendía nuestra cultu-
ra porque había tenido imprenta y universidad antes que el pueblo del nor-
te. Las festividades y el culto religioso fueron para él la mejor forma de
arte. Sostenía que aunque los norteamericanos nos hubieran traído el ferro-
carril, eran unos bárbaros. Su hijo lo escuchaba con cierto escepticismo;
con una actitud de imparcialidad, debido a su diaria convivencia con los
controvertidos vecinos:

"...Yo, interiormente, pensaba:... 'Es que a mí me han pegado y fue u-
no solo... No, cobardes no eran' ...Bárbaros quizás; en esto mi ma-
dre también estaba de acuerdo. Sus ideas sobre la cultura del Norte,
casi no habían cambiado desde que tomó unos apuntes en su escuela par-
ticular de Tlaxiaco. Escritos en papel amarillento, los revisé poco
después de su muerte. 'Al Sur de México, decían, está Guatemala, na-
ción que en cierto momento estuvo unida a la nuestra y al Norte habi-
tan unos hombres rudos y pelirrojos que suben los pies a la mesa cuen-
do se sientan a conversar y profesan todos la herejía protestante.'" (p. 49)

La madre tenía otras razones para desconfiar del progreso de la nación del
Norte: eran protestantes. Su hijo estaba expuesto a sufrir el contagio de
ideas no deseadas; ajenas a la tradición familiar. De manera que tenía que
insistir, con cuidadoso afán, en arraigar la religión cristiana en el pen-
samiento íntimo de sus hijos:

" Ya no lo preocupaba la posibilidad de su pérdida física, como en los
tiempos angustiosos del Sísabo; pero ahora estaba atenta al peligro
del alma, lanzada ocho horas al día entre herejes de escuela extran-
jera." (p. 50)

Pero la pequeña escuela de Eagle Pass disfrutaba el sistema democrático norteamericano. La maestra texana trataba respetuosamente los asuntos religiosos -dice nuestro autor-. Tanto los maestros como los discípulos asistían a sus respectivas Iglesias sin ser molestados. La escuela a la cual asistía Vasconcelos tenía maestros justicieros. La profesora solía sostener una posición de imparcialidad frente a las discusiones provocadas por la historia, la guerra del cuarenta y siete y la independencia de Texas, que dividían las opiniones de los alumnos. En las clases se discutían temas difíciles de ser tratados entre mexicanos y estadounidenses fronterizos, la maestra se limitaba a dirigir los debates. No existía mucho peligro entonces, de que a Vasconcelos se le impusiera una religión ajena a la de sus padres.

En la frontera norte, la influencia creciente de la expansión económica y cultural del estado de Texas dejaba sentir su fuerza no solamente entre los mexicanos radicados en su territorio, sino también en las costumbres y tradiciones de los habitantes de Coahuila, algunas de las cuales procedían todavía de España y Francia. Lentamente penetraban los hábitos, el lenguaje adquiría nuevos matices, se infiltraban los anglicismos en el uso corriente del español fronterizo.

" Antiguamente, las tabernas del pueblo servían a la clientela, siendo vasos de vino tinto, extraídos de barricas procedentes de España y Francia, por Galveston. En los hogares se bebían los vinos blancos de Burdeos. Pronto venció, sin embargo, la cerveza. Cantinas o bares, mostrador de caoba, espejos biselados, fina cristalería, hielo picado y brebajes de mezclas bárbaras, 'whiskeys' y 'bocks'. Al principio, el gusto educado les hacía un gesto; preferían los nuestros el buen Madera, el Porto o Jeréz. Pero la baratura y la abundancia, la facilidad para obtener el 'cocktail', los obsequios de vasos a propósito para la cerveza: la complicidad del calor, todo concurría a la derrota del vino." (p.52)

Anteriormente, Piedras Negras disfrutaba, en las mesas populares de la 'Plaza del Cabrito', de deliciosas cenas que fueron gradualmente sustituidas por los pulcros restaurantes americanos:

" Aparte del cordero, daban tamales delgados rellenos de pollo o de pasas y almendras, todo con café de olla, sobre manteles de hule y

luz de quinqué. La clientela heterogénea, numerosa, comprendía obreros de la maestranza en overol y señoritas bien polveadas, niños con los papás y 'gringos' de turismo. (p.42)

"...Y empezó a estar de moda vestirse en las tiendas del otro lado. Resultaba también más económico que encargarse las ropas a México. Ya a medida que las mesas de comida de la 'Plaza del Cabrito' se iban quedando solas, en Eagle Pass se abrían restaurantes de manteles blancos y vajillas plateadas. (p.52)

La herencia Española y Francesa, refinada en bebidas y guisados, en sabores y aromas, perdía terreno ante la deslumbrante cercanía de la mercancía estadounidense que infiltraba sus productos con asombrosa capacidad expansiva siempre con miras económicas. 'Whiskys', 'bocks', 'cocktails' atestaban el mercado mexicano introduciendo productos en masa y baratos, en detrimento de la calidad en el sabor. Aquellos corderos, aquellos tamales de pollo, de dulce con pasas y almendras, eran desplazados mientras cobraban vigor los restaurantes norteamericanos con sus comidas tan carentes de tradición. ¿Se habían abierto las puertas a la penetración cultural del norte?

En esta parte literaria de la autobiografía, que no refiere directamente historia pero la implica, encontramos una invasión interdisciplinaria entre historia y literatura. ¿Cómo hablar de la vida fronteriza de una familia sin mencionar los problemas históricos de vecindad de dos naciones?, ¿del choque frontal que dos culturas distintas traía consigo?: La discriminación racial, las diferencias lingüísticas, los prejuicios culturales, la superioridad económica de Norteamérica, la imposición ideológica etc. Ya el despojo del Sásabe había dejado sentado lo peligroso de nuestra cercanía con el gran coloso del norte y nuestra condición de debilidad. Las hostilidades entre los niños de Eagle Pass contra los mexicanos no eran casuales. Detrás de los puñetazos que tiraba el pequeño José contra sus condiscípulos yanquis, había toda una conformación histórica de incompreensión y pugna. México expresaba el resentimiento de ser ofendido, vejado, atropellado en su autonomía y sus derechos; Estados Unidos el deseo de mostrar la supremacía total como nación. Las riñas de Vasconcelos son riñas que contienen un resumen de las relaciones establecidas entre los dos vecinos.

Estados Unidos se perfilaba como un invasor ya no territorial, puesto

que las condiciones políticas no se lo permitían; pero sí como un invasor económico y cultural. Porfirio Díaz abre la puerta ancha al capital que podría salvar la estabilidad económica de su gobierno¹⁶. Inician la explotación de nuestros recursos y la construcción del ferrocarril, la conquista de nuestros mercados etc. El coloso crece aún más, se hincha a costa nuestra. Con habilidad comercial nos imponía nuevos hábitos, nuevos modelos a seguir. Los fronterizos advertían día con día este fenómeno.

Vasconcelos recrea la experiencia de la discriminación vivida en carne propia. Se erige como el héroe que con escasos pero bien estructurados elementos, toma el papel de defender a toda una nación -ya bastante descuidada y castigada por sus propios gobernantes- en el terreno mismo del enemigo. Sufre la ofensa, la humillación, la angustia del insulto inicuo. A lo que sabe enfrentarse honrosamente gracias al apoyo mediador de la maestra, quien, utilizando el espíritu de la democracia, calma los ánimos encendidos, y gracias al apoyo nacionalista familiar:

"La ecuanimidad de la profesora se hacía patente en las disputas que originaba la historia de Texas(...) Los temas de clase se discutían democráticamente, limitándose la maestra a dirigir los debates." (p. 35)

Vasconcelos señalaba una sociedad encardda ante dos formas de pensamiento, dos formas de concebir la realidad, los desacuerdos, las relaciones de fricción entre sus integrantes, en una palabra, las relaciones de una realidad histórica específica. Pero además expresa la experiencia humana del mexicano en tierra yanqui; la experiencia en una zona fronteriza, donde la debilidad y la fuerza se encuentran y se repelen; la experiencia de lo que podrían ser los primeros chicanos. La imagen del Vasconcelos desangrado, haciendo frente al joven yanqui, revelan una integridad entre pensamiento y acción. Es la encarnación de la resistencia tenaz, respuesta al diario ultraje físico y verbal contra 'la raza'.

Como se ve, la experiencia personal se confunde con el acontecer social: en el acto individual va implícito el contexto histórico que lo determina. Por otro lado, el lenguaje utilizado en la descripción de la pelea tiene una gran carga emotiva y una gran vertiginosidad de acción: "volvíamos al frente y frente"; 'perdía la serenidad y empecé a lanzar arañazos, patadas...'; 'el otro me castigaba...'; 'Los amigos gritaban...'; 'no sentía dolor aunque me desangraba...'; 'Escoriaciones, hinchazón; ranguños...' etc. Ha sumamente expresivo, evidencia la cooperación frente al poder; los sentimientos de debilidad, que emergen de la nada cobrando una extraña fuerza espiritual y

logran sobreponerse a los puñetazos del rubio. Los arañazos y patadas suplen las avanzadas técnicas de boxeo; los elementos inmediatos, rudimentarios, improvisados, a la preparación física, al desarrollo genético y nutricional de esos cuerpos yanquis bien dotados y robustos. En honor a la dignidad nacional, Vasconcelos derramaba sangre de su lastimada nariz. Los amigos eufóricos, apoyaban, al mismo tiempo que entendían la superioridad de poderes contemplando un desventajoso cuadro. Pero todo dolor corporal había perdido sentido, se trataba de un dolor distinto, un dolor metido en la conciencia, en el más profundo ser nacionalista.

¿Y qué decir de los sentimientos que el García Cubas provocan en Vasconcelos en lo que concierne a la rendición de Sta Anna y la pérdida de nuestro territorio? Vasconcelos representa la inteligencia que observa la torpeza de Santa-Anna, con una íntima y silenciosa vergüenza. A nuestro pueblo le tocaba la deshonra. El alto concepto del ser humano, en general, y del mexicano, en particular, se desvirtúa con estos actos santanescos. El joven José sufre magnificadamente nuestra desgracia; en su sensibilidad delicada se alteran concentrados los sentimientos de toda una nación. ¿Era posible que los valores mexicanos que defendía a costa de su cuerpo amoratado de golpes; bien los debates entablados por su conciencia clara, cayeran por tierra con sucesos tan deshonrosos? No, Vasconcelos cifraba su fuerza optimista en la esperanza y en los elementos positivos de nuestra cultura, que siempre protegió de la difamación yanqui.

Dentro del aspecto literario, se observan momentos deliciosos en la descripción de sabores y aromas; de bebidas y alimentos. En esta ocasión podemos asomarnos a las tabernas de Piedras Negras bien provistas de barricas de vino europeo de excelente calidad. Jerez, Oportos, vinos tintos y blancos. Asistimos a las distracciones familiares en la 'Plaza del Cabrito'. Las familias engullendo toda clase de antojos: tamalitos de almendras y pasas con café de olla, cabrito, tamales de pollo, etc., llevan una vida sana y relajada en el lejano poblado. Piedras Negras ^{sufría} sufre, de pronto, la irrupción del elemento perturbador: Ropa, comida, bebidas importadas del norte. Nuestro civilizado y desconfiable vecino nos sometía a marchas forzadas a un 'progreso' que no nos habíamos sabido ganar en la autosuficiencia.

Estamos frente a la vida cotidiana que redondea los datos históricos. Son las experiencias personales día con día en una pequeña escuela en Piedras Negras, que, sumándose al conjunto llegan a trascender y se ubican en la problemática social. La familia, la vida apacible y a la vez desazonada de la frontera; los sucesos extraordinarios de la localidad, como la caída del puente internacional recién inaugurado, los días llenos de cierto

Las comidas, los rezos, los paseos, todo contribuye a la descripción de la vida privada en el Coahuila de finales de siglo.

La literatura expone, en las riñas de los niños de Eagle Pass, que son el corte individual, visto con minuciosidad, escrutadora de una problemática social mucho más amplia, las relaciones México-Norteamericanas encarnadas en Vasconcelos y sus compañeros mexicanos, y los niños anglos.

Durango: El descubrimiento de un nuevo México

En la vida fronteriza, el padre de Vasconcelos extrañaba la arquitectura de los templos coloniales de naves espaciosas y piedra tallada; la grandiosidad del rito cristiano; las procesiones, y el repicar de campanas. En Piedras Negras alguien le había asegurado que la ciudad de Durango parecía a Oaxaca, así que en la primera oportunidad emprendió el viaje acompañado de José y su hija Lola. Para Don Ignacio Vasconcelos el viaje resultaría ser un retorno a los orígenes amados de la patria; para sus hijos, el descubrimiento de un México desconocido.

El recorrido de Piedras Negras a Durango, realizado en tren, adelanto extraordinario obtenido gracias al capital extranjero, proporcionaba la oportunidad de apreciar las diferencias del paisajes. Las llanuras extensas de la estepa coahuilense, abundantes en palmeras enanas, bañadas por un sol calcinante; el cambio ocurrido después de pasar la ciudad de Torreón, donde surgían de pronto verdes cordilleras y verdes valles poblados de abundantes caseríos. Surge imprevisto el hombre de calzón blanco que no viste el conocido pantalón azul; surgen los sombreros redondos estilo charro, alguna vez vistos en las ilustraciones del libro de geografía taxano, que mostraba las vestimentas típicas de México. El país desconocido, el tantas veces referido por los padres o estudiado en los libros, se hacía presente ante el asombro de sus pequeños visitantes:

"Pasmados de novedad, dichosos de verdor campestre, apenas advertíamos la carrera del tren que tragaba kilómetros. Con cierto desencanto porque terminaba el panorama, bajamos en la estación y nos metimos en el coche que nos llevó al hotel." (p.63)

La Semana Santa en Durango era celebrada sonoramente:

"Las calles principales invadidas de forasteros simulaban el tráfico de una metrópoli. Paisanos de todas las clases sociales y ropas comunes mezclábase a los indios descendidos de las serranías próximas, con su colorida indumentaria. Las fondas y los cafés rebosaban de clientes. A veces la masa de la gente anónima se apartaba para contemplar el paso de mujeres delicadas, tacón alto, mantilla y peineta española. Pasaban otras como divinidades movidas en sus carrozas tiradas por caballos de lujo. Por su parte, la muchedumbre se apretaba a la entrada

de las iglesias, se sofocaba debajo de las naves alumbradas con cirios y rayos de sol." (p. 65)

Durango era la introducción a las grandes ciudades mexicanas de finales del siglo. Confluían en ella los visitantes atraídos por las ceremonias religiosas de la Semana Mayor. Todos los estratos sociales participaban ataviados con sus respectivas vestimentas. Los indios bajaban de las serranías con trajes desconocidos de colores estridentes; el indio mismo era una novedad. Piedras Negras, en cambio, estaba uniformada por una única clase social que vestía de igual manera. En Durango aparecían mujeres delicadas, de estratos sociales acomodados; mujeres no curfidas por los rudos trabajos, envueltas en trajes españoles, vestigios de la herencia colonial, que en el pueblo fronterizo de Coahuila empezaba a ser sustituida por la influencia texana. Los ricos avecindados mostraban su presencia en carrozas de lujo jaladas por caballos de tiro. Vasconcelos contemplaba diferentes clases sociales involucradas en un mismo acontecimiento; movidas por un mismo interés que conciliaba las desigualdades existentes: La Religión. La gente se apelotonaba mezclándose sin prejuicios, en el interior de las iglesias. La Semana Santa participaba de ser un suceso religioso y un suceso social. Todo giraba alrededor de los templos; todo alrededor de la celebración. Octavio Paz diría:

" El solitario mexicano ama las fiestas y las reuniones públicas. Todo es ocasión para reunirse. Cualquier pretexto es bueno para interrumpir la marcha del tiempo y celebrar con festejos y ceremonias hombres y acontecimientos. Somos un pueblo ritual."¹⁷

Paz asegura que la fiesta mexicana hace un alto en el tiempo; que en ella se compensa la estrechez de los otros días. En ella se rompen la soledad y la incomunicación, el mexicano experimenta el estallido de toda la inhibición acumulada durante el año; La fiesta es el advenimiento de lo insólito; se transgreden las normas y las costumbres, se toman libertades no habituales, desaparecen las jerarquías sociales. El sitio de la fiesta se transforma, se vuelve otro sitio. La fiesta es un caos donde el mexicano se niega a sí mismo, faltando a las leyes que ha dispuesto. La fiesta es una válvula de escape; es una fuente de energía y creación; es una forma de renovación; es un hecho social donde los asistentes participan activamente. En ella se mezclan la vida a la muerte, porque la fiesta termina en tragedia; se

mezcla el júbilo al dolor. En la celebración nos expresamos desgarradora y violentamente -continúa Paz- después de la negación diaria de nuestro ser. Por esto recurrimos a la fiesta, al no atrevernos a enfrentar nuestro ser, nos expresamos, en ésta, dramáticamente.¹⁸

A Durango habían acudido los transgresores sociales de todas las regiones cercanas. Las leyes de Reforma prohibían la manifestación externa de los cultos religiosos, y tanto autoridades como el público en general participaban del regocijo. Nadie impedía su desarrollo, todos se sentían involucrados, todos lo deseaban. La gente salía prácticamente disfrazada con trajes de gala; recorrían las calles con energía de revuelta; convivían indígenas y señores en la majestuosidad de la Catedral; rompían la cotidianidad, se olvidaban los deberes. Un aire ritual invadía la ciudad, el centro de atención lo acaparaba la Iglesia.

"Las ceremonias sobre un fondo de paños negros y candelabros encendidos impresionaban por el canto solemne. Hasta afuera del templo, en el atrio de anchas baldosas y aun sobre la ciudad misma, gravitaba el poder de la Santa Madre Iglesia Apóstolica Romana. Ningún visitante inquiría el nombre del Gobernador, lacayo más o menos tolerable de la dictadura imperante, pero todos observaban curiosos el birrete morado del obispo y se apretujaban para escuchar la elocuencia de los sermones en los oficios." (p.65).

La atmósfera eclesiástica se esparcía, comenzaba en el Altar Mayor, sobre un fondo de paños negros, la circundaban los cirios encendidos que enrarecían el ambiente e iban prolongando por todo el recinto la fuerza del ritual. El sonido de los cantos solemnes se dispersaba en el aire sobrecogiéndolo los ánimos que atentos seguían la celebración. Fuera del templo se prolongaba la misma esencia religiosa, difundándose primero en el atrio y después inundando la ciudad entera. El visitante podría no enterarse de los nombres de los jefes políticos; pero en cambio sabía distinguir al obispo y atender a los sermones presidía. Todos estaban ahí reunidos por razones religiosas, por exigencias rituales. La Iglesia mostraba su poder. La ceremonia cristiana se iniciaba desde la arquitectura del templo:

"Eje de todo bullicio era la Catedral. Portada insignificante a pesar de sus tres puertas, su conjunto es heroico a causa de las torres de tres cuerpos caballos. Desde un arquiteo de piedra tallada, amarillenta, campanas de bronce verdoso omlen claras sonoridades.

En el interior, la triple nave ligada por bóveda de cañón, engendra una cúpula que derrama su paz sobre un recinto desnudo. Mis ojos no recordaban maravilla mayor y se recrearon." (p. 65)

Portada sobria y sencilla, inscrita en un bello marco de conjunto, encuadrado por torres de tres esbeltos cuerpos. El sabor de la piedra tallada por manos indígenas por el elemento español, expresaba todo el carácter nacional y resumía la mezcla de dos culturas. La amarillenta piedra hablaba de algún modo; comunicaba el dolor y la grandeza de la nación; refería a Vasconcelos una personalidad distinta de un México, hasta entonces sólo conocido referencialmente. Las campanas cubiertas de una pátina verdosa que revelaba la vetusta edad de los bronce, emitían sonoridades insospechadas para Lola y José, y nostálgicas para el padre, que se había despertado cada mañana de su infancia con el llamado protector y dulce de la Iglesia. En el interior, la espaciosa nave provocaba un sentimiento de grandiosidad, desde el cual el espectador veía reducidas sus propias dimensiones. La cúpula esparcía en el recinto una sensación de paz. Los templos procuraban una imagen sobrenatural. Era el poder ideológico-espiritual que los poseía; era el aire sagrado de la fiesta.

De lo anterior podemos observar dos aspectos: uno histórico y otro literario. Respecto al primero podríamos decir que:

No obstante el antecedente de las ideas liberales y positivistas, el mexicano promedio de finales del siglo XIX poseía identificación y amor por el rito cristiano.

Los católicos mexicanos, organizados como partido, habían luchado desde 1857 por mantener una doctrina política inspirada en los principios de la Iglesia Católica, opuesta a la doctrina liberal. Trataron de mantener, hasta cierto punto, las instituciones y principios del orden social novohispano. Su fe les hacía pensar en reformas para un orden social basado en el principio de la autoridad divina de la moral cristiana, como regla de conducta individual y social. Su filosofía política estaba inspirada en los principios de organización social propuestos por las Sagradas Escrituras. La Iglesia Católica difundía, proclamaba y desarrollaba en su doctrina estos principios, que partían de la idea de que Dios era el creador del hombre y la sociedad y en consecuencia sólo El podía tener autoridad sobre la tierra. La sociedad debía organizarse conforme a las palabras del Creador, y sus gobernantes sólo ejercerían con legitimidad su autoridad si la practicaban según prin-

cipios de las leyes naturales y las leyes divinas dictadas por Dios.

Los valores y las ideas cristianas estaban fuertemente arraigadas en la sociedad duranguense de la última década del XIX y ello se hacía evidente en su presencia abigarrada en las celebraciones religiosas. La actividad política de los católicos mexicanos quedó suspendida al triunfo del liberalismo; pero su doctrina política y social siguió desarrollándose con gran ayuda de la Sociedad Católica de México, católicos que se propusieron recuperar para México su herencia religiosa. De 1867 a 1892 el pensamiento político tradicional pasó por una etapa adversa -dice Adame Goddard-, período durante el cual los católicos conservadores ejercen una persistente defensa de sus principios. La promoción que se encargaron de realizar de sus convicciones cristianas durante esos veinticinco años, trajo como resultado que subsistieron y recobraron fuerza las ideas inspiradas en el Evangelio y la doctrina eclesial en una nueva generación de católicos hacia 1892. El antiguo partido conservador, que Adame Goddard define como los católicos que intentan la organización político-social de acuerdo a las bases de la doctrina cristiana, no quedó exterminado con el fin del Imperio; sino que creció con nuevos bríos con la renovación realizada en la doctrina social del mundo católico.¹⁹

Respecto al segundo aspecto, la literatura trata aquí de un asunto específico: la contemplación que provoca la grandiosidad del rito cristiano. Los términos técnicos del lenguaje arquitectónico cambian su carácter práctico-comunicativo al ser tratados en un contexto poético. Se cargan de emotividad, dicen y comunican, pero bajo la luz de la mirada estética, impregnada de un saber especial del espíritu. La literatura describe la riqueza del mundo religioso: columnas, portadas, piedras talladas, sonido de campanas, de cantos sagrados, cúpulas, cirios encendidos etc. "Mis ojos no recordaban maravilla mayor y se recrearon", decía Vasconcelos, mientras nos transmite una experiencia de valor universal;

Nuestro autor contemplaba por primera vez un México cargado de tradiciones; rico en monumentos; con habitantes indígenas vestidos de colores chillantes; con mestizos habituados a las maneras de una ciudad grande. El México descubierto desde el tránsito de Piedras Negras a Durango, con una vegetación distinta, fértil, colorida; con personajes vestidos de calzón blanco. Era el primer encuentro con la nación mexicana; la reafirmación de sus luchas en *Angie Cross*, la certeza de que había un México más amplio y rico no de tradiciones, de historia, de cultura propia; el convencimiento de la razón que lo había llevado a defender la mexicanidad. La literatura nos acer-

19. Cf. Adame Goddard, Jorge. El pensamiento político y social de los católicos mexicanos. México 1980. UNAM.

ca a la experiencia estético-religiosa de la fiesta al encuentro con la Patria, con el dulce sabor de lo nuestro; con la tónica hispano-indígena de su arquitectura, con su riqueza sociocultural. Los niños Vasconcelos habían sido conducidos por su padre al autodescubrimiento, reflejado en todo el ser de una nación: México.

La Capital: confirmación de las riquezas de la Patria

Había llegado el momento de buscar nuevas escuelas para continuar los estudios de Vasconcelos. Eagle Pass estaba agotado, según los padres del joven, quienes se atrvieron a declinar una oferta propuesta para que su hijo estudiara becado en la Universidad de Austin Texas. Era necesario nivelar sus estudios con programas de enseñanza mexicanos -pensaban-. Campeche ofrecía las condiciones adecuadas para la familia, que se trasladada a la capital de la República con la intención de arreglar su cambio a Campeche.

Nuevamente el maravilloso tren da ocasión para apreciar los más variados paisajes y costumbres:

"Amanecemos más allá de Aguascalientes. El paisaje había cambiado, pero sólo después de León, por Irapuato y Celaya, comienza el deslumbramiento de los campos verdes de alfalfa y los trigales que la brisa agita en la distancia. Bajo un cielo azul diáfano y en el marco de montañas violeta, aparece el milagro de ciudades en ocre, y blanco y rosa. Cúpulas de vidriado amarillo, que fingen el esplendor del oro, y campanarios de cantería en tonos claros, se levantan como alcaluya peregrina. Los caminos, arbolados, conducen a quintas de recreo y a santuarios con leyendas piadosas. Todo engendraba dichoso contraste con los páramos de nuestra frontera.

En cada parada consumábamos pequeñas compras. Abundaba la tentación en forma de golosinas y frutas. Vares de limas y cestos de fresas o de higos y aguacates de pulpa aceitosa; cajetas de leche en Celaya; canotes en Querétaro y turrónes de espuma blanca y azucarada; deshilados en lino y mantas o sarapes de colorido detonante; manufacturas de cerda que recuerdan la paciencia china; por ejemplo, cestitos de colores trenzados que carbonaban en orden descendente o sombreritos minúsculos; pequeñas cajas de secreto, incrustadas; sobre papel negro docenas de ípalos de llama o de colaje claro. No alcanzaba el tiempo ni el dinero para elegir. Los vendedores de comestibles ofrecían también a gritos, tacos de aguacate, pollo con arroz, enchiladas de mole, frijoles, cerveza y café. Y del coro de la algarabía, tímidamente y, sin embargo, porwzándola toda, la voz del ciego ambulante, que improvisa corridos, todo la guitarra y recoco llicenas.

Docenas de chiquillos doncealzon, triguños pideo: un contravito ni-

No', 'un centavito jefe'. (pp. 75-76)

¡México, México!, ahora sí pisaban un México inmenso, rico. Ahora sentían el sabor a tierra húmeda, fértil, a campo bien sembrado. Probaban las delicias de sus dulces y sus comidas. El México del norte era un tanto sobrio para la abundancia del Bajío. Los olores, los campos verdes de alfalfa, los trigales, el color del cielo; de las montañas. Las ciudades color ocre, blanco, rosa, las cúpulas doradas. El color de las artesanías; de las frutas, las cajetas, los dulces, la comida. ¡Todo, todo!, era un mundo nuevo y maravilloso, brillante y vital.

Vasconcelos describe poéticamente el recorrido. Sus ojos no cabían de asombro ante esa claridad del cielo que dibujaba montañas violetas en el horizonte. Las ciudades, milagrosamente pintadas en tres colores entre techos y fachadas. El dorado del vidriado de las cúpulas. Intensa experiencia para el espectador que se llenaba de colores de olores, de vida. Era devolver a México sus créditos; fortalecer el amor por la Patria, tan penosamente defendida en Eagle Pass. Era confirmar las anécdotas familiares y sentirse satisfecho de no haber desamado nunca la tierra de sus padres, la tierra de sí mismo. Era la experiencia pura; la sensibilidad por los sabores: higos, cajetas de leche, canotes, varas de limas, los sentidos permanecían alertas ante tantos estímulos. La literatura expresa y define todo ese México de finales de siglo y el fenómeno del enriquecimiento entre el personaje y su mundo.

Con este preámbulo penetran a la Capital:

" Era yo el grano de arena que se pierde en la sabana, brizna de muchedumbre. Así de humilde penetré al carricoche que nos condujo al hotel. La iluminación suntuosa de las avenidas producía estupor. Los cascotes de docenas de caballos de tiro repercutían en la atmósfera urbana, ornada de piedra, esplendor y paz." (p. 77)

El recorrido del ferrocarril es el preámbulo de las bellezas capitalinas. Durango había sido el antecedente de la Catedral más importante de la República; de los tranvías de pulitas y la abundancia metropolitana. En México recorrían las calles de Moneda hacia Jesús María; el Bóculo, Palacio Nacional; visitaban a los parientes de Tacubaya y los restaurantes familiares. Los templos religiosos no fueron observados sólo con admiración arqui-

tectónica. Durante su estancia en la Capital, Doña Carmen Calderón, madre de Vasconcelos, sostuvo varias semanas de una voluntariosa actividad religiosa que rayaba en el fanatismo. Los fuereños pasaban largas horas metidos en las iglesias. En la Semana Mayor, las sesiones se recrudecieron: Vía crucis, sermones, rosarios, meditaciones, confesiones, penitencias, ayunos, comuniones y demás.

La familia Vasconcelos profesaba entregadamente su religión. Sentían que la vida y el destino estaban regidos por la divinidad. La moral cristiana dictaba las normas de conducta. La Iglesia Católica era la autoridad máxima que representaba a Dios en la tierra. Su concepción del mundo partía de las Sagradas Escrituras y de Dios como creador del hombre.

"Mis recuerdos de aquella época son más bien una mezcla de impresiones arquitectónicas, panoramas, liturgia y cierta angustia determinada por nuestro aislamiento en la gran ciudad (...) El día entero se empleaba en las devociones rituales, ejercitadas con efusión. Cada templo era un orgullo nuestro y una fiesta. Entrábamos al oficio presurosos y salíamos de él fortalecidos y alegres. En la misma luz del sol me parecía tan bella como los oros de los retablos tras la llama de los cirios." (283)

El rito no sólo era arte; los templos no sólo arquitectura y viejos cuadros, representaban el acercamiento a Cristo, eran comunión. La angustia provocada por el desamparo ante la gran ciudad encontraba alivio en las iglesias. Cada una de ellas era un orgullo artístico y una fiesta espiritual. Las grandes construcciones recargadas de adornos satisfacían la vanidad nacionalista, y la entrega devota a la religión satisfacía las ansias de superar el sentimiento de soledad. Confesiones, misas y rezos equivalían a la renovación, a la purificación del alma. El cristiano vaciaba sus culpas, aligeraba su conciencia, cumplía penitencia para merecer protección. La idea de salvación establecía un juego de dependencia religiosa. La madre de Vasconcelos acudía fervorosa a cumplir sus deberes cristianos la recompensa era la revitalización espiritual y la paz interna.

El ámbito eclesialístico se iba convirtiendo en Vasconcelos en algo más divino y esencial que la luz del sol en la vida exterior. El oro de los retablos bajo el reflejo de la luz de los cirios transmitían en el resurgimiento de su arte un sentimiento de grandeza. Enajenado de esta atmósfera, Vascon-

celos sostiene una comunicación místico-literaria con la ceremonia religiosa. Encontraba en el rito cristiano interesantes datos sobre la existencia.

" La tarde del Jueves Santo en 'La Profesa' se me ha quedado como uno de esos momentos de ventura cabal que ocurren una o dos veces en toda la vida. Las columnas altas y acanaladas alejan el peso de las bóvedas. Sobre un banco gastado por el uso, mi madre, envuelto su rostro claro en la mantilla negra, pensaba y sonreía. Un piano empezó a tocar en el coro; caían dulcemente las notas, volaban entre los follajes de una decoración destinada a la visita nocturna del monumento. Unos cuantos fieles entraban o salían bajo las naves desiertas momentáneamente durante la hora de la siesta.

El piano, sustituido por excepción al órgano, creaba cierta viva intimidad y certidumbre de la dicha aun sobre la tierra, por obra de la fe. Transcurría el tiempo sin acontecer, puro y tranquilo como antesala de lo eterno. Durante el minuto de arrobamiento, los dones del alma ejercitaron su poderío, se esparcieron en la dulzura de un espacio inundado de claridades. Exhalaron fragancia las plantas y todo un episodio del Cosmos pareció consumarse en paz y ventura.

Y nos quedó la sensación de haber tocado un remanso en la corriente que nos arrastraba. Bien podía el destino al día siguiente negarnos el pan, lanzarnos a buscarlo por cualquiera de los rumbos del viento; en el ánimo llevábamos un instante de revelación, una gota de Gracia que fortalece y salva...

Otras veces durante mi vida sobresaltada, he tenido la convicción de ser feliz; sin embargo, en el recuento de mis venturas, no hallo una hora más despejada y serena, de mayor certidumbre humedecida de lágrimas dichosas." (pp. 84-85).

Doña Carmen Calderón es personaje principal del drama que su hijo le asigna. La escenografía está compuesta por bóvedas que descansan el peso sobre columnas acanaladas, que enmarcan el rostro sensitivo y sonriente de la madre, cubierta con una mantilla negra. Mientras, un coro de música de fondo impregna el recinto. Vasconcelos considera el momento como la fe traducida en dicha; el tiempo, en la eternidad; el alma convertida en poder; el corazón, en paz y en ventura. Después de este momento creía poder

soportar todas las desgracias humanas. Se encontraba en pleno misticismo. En la capital, el arte arquitectónico de las iglesias despierta en él un nuevo sentido de riqueza, apenas saboreado en Durango. Sus recreaciones místico-poéticas son parte de esta experiencia.

Nuestro autor vive, en este espacio narrativo, la propia literatura. Es decir, vive un momento cuyas características pueden tener elementos muy traducibles al discurso literario, y que después registra en la autobiografía, donde recurre a la ficción para moldear la realidad, ahora bajo los ojos de la interpretación personal:

"Un piano empezó a tocar en el coro; caían dulcemente las notas, volaban entre los follajes de una decoración destinada a la visita nocturna del monumento."

Las notas cayendo dulcemente, volando entre los follajes de la decoración definen una atmósfera etérea, celestial, impregnada de intensidad religiosa; fuera del contexto terrenal. La realidad ya no es tal, la realidad es una forma literaria de apreciación.

"Transcurría el tiempo sin acontecer, puro y tranquilo como antesala de lo eterno. Durante el minuto de arrobamiento, los dones del alma ejercitaron su poderío, se esparcieron en la dulzura de un espacio inundado de claridades. Exhalaban fragancia las plantas y todo un episodio del Cosmos pareció consumarse en paz y ventura."

El tiempo se había perdido en el marasmo arrasador de la entrega incondicional a la divinidad, se había tocado la antesala de lo eterno... un paso más y... La concepción del tiempo sufre una transformación, se desvanece; es puro, casi inexistente. Los dones del alma se despejan; hay como un dolor agudo, una asfixiante conciencia de haber penetrado las primeras sombras de la verdad. Las plantas desprendían aromas, participaban sensitivas en la consumación de la dicha.

La recreación plástica del suceso establece una sensación de lo eterno. Esas columnas altas y acanaladas alejan de la tierra el inmenso peso de las bóvedas, que son como un principio de la inmensidad celeste; de lo inabarcable. La arquitectura -habíamos dicho- propone la grandiosidad la incommensurable en elud de lo divino. Sobre un banco cubierto por los años, por el tiempo que todo lo dignifica, la madre de Vascencolon es un icono más de la Iglesia. En una imagen narrada; olvidada por la comunión con

lo eterno, embellecida por su clara sonrisa que contrasta con la mantilla negra. Es un personaje intemporal que ha dejado atrás los sitios de la tierra.

El principio de la iluminación, el leve contacto con la divinidad después del esforzado camino del ascenso que significaban las largas horas de rezos interminables, había proporcionado un momento de paz, una mínima experiencia de Gracia a cambio de la cual todo el dolor de la existencia era válido. Vasconcelos tendría en otros momentos de su vida la certeza de poseer la felicidad. Numerosas experiencias podrían ser citadas: Momentos con Adrigna, satisfacciones en el Ministerio de Educación, triunfos políticos dentro del maderismo y en la campaña presidencial de 1929 etc.; y sin embargo, asegura no encontrar una situación más dichosa que la visión de su madre en estado de ascetismo. Esta afirmación es importante pues revela la influencia definitiva de la figura materna asociada a la vida religiosa. Religión y madre eran una misma idea, una prolongación del amparo. Los más tiernos recuerdos amorosos, los raptos de relajamiento, los sentimientos de más profunda dicha en Vasconcelos parecen ser al lado de la madre. Los exquisitos sabores producidos por la cocina de sus manos, los más amenos ratos de lectura; de vida devota; de amor familiar significaron en Vasconcelos la entrega que no volvió a sentir jamás en alguna otra persona.

La ficción en esta cita cobra doble fuerza. La experiencia humana no podría aspirar, en estas circunstancias a mayor pureza. Obtiene la forma expresiva un finísimo ajuste comunicativo y un ajuste estético de tipo lingüístico, que Alfonso Reyes cree resultado de la 'univocidad de contenido intuitivo e individuado' que logra en sí el deleite de integración anímica de la literatura, y que algunos consideran muy cercana a la experiencia mística, dice Reyes. Vasconcelos logra en este momento un doble golpe maestro: por un lado, un sublime estado de ascetismo en La Profesa y por el otro, una descripción de literatura, una descripción de naturaleza supraintelectual que ha podido transmitir la dulce, la divina experiencia, exactamente, al borde de la mística misma.

Toluca

El traslado del cargo de Don Ignacio Vasconcelos de Piedras Negras a Campeche, no podía verificarse. Lentos y cansados trámites burocráticos entorpecían el cambio. Mientras ello ocurría, decidió volver a la frontera dejando a la familia en una ciudad menos hostil que México: Toluca.

En Toluca, la ciudad fría de rígidas divisiones sociales, de terratenientes inaccesibles, de clases medias 'decentes y orgullosas' que marcaban un abismo frente al indio marginado, los Vasconcelos sentían el rigor del desamparo. Instalados en una ciudad desconocida, con escasos recursos y con una gran inexperiencia para sortear la vida sin la autoridad paterna, enfrentaban una intensa nostalgia por el padre.

"... Su rostro me parecía aureolado y poderoso, diferente de todas las demás caras humanas. Su mirada de amor y protección aquietaba toda angustia. Al despertar de soñarlo me hallaba con la almohada húmeda de llanto. Al concluir las tareas del día y en las fiestas se acentuaba nuestro desamparo. Para aliviarlo nos íbamos por los parques y las iglesias caminando con lentitud en la tarde que no concluía. Lemoraba el retorno ansiado y padecíamos soledad y melancolía como de huérfanos." (pp-87-88)

Planteaba Vasconcelos la experiencia amarga de la desprotección y la orfandad. Una familia estable sale de su pueblo a buscar condiciones adecuadas de trabajo y estudio para sus integrantes y se encuentra con circunstancias inesperadas que la someten a una desintegración temporal. El desamparo se acentúa con la "atmósfera enrarecida" y fría de Toluca, frialdad que Vasconcelos atribuía a la presencia del volcán. Toluca padecía una estricta diferenciación de clases; era un lugar extraño y desconocido, muy diferente al hogar de Piedras Negras. Para ir pasando el tiempo menos nostálgicamente, los Vasconcelos llenaban los estómagos con toda clase de dulces de las alacenas de los portales: "naranjas cristalizadas o rellenas, limones azucarados, duraznos, tunas y biznagas en dulce y conservas de membrillo y de manzana, melados de caña, juncillos de leche y coquitos; gajitos de color, almendras garapiñadas." (p88) Vasconcelos logra, desde un tiempo posterior, al momento de la creación literaria, hacer una evocación de sabores, colores,

aromas, texturas y variedad de los dulces consumidos en Toluca. El recuerdo es tan intenso, tan definitivo como experiencia aún viva, como memoria conmovedora y tierna, que era de verse a los tristes y esforzados visitantes acercarse desprotegidos a las naranjas escarchadas de azúcar, a las biznagas y grajeas multicolores; a las almendras rebuscadas y grumosas, arrugadas de almibar. Vasconcelos refiere y asocia con claridad los momentos y los dulces con el estado anímico familiar. Erán festines de sabor que hacían menos amarga la espera. Poco a poco construían una transitoria vida independiente para soportar los días de ausencia; para concluir una decisión irrevocable: mudarse a Campeche. Las golosinas eran los atrevidos placeres a que se entregaba el alma desafiando el dolor y endulzando la pena.

Mientras esperaban el cambio a Campeche, a los hijos varones se los inscribe en el Instituto toluqueño, famoso por la renovación de los métodos de enseñanza, que el Gobernador porfirista Villada había en él llevado a cabo. Pero, contrario a lo esperado, el Instituto desilusionó a Vasconcelos, pues las escuelas que dependían directamente de Villada disfrutaban de buenas instalaciones y profesorado entrenado; en tanto que la anexa escuela Primaria y la Primaria Superior resultaban deficientes. El malhumorado maestro aplicaba una pedagogía anticuada de preguntas y respuestas o peor aún, de memorización. Sentía, nuestro autor, humillado su patriotismo, al saber que la menor escuelita aldeana de Norteamérica era superior a la anexa al Instituto en que Ignacio Manuel Altamirano había sido educado. No obstante, aprovechaba resignado la oportunidad para ejercitar el castellano escrito.

La semana transcurría rápida y tolerable; pero los domingos por la tarde, el recuerdo paterno los hacía buscar refugio en las bancas de la húmeda alameda, o caminando por la lúgubre calzada central; frente a una población inhospitalaria; entre arrogantes ricos y opacados pobres, o bien, el recelo silencioso de una clase media muy cercana a la miseria. La presencia del Nevado de Toluca recordaba siempre el soplo frío del aire del valle, que parecía regir la inexpresividad de los rostros de sombreros anchos y el silencio de una población que no reía.

"Atmósfera opresiva que mortifica el impulso y retiene el pensar, se vivía que también en lo espiritual y biológico del alma, desde el valle, una condena de la vida antes de suprimirla del todo a la altura de las arenas volcánicas." (p. 90).

Las actividades entre semana tenían aspectos más dichosos para los alumnos del Instituto. Resultaba excitante correr entre los llanos cercanos a la escuela, mientras el profesor los registraba desde la torre del observatorio meteorológico con su catalejo, y anotaba malas notas en sus tarjetas. Corrían por la pradera surcada de 'acequias y zanjas de agua helada.' Se perdían entre los alfalfares y las milpas; comiendo cañas tiernas o buscando los puestos de jicamas y quesos de tuna; cacahuates o tamales de capulín, rumbo al cementerio. Eran los momentos hermosos de Toluca, pisotear el lodo, meterse en agua helada, comer las frutas tiernas, los dulces cristalizados, confundirse entre los maizales. Sobre todo para un niño que venía de los páramos coahuilenses y se hacía impregnar de un verde nunca antes sentido.

Otra de las actividades de Toluca en la que la familia se identificaba y buscaba amparo, era la vida devota. Toluca contaba con templos barrocos del siglo XVIII y el XIX, con interiores decorados con oros sobre capiteles y frisos. Altares y capillas neoclásicas ricas en mármoles. Imágenes y candelabros en plata y bronce. Después de la misa, donde madre e hijos se complacían en rezar los domingos, el joven José y su madre se quedaban a cumplir alguna manda, pidiendo por el regreso del padre antes de navidad, o algún otro imperioso anhelo.

Un suceso memorable sobre Toluca fue la Coronación de la Virgen de Guadalupe. Toda la ciudad se encontraba movilizadísima por el acontecimiento. Era el cuarto centenario de su aparición. Las familias decoraban las fachadas; iluminaban los balcones y azoteas. Las silenciosas avenidas se llenaban de peregrinos venidos de las serranías o de los distritos próximos. Panderolas, farolillos y papel de china engalanaban las casas. Guirnaldas de ramas de pino enfloradas, telas tricolores con la imagen guadalupana, improvisadas lámparas de aceite con agua teñida y mecha de pavilo. En el centro de la ciudad: los tableros de las fachadas lucían lunas de espejo y tapices; en los balcones tápalos de seda y mantones de manila. Vasos de colores para la iluminación, pájaros en jaulas doradas, coronas y guías en tiestos.

" Y amaneció el día glorioso con repiques de campanas y cohetes. El sol de otoño iluminó un cielo sin nubes. Iluminó las montañas y los edificios. La brisa del volcán refrescaba los rostros alborozados. A las once ya no había gente en la Catedral. Entre nubes de humo y polvo y vaho de la multitud, conformaban las bombillas eléctricas, domovencidas por el sol que entraba a raudales. A las doce, las campanas

has a vuelo y el clamor de los fieles, glorificaban el instante en que el arzobispo en la Catedral de Guadalupe describía el vuelo sobre la imagen coronada: Reina de los Mexicanos. En los lienzos de las paredes y en los frisos, escrito con luces o con flores, resplandeció la leyenda célebre: "Non fecit taliter Omni nationi." (pp. 93-94).

La Coronación de la Virgen de Guadalupe provocó movilización en la ciudad y sus cercanías. La población, eminentemente católica, no escatimó en gastos, en esfuerzos o en tiempo para celebrar las fiestas. De repente surge una ciudad perfectamente abarrotada de adornos. La supuesta frialdad toluqueña se desborda en la religión. Vasconcelos diría: "Luz, calor y colores, confusión de castas, dialectos indígenas, trajes bizarros; todo el México misterioso y complejo que el sentimiento religioso, hábilmente ligado a la idea de patria, unificaba un instante." (24) Toluca se transforma. A la luz discreta de clima húmedo, sucede la luz brillante del sol en toda su potencia, el clima coincidía con el día de la coronación para otorgarle luminosidad. Como en Durango, la sociedad entera se confundía. Trajes insólitos rompían abruptamente la sobriedad cotidiana. El México íntimo y subterráneo se abría a la fiesta. Con el sentimiento religioso expresaba su dramatismo interior. Todo Toluca se fundía en dos de las grandes ideas que cohesionaban la mexicanidad: Religión y Patria. Mientras la brisa fresca del volcán recordaba, al tocar las mejillas de los rostros alegres, su habitual hermetismo.

En el interior de la Iglesia, "Entre nubes de incienso y polvo y vaho de la multitud fosforecían las bombillas eléctricas, desvanecidas por el sol que entraba a raudales." La atmósfera se cargaba de humores eclesiásticos. Esas nubes de incienso, combinadas con polvo y respiración de los feligreses, saturaban el aire respirable, que se iluminaba con las bombillas. El aire se hacía visible repentinamente, mientras que la luz de las bombillas eléctricas, que es el medio con que se iluminan los objetos y ayuda al ojo a percibirlos, iba apagando su potencialidad, disminuida por la iluminación solar, energía a su vez opacada por un sordo clamor fervoroso que expresaba la pasión y la fe de un pueblo entregado.

Era la experiencia religiosa del pueblo mexicano; la potencia que hacía mover tumultos; la fuerza que lograba tocar y convocar a cientos de ciudadanos fríos e indiferentes. Toluca vivía al calor del contrato. En su encerrado ambiente cotidiano, el pueblo ejercía una rígida influencia sobre la ciudad, que deseaba aplacar el sordo grito de la incomunicación con los

fiestas religiosas. Paz diría el estallido, el desgarramiento del pueblo que no se atreve a ser y de pronto se desborda. Sucedió una transformación radical, los colores del vestido cambiaban; las casas y templos se recargaban de refinados adornos. Existía una necesidad imperiosa de expresar las soterradas personalidades que a fuerza del silencio de los días se iban consumiendo. Ricos y pobres se aceptaban, se hermanaban al grito de la Religión. Toluca se desbordaba en el recargamiento barroco de colgajos y tapices; de lámparas y faroles. Vacilaba la población la acumulación de energía del tiempo muerto, del tiempo introvertido. La literatura aberda ambos aspectos, el recato y la explosión; la hostilidad y la entrega; Una vida que gira asfixiante alrededor de valores muy estrictos; de estratos diferenciados; de aislamiento y rencor. Una sociedad que encuentra en la celebración un respiro, un momento para la reconciliación con la vida, la ruptura del silencio al abrigo de la ideología religiosa; al abrigo de la idea patriótica cifrada en el pensamiento católico. Vasconcelos observa, vive y se alimenta de ésta experiencia; encuentra en las fiestas de la Virgen la prolongación del México de Durango y de la Capital asiste a las diferentes caras de la Patria.

Sin embargo, las fiestas de la Coronación provocan la reacción inmediata de los jacobinos de Toluca. La Catedral, colmada de gente, proporcionaba cifras respecto a la religiosidad de la población. Fonía en evidencia la supuesta política conciliadora de Díaz, apoyado por los positivistas; gobernando a un pueblo católico y dejando vociferar la ya opacada furia de los liberales.²⁰

"No habían pasado tres días de la fiesta cuando una mañana fuimos sacados de clase a gritos y empellones. (...) Reunidos desordenadamente en el patio del Instituto se nos agrupó a la cola de los estudiantes formados a la vez que corría la orden graveramente acatada: marcharemos en manifestación contra el clero. (...) Eramos el rebaño que lanzaban las Logias como advertencia a la población católica que se atrevió a estar contenta el día de la coronación. (...)

Llegamos hasta la Alameda gritando: ¡Vivan las Leyes de Reforma... muera los curas!... Los caballos de la policía, apastados en las bocacalles, hacían patente la furia de aquel entusiasta libertario que de ser sincero hubiera dado contra el Dictador. Obligados a gritar 'viva Porfirio Díaz' junto con Juárez, desahogaban su despecho

de serviles increpando a un clero ya sin poder..." (95-96 pp).

La llamada burguesía mexicana -según Leopoldo Zea- lucha contra las estructuras coloniales en su fase combativa; pero en su período constructivo se enfrenta a un grupo desprendido de su propio seno: Los jacobinos. El liberalismo había destruido la ideología conservadora esgrimiendo ideas del Enciclopedismo francés: como: Los titulares de los derechos son los individuos; Entre los hombres debe existir la igualdad jurídica opuesta a los fueros y privilegios. Los privilegios privan la libertad a otros hombres. La sociedad debe estar representada por todos y cada uno de sus miembros. El Estado es producto de los acuerdos libres de todos los ciudadanos. El clero y la milicia estaban obligados, en sus representaciones, a dar cuentas a la sociedad y no hacerla objeto de su enriquecimiento.

Al llegar los liberales al poder, los jacobinos, o liberales extremos, argumentan estas mismas ideas contra el nuevo grupo gobernante. Por lo que los primeros recurren al positivismo para imponer el orden. El positivismo contaba con tres enemigos: El clero, la milicia y, el más peligroso, el jacobinismo. Los jacobinos luchaban por un ideal de libertad en el sentido absoluto: libertad de pensar y de actuar sin imposiciones. Pero el positivismo hacía imposible la libertad liberal. Para los positivistas la libertad estaba sujeta a las leyes del orden, de ahí que consideraran a los liberales extremos como un espíritu negativo opuesto al orden.

Positivistas, jacobinos y católicos entablan una lucha por el poder espiritual, que poco a poco parecía irsele de las manos a la Iglesia. Pero la burguesía no permite a ningún grupo acaparar ese privilegio. El positivismo educaba a una clase social -la burguesa- que después lo utilizaría como instrumento político. Más tarde, ante la división de los hombres de Reforma, la burguesía, apoyándose en las ideas positivas, encumbra a Porfirio Díaz para salvaguardar sus intereses. El partido liberal terminó siendo el puente para que los conservadores tomaran el poder; el positivismo, el argumento ideológico.

Los positivistas piden a los liberales su incorporación al nuevo orden, para evitar la anarquía. El orden terminaría imponiéndose por la fuerza de las armas.

En 1830, los viejos jacobinos vuelven a levantar la voz contra los conservadores; la reforma educativa de Barroeta y contra la existencia del clero. Atacan al positivismo por anticonstitucional, porque ataca la libertad de conciencia y perjudica la moral; niega la vida futura y el conocimiento absoluto; Forma una generación sin fe religiosa ni política. (muchos de los Libe-

rales eran católicos desde su más tierna educación, pero luchaban contra el poder político que había cobrado la Iglesia, las más de las veces contradiciendo su más profundo ser religioso). El positivismo -continuaban- mataba el ideal y los principios; la libertad, la igualdad y la fraternidad.

El positivismo asimilado por los políticos del porfiriato terminaría siendo la doctrina -deformada en sus principios- de un régimen que absorbió a todos los elementos en lucha y los redujo a movimientos políticos inofensivos.²¹

Esta cita proporciona contexto histórico al capítulo sobre Toluca. La política del general Díaz, dice José C. Valadés, no era de conciliación sino de fortalecimiento del Estado. Obrando así, complacía a los viejos liberales.²² Al subir Díaz al poder, siguió la táctica política de los positivistas de dar libertad de pensamiento individual, pero establecer un pensamiento UNIFORME SOCIALMENTE. Sólo que en este caso, en vez de que se tratara de propagar el pensamiento positivista, Díaz se propomía HACER ACEPTABLE UN PENSAMIENTO de tipo porfirista que diera cabida a todas las doctrinas posibles, siempre y cuando respetara las reglas impuestas por su régimen.²¹ Dejando manifestarse a los liberales los hacía creer que seguían vigentes como fuerza social. Los jacobinos que nos presenta Vasconcelos son un elemento de oposición venido a menos, gritando vivas a Porfirio Díaz, tolerados por su Gobierno, y vociferando contra la Iglesia, también disminuida en su poder entre los años 1867 a 1892, pero que para entonces volvía a recobrar auge ideológico.

21: Cf. de Zoa, Leopoldo. El positivismo en México. FCE. México 1968.

22: Cf. Valadés, José C. op. cit.

Campecho

A principios de 1897, Don Ignacio Vasconcelos recibe el nombramiento de Segundo Jefe de Aduana en Campeche. A Toluca mandaba avisar sobre su regreso. Se despedirían después de Toluca y emprenderían el andado viaje al Sureste.

El hogar en Campeche resultó ser una hermosa presencia marina. Con grandes balcones sobre la playa y el mar, desde donde se apreciaban las embarcaciones del puerto, con un amplio corredor de pisos de mármol a cuadros en blanco y negro, traído prácticamente como lastre en los veleros italianos que llegaban a Campeche por el palo de tinte.

El Instituto campechano se encontraba situado en el local de un antiguo convento. Los maestros eran profesionistas distinguidos, que trabajaban por afición ya que el sueldo era muy bajo:

"No pocos prestaban sus servicios gratuitamente, según tradición honrosa de amor a la cultura y servicio de la localidad. Sin tan patriótica decisión de los particulares, el Estado siempre en bancarrota, no habría podido reemplazar a las comunidades en el servicio de la enseñanza secundaria que les arrebatara la Reforma." (p. 108)

En marcada oposición a la Doctrina positiva, los profesores campechanos presentaban una postura humanista. La Reforma, con la introducción del método científico traído por Barrera, había dado un viraje en el espíritu de la enseñanza en México. El positivismo no admitía más ley que la ciencia, ni conocimiento alguno que no estuviera comprobado por ésta. Durante la época en que el pensamiento positivo cobró auge, se dió la espalda a las humanidades en las escuelas. Alfonso Reyes dice al respecto:

"Ayuna de humanidades la juventud perdía el sabor de las tradiciones y sin quererlo se iba descastando insensiblemente (...) -Para los positivistas- La teoría era la mentira, la falsedad y pertenecía a la metafísica, si es que no a la teología. La práctica era la realidad, la verdadera verdad. Expresión, todo ello, de una reacción contra la cultura, de un amor a la más baja ignorancia, aquélla que se ignora a sí misma y en sí misma se acaricia y complace. Cuando la sociedad pierde su confianza en la cultura, retrocede hacia la barbarie con la velocidad de la luz." 23

23. Reyes, Alfonso. "Futuro inmediato", en Conferencias del Ateneo de la Juventud. México, 1962, UNAM p. 196.

Los maestros campechanos rompían el cerco de la educación positiva, se ofrecían gratuitamente a la enseñanza por amor a la cultura por una visión humanista del conocimiento, satisfaciendo de esta manera las necesidades de preparación secundaria de la población, que el bajo presupuesto del Estado no permitía satisfacer.

* La Generación del Ateneo sería, más tarde, quien recuperaría las humanidades para la educación mexicana. Pedro Henríquez Ureña, uno de las figuras más relevantes de los ateneístas, diría, pensando en la urgencia de la reestructuración de la vida intelectual en México: "Las humanidades, viejo timbre de honor en México han de ejercer sutil influjo espiritual en la reconstrucción que nos espera."²⁴ Ya antes de la Generación del Ateneo, Campeche hacía real gala de ese viejo "timbre de honor". Incluso Vasconcelos advierte que los profesores estaban más interesados en la poesía que en las discusiones de carácter político estilo Toluca. Pero el Instituto seguía conservando, respecto a Eagle Pass, cierto retraso: se abusaba de la memorización, mientras que la escuela texana procuraba ejercitar el pensamiento antes que la retentiva, Dice.

El Instituto poseía una apreciable biblioteca, donde Vasconcelos entraba con la misma emoción respetuosa que en las Iglesias:

" El relente de los viejos infolios sugería el incienso y la manera de ensanchar el alma con los libros se parecía al despliegue de la oración. No era muy grande la sala, pero sí acogedora. Una estantería de madera de Zapote, morena y olorosa, cubría casi las paredes y encerraba pergaminos que fueron de conventos y volúmenes de pasta francesa adquiridos por la dirección. En algunos tableros sin estante y en el friso había figuras en honor de la Ciencia. Según recuerdo, una Agronomía, grave matrona con su astrolabio. Una turgente Geometría, armada de con ás y en los festones, letreros alusivos al sistema de Copérnico y el principio de Lavoisier. Equivalía aquello a las imágenes que dan vida a los templos. Desde entonces me quedó la idea de hacer alguna vez, una biblioteca más grande según el mismo plan," (110-111 p.p).

Algo tenía de misticismo la aventura del conocimiento. El relente de los viejos infolios tenía su equivalente en el incienso de las ceremonias cristianas. La atmósfera que rodeaba al rito -al rito de la lectura o al rito religioso-, acondicionaba el ánimo del neófito que penetraba a los terrenos del espíritu, Era semejante la manera de ensanchar el alma con los libros al

24. Henríquez Ureña, Pedro. "La Cultura de la humanidad", en Conferencias del Ateneo de la Juventud, México, 1962, UNAM p. 196.

despliegue de la oración. El saber desplegaba tantos momentos de sublimación espiritual como aquellas entregas de los místicos a la divinidad.

La arquitectura de los templos católicos con el recargamiento de sus formas barrocas o la sobriedad del neoclásico; lo imponente de sus pinturas opacadas por el humo de las velas; los ricos decorados en madera dorada; las cúpulas casi celestes; las maderas añejas de las puertas y confesionarios, todo producía la impresión de penetrar a un sitio majestuoso, donde esperaban al hombre incalculables goces.

Así, la estantería de madera de zapote, morena y olorosa, que tapizaba las paredes de la biblioteca del Instituto campechano; que guardaba los pergaminos pertenecientes a antiguos conventos, volúmenes de pasta francesa inapreciables. Los frisos y tableros en los que las figuras del conocimiento honraban a la Ciencia; la Astronomía, la matrona del astrolabio; la Geometría, provista de un compás, parecían las imágenes de los Santos; los letreros, oraciones sobre el sistema de Copérnico y el principio de Lavoisier.

Encontramos en las formas expresivas una ejecución artística que busca palabras inusitadas: 'rolente o infolios'. Con elementos de ficción como: "La manera de ensanchar el alma". Donde se propone el alma como un objeto mesurable con facultades de disminución o aumento. La cita se refiere a la experiencia vivida ante el conocimiento del hombre.

Por otro lado, las lecturas realizadas por Vasconcelos en la pequeña biblioteca disfrutaban de una deliciosa anarquía que podía ir desde la astrología y la magia hasta Shakespeare, Calderón o Chateaubriand. Con la madre, que lo estimulaba a leer, discutía, comentaba o reseñaba numerosos libros. Ella le sugería textos; hacía interpretaciones y aconsejaba sobre los peligros del ateísmo.

" Pero al Genio del Cristianismo volvíamos como a un leit motiv. Después he comprendido que viéndome leerlo, mi madre se tranquilizaba. No podía evitar que me ganara el ambiente incrédulo y afirmaba mi creencia volviéndola combativa en previsión de los riesgos que no tardarían en presentarse. Por lo pronto, el intelectualismo de Campeche era indiferente más bien que irreligioso." (p. 112)

Transcurrían los días campechanos con un sabor de relajamiento. A las horas de estudio seguían horas de diversiones excitantes; de descubrimientos naturales; de dolores ocau cooida. Por esa época, Vasconcelos comenzó a recibir elonou de notación, en las que su talento intelectual parecía oponerse a la

destreza física:

"Obediente a los consejos del boga, tendía los brazos, los apartaba, y, sin remedio, me hundía; si algo flotaba eran los pies. Paciente, el marinero me sujetaba del calzón o me tenía de la barba; apenas me soltaba me iba al fondo de cabeza." (p. 112)

Pero Campeche lo introducía al desarrollo corporal casi por la fuerza. El Instituto impartía clases de gimnasia en aparatos, en donde adiestraba sus músculos como un reto a la debilidad del cuerpo. Junto con algunos amigos, se le ocurrió improvisar un gimnasio privado en el patio abandonado de su casa. Obstinado, llegó a realizar algunos ejercicios de dificultad; sin embargo, la gimnasia quedaba siempre rebasada por el interés de la lectura: "Con frecuencia me ocurrió subir al trapecio a pulso, pero sólo para quedarme sentado leyendo un libro." (p. 113)

Después del ejercicio, eran reconfortantes los desayunos de chocolate con campechanas remojadas, obien, las escapadas a las huertas de frutas raras, prohibidas por el consejo médico para evitar cólicos y paludismos:

"A escondidas me aficioné a los zapotes amarillos y chicozapotes, marañones, mameyes y ciruelas (...). Poco a poco fue propagándose el contagio y no sólo mis hermanas, también mi madre violó la consigna contra la fruta. La plaza del mercado nos quedaba a dos cuadras, del otro lado del muelle. Visitándola temprano, se podía obtener por unas monedas de cobre, una fuente de las ciruelas más dulces, rojas y doradas de toda la tierra. Un montón de chicozapotes deliciosos valía 'cuartilla'. Los mangos abundaban tanto que al final de la estación los echaban en carros para arrojarlos al mar,..." (p. 114-115)

La comida de la región no desmerecía en abundancia y variedad:

"A los arroces azafronados, las aves y los lechones, añade peces sin rival en el mundo, como el cazón y el robalo. Además, una variedad de ostras, cangrejos, langostas, que se traen de la playa recollona, situada al norte, y aparte los productos nativos, un tráfico súbito por mar deja al mercado local buena provisión de latas, conservas y vinos a precios reducidos. 'El palo de campeche nos lo devuelven hecho vino.' (...) La preparación de luto (el poncudo), según los recetas locales, resultaba estupenda, gracias a cierto empleo del coquino.

Los escabeches campechanos, a base de ajos, son también inconmensurables. Y en materia de dulces nada iguala el marañón con las pastas de coco y de guanábana, auténticas maravillas del trópico." (p. 115)

Los manjares divinos al alcance de la mano. Trepándose en los árboles, robando entre las huertas, Vasconcelos sabía gozar con semejante avidez a la de la lectura, los prodigios de las frutas. Eran festines y hartazgos. Todo en profusión y sabor, Consumidos en su punto más dulce y delicado, con aromas refinados y pulpas carnosas. ¡El éxtasis de la naturaleza trópic! ¡El milagro de nuestras tierras fértiles! Era imperioso violar las advertencias médicas. El deleite bien valía un paludismo. La familia entera cedía a la tentación.

No era menor el refinamiento en los guisos que Doña Carmen aprendiera de la cocina campechana. La carne de res encuentra cambios radicales por aves, lechones y una rica variedad de pescados y mariscos. El reino marino producía exóticos manjares para las mesas de Campeche: ostras, cangrejos, langostas, robalos, cazones y peces sin fin. Para prepararlos se recurría a especies extrañas, a yerbas de aromas especiales, a vinagres y condimentos extranjeros. De Europa se recibían vinos y conservas; latería de calidad, que aumentaban los recursos culinarios de la región, entre los cuales, los dulces de frutas eran una especialidad.

Esta es la literatura de los sentidos, de la sensualidad gastronómica del trópico. Es la literatura del sabor que recrea colores, texturas y aromas; Ciruelas rojas y doradas que no son completamente doradas ni completamente rojas, sino que toman matices intensos muy parecidos; que el lenguaje, cargado de una nota acústica y afectiva, enfatiza para provocar el anhelo. La poética subraya los refinamientos del arte culinario: Los escabeches campechanos inconmensurables; los dulces de marañón con pastas de coco y guanábana. Frutas y platillos cuyo sólo nombre es de una suave estética verbal. La sonoridad delicada de las palabras y la idea afectiva a que nos remiten marañón, guanábana, escabeches, cangrejos y lechones producen una especie de reminiscencia gustativa en el lector, de deliciosos nacionalismo gastronómico.

No obstante, la literatura no trata con los sentidos como objetivo último -dice Reyes-. Si trata con el sentido acústico es por todo de tránsito; y con los otros sentidos, por alusión o metáfora ya que su último destino es intelectual, que en este caso podría ser el acercamiento a la vida

intima del trópico desde la perspectiva de la distancia temporal; las memorias sobre el quehacer campechano de los Vasconcelos y el relajamiento diario y placentero de la existencia, o los recuerdos emotivos del último momento de unidad familiar. Todo apreciado a través de los sentidos, los recuerdos, las anécdotas, y entendidos como valores irrepetibles y únicos.

Sobre el desempeño intelectual, la literatura otorga una mirada a asuntos tales como el de la pubertad, donde la moral y la educación religiosa y social prohíben o incluso castigan la sexualidad de los individuos:

Había una influencia entre el calor bochornoso, que no se lograba matar con los baños o bebidas heladas; con las siestas o estancias ventiladas; con el despojo de la ropa u otra suerte de intentos, y "las solicitaciones de la pubertad". ¿Qué podían esperar sobre vida sexual los adolescentes educados en las mismas familias que resguardaba a la mujer bajo una estricta moral cristiana? Sólo frente a ésta problemática la madre observaba perfecta incomunicación con su hijo José. El carácter de Doña Carmen contrastaba con la efusividad paterna:

"Estrochánola en sus brazos, mi padre le dijo: 'Yo sé que serías capaz de dar la vida por mí, pero nunca me abrazas, pareces distante, no seas tan seria'." (P. 135)

Doña Carmen prefería la reserva, la inexpresividad ante una cuestión cuya sola mención inquietaba las conciencias católicas. De las enseñanzas de su madre, Vasconcelos rastreaba una respuesta que, entendía, no debía preguntar. Llegaba a la conclusión de que no existía más que un camino que satisficiera los principios religiosos: La penitencia.

"Holestias y dolores recomendaba -la madre- ofrecer en desagravio de los pecados. No era necesario, pues, consultarla en el caso particular; cuando en las noches me despertaba un deseo violento, me pinchaba las carnes con el alfiler que previamente ocultaba en la hamaca y combatía desesperadamente las imágenes de la tentación. Otras veces, por supuesto, me vencía la naturaleza y me daba a ella con cinismo desconsolado." (P. 117)

Fracasaba su vocación de penitente. Más tarde se entregaría de lleno al erotismo; aunque siempre perseguido por el mismo sentimiento de culpa.

En cuanto al aspecto histórico se refiere., el aislamiento geográfico de Campeche había creado en sus habitantes una conciencia de estado independiente. Celebraban como fiesta nacional, no el quince de septiembre, sino el aniversario de su separación de Yucatán. Tenían una bandera propia que desplegaban, en ocasiones meritorias, junto a la bandera del país. Comercaban con auge y facilidad con el Caribe y el comercio europeo e internacional, a través de los medios marítimos. Mientras el comercio con el interior de la República se dificultaba por las inaccesibles vías terrestres. Su autonomía estaba, en gran parte, condicionada por la economía proveniente del comercio con el exterior más que por el local. Campeche no se sentía obligado con un gobierno central que lo mantenía relegado.²⁵ El patriotismo de Vasconcelos se sentía seriamente irritado por el independentismo campechano:

"Si era necesario, por la fuerza retendríamos a Campeche. ¿Qué iban a hacer ellos solos? ¿Pedir su anexión a los Estados Unidos como lo hizo alguna vez Yucatán? ¿Resultarían, ellos también, traidores?" (p. 120)

Esto contrastaba -decía- con el nacionalismo de Piedras Negras, que a diario tenía que padecer al vecino fuerte. Los campechanos no tenían idea de la vida fronteriza y el diario conflicto creado con los Estados Unidos.

Se encontraba Vasconcelos en Campeche, cuando estalló la guerra entre España y Estados Unidos. En el Instituto se formaron dos bandos: uno mayoritario que era el partido de los cubanos y otro organizado por nuestro autor, que era el grupo de los españoles, y que argumentaba que la actitud de los ciudadanos de la región conduciría a repetir la historia de Texas, que bajo pretexto de independiente, se hizo norteamericana.

La Península de Yucatán, a la cual había pertenecido Campeche, apenas había formado parte de la Nueva España. Por las limitaciones de las vías de comunicación, era un territorio prácticamente desligado del país. Durante los primeros años de vida independiente, Yucatán se mantuvo separado, en varias ocasiones, de la República. Las leyes dictadas por los gobiernos independientes afectaban los intereses mercantiles e industriales de la región. La península buscaba formas de independizarse. Entre Campeche y Yucatán existía una fuerte rivalidad, a la que se sumaba la actitud hostil de la población indígena hacia las clases medias y altas y la debilidad económica de

las rentas públicas, que hacían de Yucatán fácil presa de España o de Los Estados Unidos. Las constantes reincorporaciones a la Patria mexicana tenían en cuenta la idea de salvarse de mayores peligros. Con Santa Anna se ejerció una política militar hostil contra la región, para tratar de someterla; lo cual termina en 1843 con las garantías de un régimen de excepción dentro del centralismo para Yucatán. Santa Anna no cumplió los acuerdos y Yucatán tuvo que volver a separarse hasta el 46 en que vuelve la Federación al país.²⁶

El caso de Texas era problemático. Estados Unidos desde los primeros días de la República aspiraba a apropiarse de todo el territorio del norte de México que nuestro gobierno prácticamente no podía gobernar. Texas aspiraba a la separación del país. Santa Anna lo mantenía en constante hostigamiento con un ejército hambriento y mal pagado, actitud que sólo sirvió para reforzar los anhelos del estado para anexionarse a Norteamérica. Estados Unidos armaba y dirigía a la población texana contra el gobierno de México, y advertía que una invasión a Texas sería considerada como una guerra contra los Estados Unidos. México, por su parte, declaraba que si los norteamericanos aceptaban la anexión de Texas sería la guerra entre ambos países. Al triunfo a la presidencia estadounidense del demócrata y sudista Polk, de tendencia anexionista, la guerra con nuestro vecino era cosa cierta. En Washington se acepta la anexión de Texas y estalla el movimiento armado. Ante nuestras primeras derrotas, se manda llamar a Santa Anna, que por entonces, había salido del poder, para encabezar la dirección militar contra Estados Unidos. Santa Anna abandona el campo de batalla frente al invasor antes de sufrir la derrota total. Los norteamericanos, entonces, penetran hasta el corazón de nuestro pueblo. Norteamérica pedía, para hacer cesar la guerra, una extensa porción de nuestra frontera septentrional que comprendía desde el Bravo hasta California. El 15 de septiembre de 1847, los yanquis ocupan la capital del país. México se ve obligado a ceder el territorio pedido para salvar el resto de la nación. Los Tratados de Guadalupe Hidalgo se firman el año siguiente el día dos de febrero.²⁷

En la época en que Vasconcelos habita en Campeche el peligro de una invasión al estado no parecía ser un hecho. Campeche enfrentaba otras dificultades de tipo interno. Las especulaciones anexionistas o independentistas eran mera polémica de los discípulos del Instituto, que no dejaba de tener penosos antecedentes en el caso de Texas o en la petición de Yucatán de formar parte de Norteamérica. La ciudad sufría, en esta ocasión, las consecuencias de las leyes dictadas por el gobierno de Díaz.

²⁶ y ²⁷. Cf. Sierra, Justo. La evolución política del pueblo mexicano en Obras Completas. T. XII, UNAM. México 1977.

"El mal gobierno del Centro, al destruir a Campeche con sus exacciones y con leyes disparatadas como la que dió el cabotaje a las empresas yanquis de navegación, determinó el éxodo de más de media población. Centenares de familias se fueron, de esta guarte, a engrosar el proletariado burocrático que es apoyo y azote de las tiranías..." (p. 120)

El puerto, que tuvo fama por sus astilleros, dejaba podrir las ricas maderas destinadas a la producción de sus barcos. Repentinamente surcaban los mares campechanos naves extranjeras que remplazaban el pabellón nacional. Los marinos nacionales descendían a las labores de la pesca.

"Sordo al clamor de los pueblos, el gobierno de los pretorianos encarnado en un zafio mandón, rodeado de negociantes, se hacía aclamar como progresista porque otorgaba al extranjero ventajas ruinosas para cada comarca." (p. 124)

Para observar el Campeche de 1996, Vasconcelos establece un juego narrativo de alternancia temporal en las formas de apreciación de la realidad campechana. Recurre a la mirada de su personaje joven-niño y a la mirada del mismo personaje adulto, o sea el propio Vasconcelos, pero ya al margen de papel alguno en la autobiografía. Evocando la adolescencia, se remonta a los años de vida familiar, a las experiencias personales de un joven despierto a la vida; al conocimiento a los placeres de la mesa y la intimidad materna, de los que fué un sutil y refinado amante. El mundo manifiesto, visto por los ojos de un Vasconcelos apenas salido de la niñez, es decir, de un Vasconcelos adulto que se abandona, a través de la autobiografía, a la mirada de la adolescencia, no tiene todavía las definidas apreciaciones políticas del hombre que ha participado ya en el Ministerio de Educación y la Campaña presidencial de 1929. Observamos, por lo consiguiente, un pasado expresado en forma literaria, que es el mundo individual del adolescente y sus personas más cercanas; y un pasado visto por el mismo autor y en un mismo tiempo creativo; pero cuya mirada ha recobrado la experiencia del político, olvidada deliberadamente -si esto es posible- durante su primer momento narrativo sobre Campeche, y que ahora critica la política porfirista de finales de siglo en Campeche. Por una parte existe el recuerdo expuesto literariamente, de la vida en familia en el puerto: recreación minuciosa de arosas y cobores, que Vasconcelos sabe identificar en cada ciudad habitada durante su infancia; de inquietudes y molestias; de intereses y preocupaciones; de momentos placenteros. Por otra,

haciendo a un lado el recuerdo personal, existe la mirada crítica de la situación del Campeche porfirista, ahora bajo los ojos del hombre político: Intrusión extranjera en la economía productiva e independiente del Estado que trae como consecuencia el fin de la prosperidad autónoma. Vascconcelos se refería, en este último aspecto, a la apertura que Díaz otorgó a la inversión extranjera, que si bien trajo algunos adelantos, nunca llegó con intenciones de hacernos una potencia desarrollada que rivalizara con su poderío. Nuestra condición en adelante sería de dependencia. El progreso de Díaz era un arma de

Los días en Campeche se tornaba súbitamente tristes. Las calles se veían solas y abandonadas las casas desoladas; ventanas y zaguanos permanecían cerrados, sin ningún inquilino que las solicitara. Las casas se iban deteriorando por la falta de cuidados. Los viejos eran los únicos que se aferraban a su tierra; los jóvenes emigraban a buscar empleos más lucrativos.

"La casta criolla de lindo tipo sensual cedía a los rudos indígenas del interior que en callados grupos escuchaban el concierto a distancia y como si aguardasen el momento de ocupar las casas que abandonaban los blancos." (P. 125)

Una esplendente ciudad vigorosa, civilizada y culta descendía la pendiente del progreso. En las haciendas el palo de tinte se deja de cortar casi por completo. Surgían ahora los cultivos -contaban los hijos de hacendados en el Instituto-:

"La mano de obra llega en barcos reclutada entre los 'guachos' miserables de la meseta mal alimentados, ignorantes; los vence el clima, los agobia la tarea. Con el café y el plátano reciben cada mañana el puño de quinina que les reprime la fiebre; 'a veces hay que darles palos para que trabajen; asegura el joven propietario 'Cuando escapan, añado otro, los cazan por la selva, los capturan y los ponen al cepo. No pueden dejar la finca porque nunca acaban de cubrir sus adeudos con el patrón.'" (P. 133)

Protestaban los jóvenes de las clases medias -entre ellos Vascconcelos- con enojo: "Los propietarios por sus crueldades eran los que debían ir a los cepos". La indignación corría hirviente. "Eran una injusticia tratar a un ser humano como animal" "Los tiempos de la esclavitud habían pasado". Pero la trig

te realidad mexicana, con las tiendas de raya, afirmaba lo contrario; surtían al peón de maíz, frijol, manta y los elementos apenas indispensables para vivir, a precios excesivos, creando una deuda que lo esclavizaba por generaciones enteras. La desequilibrada distribución de la tierra; la falta de educación de las grandes masas, y la explotación desmedida de su mano de obra subalimentada y mal pagada habían conducido al campesino mexicano a una situación crítica de injusticia social. Los hacendados habían sido, en gran parte, los beneficiarios de las leyes de desamortización de los bienes del clero, cuyas propiedades fueron a engrosar sus haciendas.²⁸ En zonas cálidas como Campeche, la fiebre amarilla y el paludismo agobiaban, además de las largas jornadas de trabajo, a los desnutridos hombres que se consumían en las selvas fértiles del sureste. José María Vigil advierte que el problema en México lo había constituido la propiedad territorial y las relaciones entre propietarios y jornaleros. Wistiano Luis Crozco dice indignado sobre el latifundio:

"...la hidra infernal de ese feudalismo oscuro y soberbio permanece en pie con sus siete cabezas incólumes. La segunda cosa que debemos tener presente es que tras de esos treinta millones de hectáreas han corrido muchos más millones de lágrimas: pues no son los poderosos, no son los grandes hacendados quienes han visto caer de sus manos esos millones de hectáreas, sino los miserables, los ignorantes, los débiles... los que no pueden llamar compadre a un juez de Distrito, a un gobernador ni a un ministro de Estado."²⁹

La Iglesia contribuía ideológicamente al sometimiento del peón, predicando la resignación y la esperanza en la vida futura. Mientras tanto, los hacendados practicaban a sus anchas un sistema brutal e inhumano de explotación que no difería en nada de las formas de esclavitud. Café y plátano era la dieta de los campesinos que llegaban a Campeche. Recibían golpes para presionarlos a acelerar el ritmo de trabajo y eran cazados como animales en plena selva y devueltos a su mísera condición.

Los datos anteriores nos proporcionan una ubicación general del Campeche de finales del siglo XIX. El Campeche aislado del interior del país por falta de vías terrestres. La necesidad de buscar caminos de subsistencia al margen de la economía del país y el comercio del palo de tinte con el exterior. El sentimiento independentista de los campechanos, en contraste con el sentimiento nacionalista de Piedras Negras. El desánimo de los campechanos por una visión

28. Cf. Córdoba, Arnulfo. La ideología de la revolución mexicana, Edt. ERA, México 1973. 29. Citado en Breve historia de la revolución mexicana de Jesús Silva Herzog. ECH México 1964 p.19.

patriótica. La horrorosa situación de los desposeídos campesinos ante la opresión social. La política adversa de Porfirio Díaz a la región, que acaba con la economía local, fundada en la ficción de un acelerado desarrollo dependiente erraba los principios de un desenvolvimiento sano y, en este caso, ahorcaba los medios de un centro económico autosuficiente.

Vasconcelos observaba ya, con acertada visión, los peligros que podía producir la actitud antinacionalista de los habitantes de Campeche. Había reflexionado sobre el caso de Texas. Había asimilado una experiencia dolorosa para la nación. Había calculado los alcances de la política norteamericana. Veía con claridad la injusticia de los grandes hacendados que convertían al peón en poco más que un animal. Contemplaba el desastre económico provocado por una política equivocada y se lamentaba impotente. Hablaba en nombre del joven estudiante y en nombre del político decepcionado ante tanta sinrazón. Pero hablaba, al fin, la conciencia en formación y la conciencia madura de un hombre con memoria histórica, cuyas esperanzas de redención para el país se irían cada vez más, con los años, alejando.

En Campeche Vasconcelos conoce a Sofía, quien sería la iniciadora de su vida sentimental:

"...Sin saberlo, pero fiel al simbolismo de su nombre, Sofía cumplió conmigo la misión de iniciadora en el saber humano. De ella recibí el morbo romántico que no se cura nunca y de ella aprendí el misterio que hace atractivos los cuerpos, ya sea que unen o separan las almas. Su recuerdo coincide con mi despertar sentimental. Pendiente de su gusto me metí por las regiones nuevas de la Literatura amorosa y soñé destinos enlazados a la dulce visión de sus ojos adelantados en mi senda."
(p. 132)

La educación de las niñas y las damas jóvenes estaba acaparada en Campeche por la Academia de las señoritas Steger, personas de origen Franco-alsaciano. En su colegio de impartían clases de enseñanza general además de música e idiomas. Redondeaban las lecciones con modales franceses, uso de guantes y polvos, recitaciones y versos en francés, que las señoritas mexicanas apreciaban como lo más reconocido en maneras de elegancia. Después de que el Futado cerró los colegios católicos para implantar una educación laica en el país, la educación femenina de Campeche estaba en sus manos. Sofía seguramente había asistido a su colegio. Las hermanas de Vasconcelos así lo hacían. Las Steger eran bellas y elegantes, gozaban del respeto de la gente por su excec-

lente reputación. Nadie imaginaba que, años más tarde, después de la muerte de Doña Carmen, Don Ignacio se casaría con una de ellas.

□ Después de los exámenes del Instituto, la familia emprendería el regreso a la Capital. Vasconcelos se preparaba para ingresar a la Escuela Preparatoria; pero sentía cierto dolor al partir, dejaba un cariño entrañable en Campeche: La bolla Sofía.

solían brotar copiosamente. A estas circunstancias penosas se adelanta el autor para predecir aquello que había de acontecer en un futuro, que él ahora veía desde una óptica de tiempo presente (el momento de la recreación literaria, después de la época del Ministerio de Educación y la Campaña Presidencial), con los hechos consumados. Los patios y los muros de la Preparatoria se llenarían del Ministro que produjo una revuelta creativa en la enseñanza mexicana. Los muros de la escuela, en efecto, 'Oirían hablar de él'. La cita juega con dos momentos: sobre un joven dolido se augura un porvenir brillante, tiempo que a su vez es anterior a la época en que se escribe el *Ulises Criollo*, cuando el autor ve todo como pasado.

Pero por lo pronto, faltando la relación maternal, la soledad se hizo patente por primera vez en la vida de Vasconcelos, quien sitiado por una ciudad extraña sobre su dolor entre la bohemia estudiantil y los estudios académicos, que lo introducen a un nuevo concepto del conocimiento: el Positivista.

Una vez instalado en las labores de la Escuela Nacional Preparatoria, presencia la educación dictatorial-represiva, prolongación del régimen porfirista. El positivismo se había impuesto como corriente ideológica; lo mismo en la política que en la educación.

Por encargo de Juárez, al triunfar la República en 1867, Gabino Barroeta inicia la reestructuración de la educación del país, que dió nacimiento a la Escuela Nacional Preparatoria. La llamada burguesía triunfante se veía amenazada por los jacobinos y por el clero, y requería con urgencia de un sistema que sometiera el pensamiento de la nación a sus intereses. Para los ideólogos del positivismo, el orden material dependía de hacer de su doctrina, un poder espiritual que orientase a los poderes material y político. De ahí la necesidad de reformar la educación mexicana. En el positivismo sólo se enseñaría lo demostrable, lo comprobado. Un fondo común de verdades uniformaría el pensamiento de la sociedad con respuestas infalibles a la prueba. La rigurosa aplicación del método científico tendría la última palabra. Lo que no pasara la prueba del método no podría ser verdadero. Se trataba de encontrar el credo inmutable. La religión cristiana sería sustituida por la religión de la humanidad; la libertad sin límites de los liberales, por la libertad ordenada; la idea de igualdad por la jerarquía social.

Al gobierno burgués no le convenía que ningún grupo político (jacobinos, católicos o positivistas) obtuviera el poder espiritual. Utilizaba la nueva doctrina para sus fines específicos pero no deseaba una competencia de rango.

Procede, entonces, a mutilar la ideología positiva para dar paso al régimen porfirista, depositario y guardián de sus valores, que finge acoger en su seno todo tipo de formas de pensamiento. Es el orden requerido, justificado por un tipo de positivismo encabezado por el grupo de los 'científicos'.

Los porfiristas, representados por Porfirio Díaz y 'Los Científicos', se proponían realizar la paz y el progreso. La dictadura, siendo honrada y bondadosa -decían-, se ocuparía del bien social, por tanto se le debía veneración y respeto. La ciencia resolvería los conflictos sociales atendiendo a las leyes biológicas de la supervivencia del más fuerte. Sólo los más fuertes debían sobrevivir. La riqueza -entre ellos- era una superioridad necesaria. México no estaba apto para la libertad, argumentaban, mientras el país avanzaba su desarrollo social una tiranía honrada se encargaría de su gobierno. El clero y la milicia terminarían siendo integrados al sistema para que los hombres de paz y progreso impusieran por la fuerza el orden cuando su poder de convencimiento no resultara suficiente. 30

Vasconcelos había sufrido un contagio positivista de pensamiento en cuanto a su parte científica se refiere -no política-; pero un contagio más bien relajado y experimental. Su sensibilidad olfateaba con cierta aversión la rigidez del método. Con las matemáticas padecía tropiezos y descalabros. El seco perogrullismo de las ecuaciones algebraicas y las raíces -decía-, no lograban excitar su imaginación:

" Aún en este período de enamoramiento científico, me mantenía enticcientífico sin saberlo, en el sentido de no importarme el detalle de la investigación, lo que más tarde han llamado 'el comportamiento del reino animal', sino lo que no puede explicar la ciencia, el significado de la realidad zoológica en relación con el destino humano." (150-151)

Sin embargo, algo tenía que tomar de las matemáticas: En la mecánica vislumbraba posibilidades de que las formas y las masas perdieran la rigidez y se integraran a la creación; a la dinámica, donde la inercia se rompía por rágida del impulso; el milagro se cumplía y la invención quedaba libre:

" Arquímides tocó uno de los nervios del Cosmos cuando puso la palanca al servicio de la inteligencia que busca propósitos. El mundo no es una cosa que se explica, sino fundamentalmente una zona de la que

hay que salir, No había, pues, comparación entre una doctrina meramente matemática que nos explica cómo se distribuyen las cantidades dentro del orden espacio y tiempo, y la dinámica, que nos indica cómo se puede saltar de las cantidades al movimiento. Insertando éste en el ingenio, se produce la transformación de las cantidades en valores, y las cosas adquieren al temblor de los actos del espíritu." (p. 152)

Vasconcelos no pertenecía al mundo de los científicos, era el creador y el filósofo. El positivismo resultaba frente a él un relativo fracaso. Más tarde reafirmaría su posición del mundo como creación, bajo el influjo de las ideas de Bergson.

Bergson no aceptaba la teoría mecanicista de Darwin, porque la evolución es un proceso creativo. La vida es un impulso vital; el impulso del mundo; un acto libre. La vida es una corriente en crecimiento perpetuo, una creación sin fin. Para fundamento de la vida, es necesario buscar no un fenómeno perecedero como el de la energía; sino como el acto desinteresado, sin amor, sin piedad, heroico, sin propósito. Una corriente de infinitas potencialidades recorre lo íntimo de nuestras vidas y las hace poderosas. Nos hace estimar el autoconocimiento, este anhelo implica la urgencia de la sinceridad que dé con la nota personal antes de que se integre al universo. La sinceridad y la fe en el mejoramiento indefinido son los rasgos predominantes del ideal moral. Asentada en ésta actitud de lucha, surge en nosotros la certidumbre creciente de un ideal en que ha triunfado el espíritu. El hombre encuentra en su conciencia la potencia indestructible, capaz de abnegación, de una rebeldía creadora, del acto generoso en medio de la mezquindad del universo.³¹

En la enseñanza de las matemáticas, Vasconcelos ya comprendía la rigidez del método científico; no era la ciencia la culpable sino la forma en que esta era abordada. La teoría de Darwin, cuyo fundamento de la conservación de la energía fue puesto en duda, por Clausius y Carnot, determinaría que la propia ciencia pusiera de manifiesto la cualidad de sus principios, sujetos a rectificaciones y debates, y lejanos del orden positivo. Los ateneístas habrían después de usar este argumento científico para atacar al positivismo.³²

Por lo pronto, nuestro autor observaba que las matemáticas, concebidas por la escuela de Darroca, limitaban su coordinación, y buscaba, entre sus proporciones, redactos como el de la mecánica, dentro de la cual la creación iba tomando forma; el milagro de la Lavención hacia gulo de Ubarac

31. Cf. Vasconcelos, José. "Los Gulos Rec-
ueda a las "mas construcciones" en Copia de las del Creacion de las Joyas de Ubarac, México, 1967.

rompiendo la inercia por la magia del impulso. Sin embargo, Vasconcelos apreciaba la ciencia en toda su significación. Años después comprendería que ningún filósofo era filósofo si no había aprovechar y apoyar sus postulados en la 'ciencia verdadera'. En esa época practicaba experimentos sobre improvisados instrumentos rudimentarios, en la intimidad de su cuarto, corroborando las teorías expuestas en clase. Había logrado desarrollar un amor sin reservas a la física, la química, la astronomía y la mecánica. Mientras los positivistas seguían predicando sobre la ciencia; la devoción a la verdad, sobre la diosa entre las disciplinas; la novia única y válida que ofrecía inconmensurables secretos a los jóvenes; la revelación neutra y hermosa. El positivismo se había implantado para terminar con los fanatismos a través de la ciencia, y terminó siendo un culto más.

" La familia, los amigos, el amor, todo era secundario ante la epopeya magnífica de nuestro tiempo, la conquista del progreso que levanta al hombre, por encima de la bestia y a la altura de los dioses de la antigua era teológica." (p. 175)

El entusiasmo cientifizante había seducido a Vasconcelos; pero restaba en él el germen del hombre cuyo espíritu exigía la universalidad que proporcionaba la creación. Y en la cátedra se ofrecía un constante estrangulamiento de la fantasía.

" 'No otorgarás fe sino al testimonio de tus sentidos'. 'La observación y la experiencia constituyen las únicas fuentes del saber'. Estos y otros conceptos cartesianos recordados ante cada ocasión, iban conformando un criterio metódico, rigurosamente científico según la propia definición positivista: 'Sólo adquiere categoría científica un hecho, un fenómeno cuyas condiciones de producción conocemos y que se repite, cada vez que esas condiciones vuelven a reunirse.' (...)

Cuanto no puede comprobarse de modo experimental carece de valor científico y pertenece al reino caduco de lo teológico o lo metafísico. No hay más verdad que la de la experiencia sensible no otro dogma que el ser todo relativo y condicionado a sus antecedentes. 'Lo único absoluto es que todo es relativo'." (p.p. 175-176)

Vasconcelos acataría sólo el aspecto doctrinario de la ciencia. Tomar-

ría la conclusión última de cada disciplina -decía-, para encontrar sus alcances dentro de la totalidad del saber. Las leyes fundamentales descubiertas por los científicos, otorgaban un precioso material al filósofo; pero sólo a medida en que tenían relación con la concepción del universo que este plantearía. Vasconcelos aspiraba a utilizar las conclusiones científicas parciales, de todas las ciencias, para integrar un todo, una visión coherente del Cosmos.

Para el gran ambicioso, para el gran totalizador, resultaba decepcionante que dichas conclusiones se lograsen lenta y dificultosamente, para obtener modestos resultados, por ejemplo conclusiones como: 'la experiencia no revela otra cosa que ciertas regularidades en el proceso!.

" La vanidad de creernos en una era nueva y el snobismo de una ciencia entendida a medias, me impedía reconocer que el cálculo maravilloso de la paralaje y el descubrimiento sorprendente de Neptuno, eran tan sólo otros casos de cuento y recuento de las estrellas, vaivén de las olas... conocimiento humano limitado siempre por el confin del misterio. (p. 177).

Vasconcelos cree recordar de Claudio Bernard la frase: 'No encuentro el alma, bajo el bisturí...'. Y desalentado renegaba de la ciencia. Porque a ella había acudido para interrogarla sobre el secreto del alma; sobre el secreto de los procesos del pensamiento; la teoría de la voluntad, o la psicología del amor. Y la falsa diosa se negaba a contestar.

Desde entonces Vasconcelos había capturado una idea fundamental: El filósofo debía considerar las conclusiones de la ciencia. La verdadera ciencia -no positiva, decía- es punto de partida de la filosofía y punto de referencia para la valoración o comprobación y purificación de ésta última. Es decir, que la filosofía requiere de las conclusiones de la ciencia -sobre todo en una época de vertiginosos cambios científicos- y a su vez, la ciencia requiere de una disciplina que dé razón y rumbo a sus procesos y objetivos.³³

Como la filosofía, la metafísica va variando de acuerdo a los nuevos descubrimientos sobre la constitución del mundo físico. La verdadera ciencia no negaba la posibilidad de hacer metafísica, sino que proporcionaba elementos para ser utilizados en sus nuevas concepciones -dice el autor-, haciendo referencia directa a la negación y lucha del positivismo contra la metafísica.

33. Cf. Vasconcelos, José, "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas" en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*.

Por otro lado, ninguna ciencia parcial es válida si no se integra a un todo. Y la filosofía es la ciencia del conjunto de las ciencias; la síntesis del conocimiento. La ciencia tratada bajo el tamiz del positivismo y excluida de su integración filosófica, resultaba parcial para la comprensión del espíritu. El vistori podría abrir cuantas veces quisiera el cuerpo humano y quedaría tan ciego frente a la búsqueda del alma como antes. Era necesario acudir al rompimiento de las barreras positivas y dar a la ciencia su verdadera dimensión, que se confunde con la totalidad del saber humano y llega a los umbrales de la experiencia del espíritu. A la visión filosófica del mundo debían incorporarse -para Vasconcelos- los resultados del conocimiento artístico para lograr una síntesis en la que armonizara el conocimiento científico, las ciencias relativas a la conducta, la moral y la estética.³⁴

Para su mayor desconsuelo, los positivistas negaron a Vasconcelos la posibilidad de ser filósofo de carrera, porque estos estudios habían sido excluidos de la Universidad. En su lugar, estaba la Sociología. Contra la metafísica y las humanidades se sostenía una guerra mortal. La lógica fue tolerada sólo como metodología científica. Sin embargo, las preguntas de Vasconcelos precisaban de una educación filosófica, que tuvo que buscar en el grupo privado de Antonio Caso.

Nuestro autor, hacia 1906 también se apostaba contra el positivismo desde los pequeños cenáculos que tenían lugar en el taller del Arquitecto Jesús T. Acevedo; en la biblioteca de Antonio Caso o en la casa de Alfonso Reyes. En 1910, para dar cuerpo a un nuevo estilo de pensamiento, fundan el "Ateneo de la Juventud", primer centro de cultura libre y punto de partida hacia una nueva época en el pensamiento de México. Sus integrantes fueron, entre otros: Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Jesús T. Acevedo, José Vasconcelos, etc. Como un signo de rebeldía -dice Juan Hernández Luna³⁵ y salud intelectual, el grupo de jóvenes se reunía para leer y comentar los autores prohibidos por el positivismo, al no encontrar cabida dentro de las instituciones culturales imperante: Schopenhauer, Kant, Boutroux, Eucken, Taine, Ruskin, Wilde, Hernández Pelayo, Croce y Hegel.

El origen de sus inquietudes fue propiciado, además de sus lecturas, por la predica antipositivista de algunos de sus más eminentes maestros porfiristas: José M. Vigil, Don Ezequiel A. Chávez, Don Justo Sierra, así como por el estímulo de algunas figuras relevantes de la doctrina inculcada por Barradas: Porfirio Parra y Don Isidro Macedo.

34. Cf. Vera Cruz Inero, Marganita. Op. Cit.

35. Cf. Introducción a la Conferencia del Ateneo de la Juventud. UNAM. MEX. 1962.

Justo Sierra -dice Alfonso Reyes- hizo sospechar a la generación que había sido educada bajo una impostura. "El positivismo mexicano se había convertido en rutina pedagógica a nuestros ojos".³⁶ A Sierra debe la generación la conciencia de su propio momento -decía Reyes- y el estímulo para poner a discusión la ciencia.

Henríquez Ureña expresaba: "Sentíamos la opresión intelectual junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva, para no equivocarse."³⁷

En una de las conferencias dictadas por el Ateneo de la Juventud, "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas", Vasconcelos explicaba: La doctrina positiva, que creaba pensadores sectarios, mataba la espontaneidad. Los ateneístas veían la necesidad de preguntarse e interpretar por su cuenta la vida, sus revelaciones inagotables; ahondar en el misterio fecundo. No podían acatar servilmente una doctrina y emprendían con Zaratustra el vuelo del águila:

"Esta es la edad poética -dice Vasconcelos- o teológica del espíritu. Más no reflexionó el positivismo en que el sentido poético es una manera de interpretación que no corresponde a un período determinado, sino a la naturaleza misma del entendimiento, que usa la analogía en sus investigaciones frecuentemente con más eficacia que cualquiera otra forma de raciocinio."³⁸

Para Vasconcelos tanto el sentido poético como el matemático establecían analogías profundas lo cual no quedó entendido por Comte.

El filósofo interpretaría al mundo con datos universales, apelando a la religión, la literatura, el arte y la vida. La influencia del antiintelectualismo de Schopenhauer y la música de Wagner, eran fuentes de la riqueza del espíritu moderno y de su sabia libertad -decía nuestro personaje-. El problema del conocimiento debía buscarse en el criterio antiintelectualista, rebasando los límites de la razón. (para penetrar la cosa en sí, se requería un acto libre y estético, desinteresado, obra del espíritu).

Por otro lado, a pesar de la seguridad sobre su método, los positivistas discípulos de Barreda sufrían una espantosa tortura: el futuro incierto y hostil los desalentaba continuamente, la realidad era cada vez más reacia a coincidir con la concepción que de ella tenían. La llamada clase burguesa la moldeaba en otro sentido. La voz de Jordán Barro no había levantado alguna vez aterrida por el dolor, impregnada de reclamo, después de una crisis

36. Reyes, Alfonso. "Eucando Inmóvil" en Conferencias del Ateneo... Co. Cit.

37. Henríquez Ureña, Pedro. "La revolución y la cultura en México" en Co. Cit.

personal:

"...cierta noche, después de una orgía y aun bajo la influencia del vino, se quedó mirando al cielo estrellado. (Porfirio Farra) y expuso: 'Quisiera disponer de la palanca de Arquímedes y del anillo de Saturno, para hacerle un violín al Infinito.' -Vasconcelos agrega que este malestar se expandía como una plaga escalofriante de desesperanza-. Ante tal ocurrencia experimentábamos nosotros no sé qué perplejidad como de irrisión que desquicia el mundo.

Quizás también nos horrorizaba vagamente el estado de ánimo de la generación encarnada en Farra. Del ateísmo inconsciente, y, por lo mismo, casi gozoso, de los liberales de la Reforma, pasaban ahora nuestros ingenios a la amargura del sarcasmo trascendental. Ignacio Ramírez había dicho:

Madre Naturaleza, ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza,
Nací sin esperanza ni temores
y vuelvo a tí sin temores ni esperanza." (p.p. 259-260).

El desaliento cundía ante las perspectivas planteadas. La burguesía había arrebatado un laborioso esfuerzo a los positivistas; cerraba toda posibilidad que no fuera la política de sus intereses.³⁹ Tomaba la bandera positiva y la esgrimía en el porfiriato para justificar la preeminencia social y económica de su grupo. Desplazaba la filosofía centiana introducida por Barrera.⁹⁵

Vasconcelos también había adoptado la doctrina de Barrera de manera transitoria, y ahora, desde el Ateneo, se volvía en su contra. Los ateneístas logran consolidar una organización que sobresalía de la cultura improvisada que proliferaba en aquellos años, e imprimen un carácter de exigencia intelectual a su gente, que cuenta con fundamentados argumentos contra 'Los Científicos' y contra el régimen. Para 1912 el Ateneo se convierte en una especie de gran empresa mexicana que intenta llevar la cultura a todas las capas de la población: Sierra crea la Escuela de Altos Estudios y surge la Universidad Popular Mexicana. Las grandes inteligencias nacionales se preparaban y preparaban a las clases medias y bajas por medio de conferencias y conciertos públicos.

En 1912, los atencistas se incorporaban al movimiento revolucionario maderista. La incorporación se llevó a cabo gracias a que Vasconcelos, a la sazón presidente del Ateneo, tenía gran influencia dentro del nuevo gobierno.

El porfirismo moría indignamente al ser cuestionados todos los elementos en los que debía sustentarse y, sobre todo, ante el avance de las fuerzas revolucionarias. Por su parte, la fatalidad que vislumbraban los discípulos de Barreda en el futuro del positivismo había llegado a su cumplimiento irreversible. El positivismo moriría también junto con un sistema indigeto que se había valido de sus principios para sostener la preeminencia social del poderoso.

En el proceso del positivismo en México, encontramos rasgos de carácter histórico. El positivismo no fue una doctrina que se restringiera a un mero aspecto cultural, ni se limitó a ser una posición teórica. El positivismo se llegó a desarrollar plenamente como práctica política y conformó todo un sistema de gobierno en nuestro país. Fue una forma de concebir el mundo y una forma de gobernar. Incubrió, en su forma política, bajo argumentaciones llamadas científicas, la injusticia social. Se caracterizó por la opresión; por la preeminencia de los poderosos; por un intento de incorporar al país a un proceso industrial, al progreso capitalista; por un orden estético que pretendía eternizarse en el poder.

El positivismo, como política aplicada en México, nos proporciona datos con orientaciones cognitivas hacia la realidad porfiriana; nos presenta hechos específicos: como las bases ideológicas del régimen de Díaz; los fines perseguidos y los logros; la concretización política de las ideas positivas y demás; la influencia del positivismo marcó y moldeó al hombre del siglo XIX. A través de las páginas del Ulises Criollo se advierte ese proceso en el pasado del hombre en sociedad. El espectador puede inquirir, observar e interpretar, al tiempo que resulta enriquecido con datos para el autoconocimiento histórico; con elementos para la comprensión de un pueblo en gestación; con la memoria íntima del país, tal vez con la esperanza de llegar a comprender lo único absoluto de la historia, que es el cambio -diría Carr-

Por otra parte, los rasgos de carácter literario de la narración son también identificables:

" Arquáides tocó uno de los nervios del Cosmos cuando puso la palan-

ca al servicio de la inteligencia que busca propósitos.⁴⁰

Encontramos aquí un caso de literatura ancilar. Alfonso Reyes, para deslindar el terreno y definir los límites de la literatura explica en su ensayo *El Deslinde*⁴⁰ que hay una literatura en pureza y una literatura ancilar. Afirma que la literatura es una manera de expresar (que se determina por la intención y el asunto de la obra), asuntos que se refieren a la general experiencia humana, o a la expresión del hombre en cuanto a humano. La no-literatura expresaría, por lo tanto, al hombre en cuanto a teólogo, científico, político, etc., es decir, dentro de una experiencia específica. Lo literario sería el ejercicio mental gestado antes que la literatura y que al materializarse en literatura escrita Reyes llama 'literatura en pureza', aun cuando acaree elementos extraños. Pero cuando lo literario se atreve a invadir otras corrientes del espíritu tenemos lo que se llama 'literatura ancilar', a su vez contenida dentro de un proceso más extenso que lleva el nombre de 'función ancilar'.

La 'función ancilar' sería cualquier servicio noemático (objetos mentales propuestos: temas y asuntos, ya sean poéticos o semánticos) entre las diversas disciplinas del espíritu (lo cual podría darse en todo discernen: La matemática y la no-matemática; lo histórico y lo no-histórico; lo literario y lo no-literario). En lo literario, el servicio puede ser -sigue Reyes- a) Directo, que sería un préstamo de lo literario a lo no literario, o bien, b) inverso, empréstito que lo literario toma de lo no-literario.

Vasconcelos ejerce, en la cita anterior, una forma de literatura ancilar, manifiesta en dos de los tipos ancilares que Reyes clasifica en su obra y que serían: Empréstito poético esporádico, que significa el uso de una expresión no literaria en la literatura, y el Empréstito semántico esporádico, donde el discurso literario no se desarrolla con datos específicos ajenos sino que los utiliza de forma pasajera. Es decir, nuestro autor utiliza expresiones como Cosmos, palanca, Arquimides etc., que pertenecen a los datos a los datos y el lenguaje de la ciencia y las incorpora a un ejercicio mental que expresa al hombre en cuanto es humano o, en otras palabras, a un lenguaje literario.

Vasconcelos propone una imagen inusitada: Un científico tocando los nervios del Cosmos. Según la literatura, biológicamente el Cosmos está constituido por fibras nerviosas como el hombre. Estas fibras vibran y se excitan porque la inteligencia humana ha llegado, a través de un duro proceso, a descubrir, aclarar, o poner al alcance de los conocimientos mecáni-

40. Reyes, Alfonso. *El Deslinde* en Op. Cit.

cos el uso de la palanca. La palanca significaba un avance trascendental para el mundo. El hombre podría magnificar la fuerza de sus músculos utilizando un mecanismo tan simple; pero que costó tiempo y razonamiento al científico para difundir su aplicación. El científico y el Cosmos mismo adquirieron una capacidad de llegar a lo más humanizado en ese vilagro espiritual e intelectual que es el entendimiento. Arquímedes, además de establecer un vínculo entre ciencia y espíritu, ha descubierto, en la ficción literaria, la sensibilidad nerviosa del Cosmos. La mente humana ha excitado, con sus descubrimientos, una mínima porción del universo a través de una de sus múltiples ramificaciones nerviosas. La capacidad analítica; la constante búsqueda de la razón del mundo; los hallazgos inusitados de la reflexión, es lo que ha hecho de la inteligencia científica un acto cercano al arte y a la mística.

" Y la dinámica, que nos indica cómo se puede saltar de las cantidades al movimiento. Insertando éste en el ingenio, se produce la transformación de las cantidades en valores, y las cosas adquieren el temblor de los actos del espíritu."

Si el Cosmos es una especie de organismo mayor apenas comprendido por el hombre; si despliega, según la ficción un sistema nervioso por medio del cual puede ponerse en contacto con los organismos menores de la tierra, la ficción también puede hacer que el movimiento se instale en el ingenio humano como si este fuera un alojamiento confortable y creador. El movimiento genera una serie de transformaciones mecánicas para romper la impotencia del reposo y acceder a la maravilla de la animación tocada por el temblor del espíritu.

En este contexto, con las palabras de Porfirio Parra podríamos observar también la perspectiva literaria de la obra fertilizada por las disciplinas científica y musical, sin recurrir a ninguno de sus respectivos lenguajes específicos, porque todos se confunden en el lenguaje de la ficción de la literatura, que puede asimilar elementos de todas las disciplinas posibles sin desvirtuar su pureza o condición:

"quisiera disponer de la palanca de Arquímedes y del anillo de Saturno, para hacerle un violín al infinito."

Parra recurre a la mecánica con la palanca; a la astronomía con el anillo de Saturno, y al doble sentido semántico del violín: al sentido artís-

tístico y musical por referencia colateral o incidental, y a la connotación despectiva y enfadada que denota escepticismo por referencia directa. El violín representa el enojo contra la realidad implacable; contra la usurpación del régimen porfirista en el terreno del positivismo y el fingimiento de 'Los Científicos'. Porfirio Farra protesta, se erige contra el sistema que ha nulificado el verdadero valor de sus vidas; sufre el dolor ante la infamia, y todo, todo lo sintetiza en dos únicas líneas; lo sintetiza en la creación del espíritu literario!

Entre el erotismo y la vocación.

La vida capitalina introduce a nuestro personaje a la sexualidad. En Campeche, Vasconcelos había aprendido a sofocar 'los súbitos arrebatos pecaminosos' que lo asaltaban durante su adolescencia, con piquetes de alfiler en el cuerpo. En los años preparatorianos, su ánimo estaba menos dispuesto a la castidad. La ciudad lo había contagiado de sus prácticas relajadas. La autoridad moral, su madre, había muerto. Ahora se iniciaba en la vida erótica, deseaba a las mujeres; aunque no a las mujeres 'honestas', que le recordaban la prohibición, sino a aquellas que estaba dispuestas a vender su cuerpo.

La primera experiencia será deseada en proporción inversa a la profundidad de la anterior represión: se piensa en abrazar a "la más insolente y nórdica; la más descarada y linda, con un beso de ternura y ganas de fierra." (84) El matrimonio como realización de la sexualidad es visto con horror: "Noviazgos yo no quería: en cambio, ciertas jasonas de edad mayor, me provocaban ahogos de desco. El velo blanco y los azahares, sólo llegué a desearlos desesperadamente muchos años después, cuando adré a una amante que al conocerla ya no hubiera podido llevarlos." (p.190).

El matrimonio mata la sensualidad, pensaba Vasconcelos. Prefería a las mujeres mundanas. Es entonces cuando comienza a merodear los prostíbulos y posterga todo tipo de relación que lo conduzca al matrimonio.

En el ambiente estudiantil, entre el juego o el estudio, siempre surgía el elemento erótico. Así, en las prácticas de los estudiantes de medicina:

" El Olvera se pasaba largas horas de la noche practicando disecciones. A menudo me llevó para encomendarme tirar de un tendón, mientras él ligaba, descubría los haces, las fibras. Ponía en su tarea un orgullo de artista. La preocupación de la estética se prolonga al terreno macabro.- 'Mira qué linda pelvis-, exclamaba alguno delante de las vitrinas del museo escolar -buen ferro ésta... fea la otra.' Y así, entre las osamentas, restablecíanse las categorías del apetito erótico.

Y conocí algo peor. La obsesión del practicante de Sanidad, amigo de nuestro grupo. Viendo pasara las favoritas del mundo galante, mezcladas al paseo dominical de Plateros, apreciaba, según detalles inaprimibles de las partes secretas, mientras los ingenuos ad-

mirábase las pestañas o el talle de las bellas.

Cierto cinismo sentimental, fruto de su hábito de ver únicamente la carne, volvía molesta, en ciertas ocasiones, la compañía de nuestros futuros médicos. Había en sus charlas eróticas algo de la crueldad y desazón del higienista que explica cómo se han de masticar los alimentos a fin de asegurarles la eficacia nutritiva. Nos quita las ganas de comer." (pp. 206-207).

Entre manicomios, anfiteatros y hospitales, a los que asistía junto con sus compañeros de medicina, Vasconcelos calculaba:

" Era preferible volver donde los locos de las ideas abstractas, sitio de reunión en los bancos de la Escuela de Jurisprudencia. Tardes lluviosas y melancólicas, recargadas de la fragancia del jardín, divagaciones y bostezos. Tristemente furábamos soñando en las tardes que vendrían, lluviosas también pero al abrigo de una alcoba con cortinajes, donde una amada perversa y hermosa vertiría licores después de las fatigas del amor." (p. 208)

En esta sensualidad hay una influencia modernista. Las tardes lluviosas y melancólicas coinciden con la sensibilidad del desencanto y el hastío característico del siglo XIX. Las divagaciones y bostezos revelaban un estado morboso de aburrimiento y duda, provocados por la crisis espiritual que los poetas de la época padecían ante la realidad. Una tristeza invadía la el transcurrir del tiempo, mientras se soñaba con el sabor de un erotismo sacrilego introducido por la generación del modernismo y que hasta entonces había estado vedado para las generaciones anteriores. Como complemento de la lluvia nostálgica, surgen las fragancias del jardín, que provienen del afán de jugar con olores, sonidos y colores, que Rubén Darío utilizaba para "aprisioner el alma de las cosas".⁴¹

En tal contexto, Vasconcelos anhelaba un erotismo provisto de una amante perversa y hermosa -osadía contra la moral cristiana y el matrimonio-; una mujer que vertiera licores para un fatigado cuerpo satisfecho de amar. En "Misa negra" José Juan Tablada ya había desafiado en 1898 a la sociedad cristiana y la oligarquía positivista. El poema representaba la diabolización de la unión sexual, que no se limitaba a la multiplicación biológica; sino donde el deseo se convertía en un fin. El ritual de la misa negra representaba la lujuria en su desarrollo orgiástico, que era lo contrario del

41. Cf. Breve historia del modernismo de Rubén Darío, Grossa, FCS, México 1954.

matrimonio sacramental.⁴² A continuación citamos un fragmento del poema de Tablada:

" (...) quiero en las gradas de tu lecho
doblar temblando la rodilla
y hacer el ara de tu pecho
y de tu alcoba la capilla...

y celebrar, ferviente y mudo,
sobre tu cuerpo seductor,
lleno de esencias y desnudo,
la Misa Negras de mi amor!"⁴³

En la Misa cristiana, la comunión establece la posibilidad de elevarse al contacto con Dios; en tanto que la Misa Negra llega al paroxismo cuando el demonio copula con la sacerdotisa y le da poderes para elevarse por el espacio corporalmente y viajar a través de él.⁴⁴

Tablada llega al colmo de la profanación al tomar a la amada como la divinidad; al pecho de un cuerpo biológico como un objeto sagrado, y hacer de una alcoba una capilla. El poeta se atrevía a ser un demonio amante de una mujer lúbrica. Los modernistas vivían UN EROTISMO ENFRENTADO a la oligarquía imperante y a la Iglesia que a la sazón había recobrado su poder sobre las conciencias.

Vasconcelos soñaba también con una mujer 'malévola' y bella que mitigara el cansancio de sus melancólicas tardes. Se enamoraría de una mesera hermosa y perversa, como la deseaba, pero con quien nunca llegaría a vertir licores en una alcoba de largos cortinajes: María Sarabia, personaje que con asombrosos encantos femeninos logró desplazar la filosofía, el derecho y la razón misma de tan ambicioso estudiante.

" La linda perdida de largos cabellos oscuros, labios enloquecedores, talle flexible y largas ancas enrueltas en falda roja, era la imagen viva de la angustia que puede tornarse en goce.

Bien se podía prescindir de todas las promesas de una existencia herida, desilusionada, con tal de pasar un año o unas semanas, enredado en su carne, pendiente de sus labios."⁴⁵

42. Cf. Antología del modernismo. Selección, Introducción y Notas de José Emilio Pacheco. México. 1970 58-59 pp.

43. Citado en Antología del modernismo. op. cit. p. 59.

44. Cf. Notas a la Antología del modernismo. de José Emilio Pacheco p.

Y confesaba:

" Entre tanto, yo deliraba, Tras de mucho pensarlo, resolví que mi deber era salvarla, recogerla del fango, casarme con ella. Un día se lo propuse y se rió, pero dulcemente, me apretó la mano... -'Estás loco'... Pero yo lo pensaba en serio. Revestía de abnegación y piedad mi deseo voluptuoso y me convencía de que era mi deber ligar su destino al mío 'tendiéndole la mano'. Hice mil cálculos. Buscaría trabajo, mandaría al diablo los estudios...' (p. 212)

Vasconcelos toma a María Sarabia como la perdición, siempre dentro del tono acorde con sus instintos de grandeza. Era la perdición, pero la perdición en grande; el sacrificio por la pasión. Se consideraba el genio que descendía a los abismos para probar todos los caminos de la vida. Loco de amor, sabiendo que se jugaba el futuro profesional, se lanza a la aventura de adorar a una mujer incierta y misteriosa, desconocida y ansiosa de placeres mundanos -en ello residía precisamente su encanto-. Bajo su influencia, bajo el amor que le profesaba, había decidido abandonar los estudios, renunciar a su destino. ¡Locura cierta era aquella, desquiciamiento, pasión! Se debatía entre el amor y el triunfo del genio, se revolcaba de indecisión.

Vasconcelos actúa influenciado por una sensibilidad romántica al otorgar a la pasión como uno de los atributos esenciales de la existencia. Parece concebir una superioridad en la gente apasionada sobre la gente sensata; o creer en la bondad natural de las pasiones -con Rousseau-. Mutilar a la pasión sería mutilar a la naturaleza que la había otorgado al hombre. En ese sentido el amor, como manifestación de la pasión es de vital importancia. La plena libertad de las pasiones para Fourier, era el medio de hacerlas bienhechoras para la sociedad. Nuestro autor comulgaría con la idea de la plena libertad de las pasiones; aunque entraba en contradicción con el romántico francés cuando este afirmaba que ni los moralistas positivistas ni los moralistas cristianos sabían nada de la razón ni de la pasión, porque la moral cristiana de Vasconcelos siempre le ocasionó fuertes contradicciones con sus relaciones amorosas fuera del matrimonio.⁴⁵

No obstante los sentimientos desbordados de Vasconcelos, María Sarabia tendría que ser sacrificada. El paso definitivo en la ruptura lo dió forzado por las circunstancias, que le planteaban la alternativa de acudir a la cita de su primer empleo a atender una importante visita que María Sarabia

le hacía. Además, la lectura de la Divina Comedia lo había alimentado para buscar una salida racional a su incertidumbre amorosa:

" Desde aquel instante yo quedé marcado: pertenecía a la casta de hombres de deber, a diferencia de los hombres de placer. Seguiría en lo adelante inflexible. El sacrificio me hacía daño pero me entonaba. Con paso ligero marché por la ruta del éxito, dejando atrás, abandonada, la dicha." (p. 246)

Vasconcelos no duda, ni un instante, en calificar su camino posterior al encuentro con María Sarabia de ligero y seguro hacia la ruta del éxito. La autoidealización de nuestro personaje fue una convicción absoluta desde la infancia, apoyada y alimentada, además, por su madre. Tal seguridad, tal concepto de grandeza, contribuyeron, en gran medida, a otorgar prioridad a la vida pública sobre la privada.

En la cita anterior, Vasconcelos vuelve a coincidir con la corriente modernista. Existía un marcado antagonismo entre la realidad interior: el desarrollo personal, y la realidad exterior: María Sarabia. El intento frustrado de conciliación entre ambos mundos producía un enorme vacío, un sentimiento de soledad angustiante que finalmente desemboca en la ruptura de relaciones amorosas con la mesera. Sentía la necesidad de afirmarse en lo grande. No tenía definido aún a través de qué vía, pero sospechaba que podría ser por medio del pensamiento, el arte o la filosofía. El sentimiento de grandeza de Vasconcelos coincidía con la visión modernista de José Martí sobre el arte:

" Dicese arte, y siéntese la voluntad encadenada a extraña y poderosa fuerza, y levantada la inspiración, y como cumplida una alegría, y regocijada y agradecida una ventura. Arte es huir de lo mezquino, y afirmarse en lo grande, y olvidarse, y enaltecer, y vivir, porque olvidarlo es la única manera de perdonar al Creador ese don pesado, incomprensible y loco de la vida." 46

La voluntad de Vasconcelos se advertía igualmente encadenada a la inercia del éxito intelectual. Diría con Martí que lo bello no se encontraba en la materia, sino en el espíritu. Aunque olvidar del todo la pasión amorosa no sería su intención. De María Sarabia se apartaba:

46. Martí, José. Citado en *Genealogía del modernismo*, de Ivan A. Schulman. Editado por el Colegio de México y Washington University Press. Méx. 1963. 36

" Porque el peso se ha hecho para algo: para llevarlo; p
 porque el sacrificio se ha hecho para merecerlo;
 porque el derecho de verter luz no se adquiere sino
 consumiéndose en el fuego." ⁴⁷

Gutiérrez Nájera pensaba que el arte provenía de fuente divina y na-
 cía del dolor humano. Aunque el arte también suavizaba el dolor, el poe-
 ta sería tan sólo un instrumento divino.

" ¿Para qué interrogar la sombra densa?
 En medio del dolor y de la duda
 el arte, es nuestra sola recompensa." ⁴⁸

Y concluye Martí:

"...y por último, cuando después de haber sacudido toda la
 existencia grosera y mundana se llega a la deseada cumbre, en-
 tonces, como el perfume de una flor que por los hilos conductores
 marca el rayo del sol, se lanza con vuelo electrónico a buscar
 el imán que lo atrae en el infinito..." ⁴⁹

Vasconcelos acudía al llamado de la grandeza. Libro de contratiempos,
 'marchaba de prisa 'por la ruta del éxito', esperando el imán que lo llama-
 ba desde el infinito.

Años más tarde, por la época en que conoció a Madero, Vasconcelos tendía
 su propia trampa, cuando asume el acto irreflexivo que lo conduce a tomar
 esposa. Después de la liberalidad de la pasión erótica y amorosa, pasa a la
 moral cristiana y a la acción bajo compromiso, Siente en la prostitución el
 pecado, y, en las mujeres 'decentes', aprecia la virginidad como una de las
 mejores virtudes. Con su mujer, aunque no hubo amor, tampoco hubo objecio-
 nes morales que impidiesen la unión.

" A todo esto, mi antigua novia se hallaba en Saxaca, pero su her^{mano}
 Arnulfo venía seguido a la capital. Un día me habló en serio: estaba di-
 disgustado, yo debía formalizar mis relaciones con su hermana o res-
 per, lo hacía perder el tiempo, etc., etc. Sin réplica la manifesté
 mi decisión de cumplir mi palabra de casarme. (...) Lo que no añadí
 on que artísticamente me gustaba el cambio, la revolución de la bello-
 za nueva. Pero mi largo compromiso me decidió: Será una aventura ser

dable, un amor limpio entre tantos turbios, pensé. Uno o dos años juntos, después un divorcio a la americana, cada uno por su lado. (...) Para todo esto hacía falta dinero. Mis íntimos propósitos se contrariaban con la boda pero no había más remedio; era urgente liquidar aquel pendiente. Siempre he juzgado que un compromiso se liquida cumpliéndolo." (pp. 313-314).

Vasconcelos no tuvo más razón para la formalización de las relaciones con su novia que el cumplimiento de la palabra empeñada. La unión fue evidentemente un fracaso: Sin compatibilidad ideológica ni afectiva; con una compañera nada excitante, nada cómplice, nada amada; era la fórmula inequívoca para ser conducido al burladero.

" En mi otra casa -una de ellas era la de sus hermanos- no todo era paz y concordia. Pequeñas rivalidades, oposiciones y diferencias de criterio y de gusto, iban amagando la vida en común (...) Padecía la pérdida de mi intimidad. Alguien inquiría ahora en mis asuntos, se creía con derecho a registrar mis papeles. Y no podía estar sólo un instante. Una conciencia extraña interrumpía las horas del paseo solitario por la alvoba en que se meditan los planes del día siguiente, los problemas internós, los problemas internos, o, simplemente, divagaba en ociosa y libre, imperturbada ensoñación. Constantemente oía hablar de derechos sobre mi libre persona. Sin cesar se me recordaba lo que debía hacer lo que debía no hacer. (...) Por fuera subsistían las fórmulas del afecto. Implacable, el apetito sensual cumplía sus tareas, muy lejos del alma pero un instinto subyacente, una voz amiga me revelaba mi desventura, me compadecía en mi caída." (p. 327)

La pobre mujer funcionaba como intrusa perfecta y detestable del ámbito que Vasconcelos consideraba como su libertad personal. Era una extraviada irreparable en el camino de las ideas y la cultura; incapaz de trascender lo tradicional y limitado de la existencia; no había sido educada para eso. La vida familiar, así concebida, le pareció a nuestro autor una de las más aborrazantes invenciones.

La posición de Vasconcelos sobre el matrimonio parece tener una fuerte influencia tolstolana. Para Tolstói, el libertino que es aceptado por la sociedad para tener esposa, es atrapado y autoconfinado, hasta que los ho-

chos lo hacen reaccionar. Después de los primeros conflictos -dice-, se abre un abismo de separación entre los cónyuges. Después de la satisfacción de los deseos mueren las ilusiones y empieza la pugna entre dos egoístas que tratan de obtener todo cuanto es posible uno del otro.

Tolstoi afirma que el matrimonio, a pesar de sus apariencias de moralidad, sólo es un pretexto para la voluptuosidad. Al casarse -sotiene-, pocos hombres abandonan sus ideas poligámicas, puesto que el amor no depende de valores morales, sino de aproximaciones carnales. Una vez agotadas éstas, el hombre sale a buscar otros cuerpos. No cree en el amor eterno, que en teoría es puro y en la práctica miserable. Considera posible un amor espiritual; pero en tal caso la procreación le parece innecesaria. El verdadero amor no consagra el matrimonio, sino que lo extingue. El matrimonio en el hombre es un acto impulsivo, y una falsedad en la mujer. Sólo existe para:

"...gentes que han visto y ven en el matrimonio la verdad del sacramento..., una obligación contraída ante la Divinidad. Para esos existe; para nosotros, no es más que una impostura y ruindad. Estamos persuadidos de ello y para acabar tan ignominiosa farsa, predicamos el amor libre..."⁵⁰

La realidad de Vasconcelos es descrita con una concepción muy semejante a la expresada por Tolstoi: La trampa se deriva de la actuación impulsiva. Su unión es un pretexto para la voluptuosidad pero ya institucionalizada. No abandona las ideas poligámicas. No ama a su mujer, satisfecho el deseo sexual comienza un enorme vacío. Y cuando llega a amar lo hace fuera del matrimonio, trasgrediendo las reglas del juego cristiano, y cargando con una grave culpa.

Pero, ¿cómo opera la agencia especial del espíritu literario? ¿Cómo la novedosa, inusitada, deliciosa tarea del mundo estudiantil; del ser que empieza a entrar en los trabajos y placeres de la autonomía, de la independencia personal, son parte de la experiencia humana? ¿Cómo Vasconcelos va amalgamando el mundo de la medicina, del erotismo, del estudiante universitario, del amor y de la precariedad económica? ¿Qué flección asociaba en las bromas de los estudiantes el erotismo con la frialdad mortal de un esqueleto?

⁵⁰. Tolstoi, Leon. La sonata a Kreutzer. edit. Triguero España 1973. 30-39pp.

De la realidad, son abstraídos, en el Ulises Criollo, los elementos esenciales para dar toda una interpretación del momento. A la realidad nos asomamos por la rendija que descubre el autor; la realidad se transforma en ficción literaria: El estudiante ve la medicina con interés sexual. Es la visión del médico con apreciaciones mundanas de su ciencia; el aspecto inmediato y elemental; la obsesión que se extiende a la investigación científica. Es la magia que sexualiza la muerte; el entusiasmo por los huesos, por lo inerte; la paradójica sonrisa al más allá. Es la mofa y la burla; el sentido del humor frente a la ciencia. Es el morbo estudiantil; la realidad tomada por el rabo. ¿Dónde empieza la ficción?; ¿dónde la medicina misma?; ¿dónde la fresca experiencia de los ojos maliciosos, de las miradas? ¿obscenas? ¡Todo se confunde, no hay límites entre la ficción y la realidad!

El estudiante de Sanidad posa la vista penetrante, que trasparenta las ropas de las mujeres en la calle, irreprimiblemente sobre el sexo. Mientras los otros inocentes la posan sobre las pestañas o el talle. Los practicantes de medicina se convertían, a la larga, por contaminación profesional, en una rara mezcla de ideólogos de la carne perfectamente desinfectada por los ritos de la asepsia. Su erotismo se había vuelto higienista y casi desganado. Del entusiasmo inicial, la conciencia de los peligros virales los había prevenido contra el desenfreno. En adelante, los que no se dedicarían a la ciencia médica tendrían que evitarlos.

La literatura observa la obsesión por la sensualidad; la experiencia hambrienta del joven que se inicia; la conformación mental que van dando las diferentes carreras al problema. La ficción toma el toro por los cuernos; toma al mundo por el sexo, que se presenta como una necesidad impostergable. "...buen forro ésta... fea la otra. Y así, entre las osamentas, restablecíanse las categorías del apetito erótico." Los forros dan piel, los esqueletos cadavéricos penetran a la estética de los vivos. Inspiraban instintos carnales los descarnados. ¿No es esto la imaginación?, ¿no es lo maravilloso?, ¿No es la ficción?

Mientras tanto, "la linda perdida de largos cabellos oscuros y labios enloquecedores", era la imagen viva de la angustia. Esa mujer contundentemente viva, de faldas y labios rojos como el fuego, María Sarabia, producía un dolor de muerte, un dolor de amor no concretizado. La ingrata realidad; la experiencia dulce y mortal del amor. Lo humano, increíblemente humano de la vida.

Interviene después Dante, la literatura dentro de la literatura, para animar al perdido naufrago que no ataca en la existencia por unas faldas

rojas:

" 'Ahora es preciso que sacudas tu pereza; que no se alcanza la fama reclinado en blanda pluma'... y 'El que sin gloria consume su vida, deja en pos de sí la misma huella que el humo en el aire o la espuma en el agua'... 'Ea, pues, levántate... domina la fatiga con el alma que vence todos los obstáculos, mientras no se envilece... tenemos que subir una escala todavía más larga'... 'No basta añag-día yo por mi cuenta- estar atravesando por entre los espíritus infernales'... 'Si me entiendes, deben roanimarte mis palabras'... (...). Newton y Comte y Spencer, catalogadores de hechos... ninguno merecía el nombre de filósofo, Penetrar la maraña de los hechos para descubrir el hilo conductor, remover y animar la entraña misma de la creación, eso es ser un filósofo." 51

Recomendaciones práctico-existenciales de la autoridad, de la voz de la experiencia: "¡acude la pereza!"... "¡Deja la blanda pluma!"... "¡No te conviertas en una huella semejante al humo en el aire; semejante a la espuma en el agua!" Vasconcelos captaba las metafóricas palabras. Había que dejar huella en el cemento, eterna y profunda, era menester usar el pensamiento; desenredar la 'maraña' del amor, de la actitud irreflexiva; descubrir el 'hilo conductor', 'remover y animar la entraña de la creación'. y salir a flote.

Vasconcelos se comunica con Dante y lo interpreta a través del mundo de la metáfora, de la asociación inusitada, de las referencias a la realidad con un múltiple pero preciso significado. Se comunica, por medio de la ficción, totalizando una verdad sospechada. El arte literario opera con figuras intelectuales, con lo más humanizado del hombre, rasguña las cinas del espíritu; penetra en la voluptuosidad de la inteligencia, en la armonía entre el ser y su contexto. Vasconcelos intuyó el contenido de las palabras dantescas; aprhende la pureza de la experiencia universal transmitida; asimila el arte lingüístico; es empujado al pensamiento, a la reflexión sobre lo humano de un común asunto amoroso. Es la voz trascendental que le habla al oído; la voz de la sabiduría; la literatura misma!

Vasconcelos maderista

La entrada formal de la autobiografía en los asuntos históricos-políticos, sin que sean ya un mero trasfondo contextual; sino una inmersión real del protagonista en la política interna y efervescente del país, comienza con el primer encuentro entre Madero y Vasconcelos que se verificó por intermedio de Manuel Urquidí, en el propio despacho de abogado de nuestro personaje, quien a la sazón trabajaba para una firma norteamericana. Madero buscaba hombres independientes, progresistas y decididos para contar con su adhesión política al partido antirreeleccionista en gestación.

En próspera vida intelectual, desde el Ateneo de la Juventud, y económica, desde su vida profesional privada, Vasconcelos se iniciaba en la aventura política por las siguientes razones:

"...Por otra parte, yo no tenía motivo propio de queja contra el régimen...

Sin pertenecer ni remotamente a cualquiera de las facciones gubernamentales, veía crecer mis entradas, poseía casa propia y porvenir seguro. Pero ¿qué sabe nadie de los motivos profundos que van determinando el destino? La convicción de que el porfirismo era una cosa podrida y abominable había ido arraigando en mi sensibilidad. La evidencia de los atropellos diarios cometidos a ciencia y paciencia del régimen, y un sentimiento de dignidad humana ofendida, convertían en pasión lo que primero había sido desagrado y sorpresa." (p. 368)

Tenía a su favor el germen de la indignación contra la injusticia. En sus labios hablaba algo de la vieja tradición liberal que se había visto traicionada por la burguesía porfirista. Exhalaban sus palabras la atmósfera de la época, cuya propaganda antigubernista, difundida por todo el país -Flores Magón ya había tenido un levantamiento armado que fracasó y lo obligó a expatriarse, y desde el exilio continuaba enviando artículos periodísticos subversivos-, habían despertado la inquietud política vasconceliana. Probablemente a Magón se refiera Vasconcelos al decir: "...una intensa campaña dirigida desde los Estados Unidos, nos abrió los ojos." (p. 369)

"La Sucesión Presidencial, libro de Madero, contribuía también a la concientización del pueblo; aunque Madero se había separado del masonismo por no

querer cambios drásticos. Madero reivindicaba los principios del liberalismo sin el tono jacobino, y optaba por la vía democrática y legal ante la alternativa de la vía revolucionaria radical. Nunca compartió el ideal con liberal con las exigencias de ninguna clase social particular, porque creía en el cambio de la plataforma política para cambiar desde ahí la social y la económica. A la política porfirista basada en la riqueza material y el poder personal contraponía el ideal democrático. Sin embargo, parecía querer corregir las fallas del porfirismo por medio de la democracia, conservando su estructura y haciendo sólo un cambio parcial de elementos humanos. ⁵²

Vasconcelos acude al llamado de Madero y se integra a las reuniones de los maderistas, entre quienes se encontraban: Paulino Martínez, Filomeno Mata, Emilio Vázquez Gómez, Robles Domínguez, Federico González Garza, Manuel Ufquidi, Roque Estrada y otros. El grupo se dispone a trabajar como partido y se plantea organizar a la ciudadanía para votar, bajo el lema redactado por Vasconcelos: "Sufragio efectivo no reelección" y la organización de un periódico como órgano de difusión del movimiento, cuyo director y reedactor sería Vasconcelos. A través de dicho medio informativo atacan duramente al régimen desde sus cimientos.

A raíz de un fuerte artículo escrito por Vasconcelos contra Díaz, el efímero director se ve obligado a huir a la hacienda de Federico González en el estado de San Luis Potosí. Después de un breve regreso a la política nacional, nuestro personaje sale en busca de un nuevo refugio, esta vez con rumbo a Nueva York, cuando Madero, en vísperas de las elecciones y siendo ya candidato a la presidencia, es apresado. En Nueva York, el exiliado maderista se dedica a urgar bibliotecas, visitar museos y a realizar labores de agente confidencial del maderismo en Washington, junto con Vázquez Gómez.

En México, el fermento de la Revolución seguía vigente. Madero había escapado hacia Norteamérica y desde ahí daba a conocer el Plan de San Luis, que desconoce al régimen y convoca al pueblo a las armas. Madero se convencía de que tendría que recurrir a la violencia para seguir la lucha, aún en contra de sus principios legalistas.

En México nuevamente, Vasconcelos participa en el complot de Tacubaya; pero al ser descubierto, y atrapados algunos de sus participantes, vuelve a escapar hacia San Antonio, hervidero de maderistas que aguardaban el desarrollo del movimiento armado para actuar. A las dos semanas parte, mandado por Madero, como secretario de la Misión en Washington.

52. Cf. Corbin, Arnaldo, La idolatría de la revolución mexicana. Edit. Era, México 1975.

Mientras tanto, están por firmarse los tratados de Ciudad Juárez. Vasconcelos había aconsejado, junto con otros correligionarios diplomáticos, seguir la lucha hasta derrocar al antiguo régimen y obtener un triunfo total sobre los porfiristas. Pero el entusiasmo por una rápida y relativamente fácil victoria animaba a los combatientes a pactar. Pactar era, sin embargo, aceptar una derrota que no había sido infringida, y, en cierto modo, traicionar la causa. Vasconcelos reconoce que los tratados eran un retroceso, pero está de acuerdo con Madero en que era necesario evitar más sangre y evitar, sobre todo, que los caudillos revolucionarios como Villa y Orozco cobraran poder.

" Al proceder de este modo, se retrocedía reconociendo cierta validez al gobierno que combatíamos, se aplazaba el cumplimiento del Plan de San Luis, y quedaban pendientes las reformas económicas y políticas de la Nación (...) -Pero añade las ventajas- Los intereses populares quedaban garantizados, y, en cambio, se ganaba una ventaja que Madero acababa de verlo, no tenía precio: se liquidaba la revolución; se libraba a la patria de los revolucionarios.⁵³ La sublevación abortada de Pancho Villa y Orozco, el trato directo con el sujeto revolucionario, habían convencido a Madero de los peligros que corría no sólo el nuevo régimen, todo el porvenir patrio, si crecía el poder de los catecillas, ignorantes, crueles y codiciosos. Con la clarividencia que le era propia, Madero sintió que al consumar los pactos de Ciudad Juárez, moralmente licenciaba a toda la cáfila que ha estado ensangrentando el país, de la muerte de Madero a la fecha." (p. 439)

Madero temía más la irracionalidad de las fuerzas populares, por las que luchaba, que la "racionalidad de los porfiristas". Existía un margen de incompreensión y desconfianza entre dirigentes y masas revolucionarias. Las clases medias, demasiado sensibles al ideal del hombre civilizado, parecían olvidar que las condiciones del oprimido: la subalimentación, el trabajo pesado, la falta de educación etc, hacían del campesino un feroz y alterado luchador por sus necesidades primarias insatisfechas, que ellos llamaban barbarie. Los sectores medios no sufrían esta desesperación. Se planteaban, por lo tanto, problemas más sofisticados como conceptos de democracia; cambios políticos, cambios estructurales, educación para quel-

⁵³. El subrayado es del texto original.

tecer el espíritu de la población para hacer de México un pueblo civilizado etc. Los campesinos tenían una tradicional desconfianza hacia las clases que los mantenían sojuzgados. Puntualizaban sus demandas elementales y exigían cumplimiento inmediato sin complicarse en transiciones legales o mecanismos democráticos a futuro. A Vasconcelos le molestaba, igual que a Madero, que el movimiento revolucionario dependiera del apoyo de las fuerzas del pueblo, formadas por las hordas "incultas y salvajes" que representaban la energía irracional: "Desesperado tiene que estar un pueblo que así fía su destino al elemento salvaje de la población!" (p. 37) Madero veía la solución de los males de México por el camino civilizado de las ideas, la democracia y la legalidad, más que por el camino de las armas, que el elemento popular dirigía. No obstante el mutuo rechazo de clases sociales, el maderismo se proponía mejorar las deprimentes condiciones de "barbarie" del país por medio de la transformación política; y las masas seguían a Madero, a ese hacendado que se atrevía a desafiar al régimen que había permitido la fortuna de su familia, y lo proponía mejorar su situación. Pero Madero cometía un grave error al fiarse más de los porfiristas, verdadera "barbarie" del país, que no estaba dispuesta a soltar un poder añejo, que de las hordas que bien o mal él dirigía y representaba, es decir, las auténticas fuerzas revolucionarias que lo sostenían a la cabeza.

Vasconcelos proponía redimir al indio a través de la educación; pero mientras no se hiciera una realidad este proyecto, había que temer que se pudieran apoderar de la nación. La educación era el camino para el progreso, y Madero afirmaba que era la educación la que otorga los elementos para luchar por la vida y conocer sus derechos. La instrucción hacía a un pueblo fuerte, lo elevaba de nivel material, intelectual y moral. La instrucción pública debía ser la base para el verdadero progreso. La solución del problema indígena residía en la educación. La civilización no se lograría con las bayonetas, sino con los libros. Lo cual era una clara polémica contra la idea porfirista de la preeminencia del más fuerte. El gobernante dejaría de ser el hombre fuerte para ser el hombre instruido. El elemento intelectual debía dirigir al país.⁵⁴ Y esta es una de las grandes aportaciones del maderismo, que ya antes se había gestado en el "Ateneo de la Juventud", ver la educación como un problema de fundamental importancia para el país. El problema nacional era visto por Vasconcelos con asombro e indignación, ubicándolo dentro de una lucha entre civilización y barbarie. La explotación de la indiada, la ignorancia y los abusos, que complementaban un cuadro patético

54. Cf. Córdova Arnaldo Op. Cit.

junto con la irracionalidad de los hacendados en su opulencia, más que como un conflicto de sistemas sociales, era concebido por Vasconcelos como un conflicto de educación y moral, dejando AL MARGEN FUNDAMENTALES RAZONES ECONÓMICAS SOCIALES:

"Una reacción de la cultura y el sentimiento de humanidad contra el matonismo militarizado y la incultura en el poder eso fue el movimiento de protesta que culminó con la rebelión maderista." (p. 369)

"...por todas partes, los colegios vencían al cuartel y la población urbana se imponía a la barbarie de los campos, almáximo de militarismos y bandidaje." (p. 418)

"Para eso íbamos a la revolución, para imponer por la fuerza del pueblo el espíritu sobre la realidad; los hombres puros, creyentes en el bien, se sobrepondrían a los perversos incrédulos o simplemente idiotas." (p. 419).

"El maderismo era una de las múltiples modalidades del heroísmo y casi una santidad, el porfirismo era la contumacia en el mal. Por encima de la política, la ética preparaba sus ejércitos y se disponía a la batalla trascendental." (p. 419).

Las citas sobre educación y moral de Vasconcelos pertenecen a la corriente adoptada por los atencistas que concebía los más altos valores humanos en el bien, el deber, la educación humanista, la responsabilidad, el heroísmo, el amor, el ideal, la disciplina, la perfección por humano esfuerzo, la libertad metafísica y la razón como origen de las necesidades morales etc. Todos estos valores, el espíritu, la ética, la cultura y la civilización, debían alcanzar al mexicano. Antonio Caso, en las conferencias dictadas por los miembros del Ateneo de la Juventud, expusó un ensayo sobre "La filosofía moral de Don Eugenio M. De Hostos", en donde planteaba:

"...al recibir la impresión verdadera de hallarme en presencia del regenerador de los pueblos y de espíritus, repitiendo una y más veces sus enseñanzas, he pensado que acaso la ética no ha de fundarse sino en la fe ingenua y desinteresada en el deber; en la intuición elg rísimas del bien, resplandeciente en la paz immaculada de la concien-

cia de los Justos. ⁵⁵

Para Hostos, la razón y la conciencia no necesitaban para la práctica del deber y para la búsqueda del bien de otros estímulos que la excelsa dignidad del bien y del deber. La moral -decía- es producto del conocimiento de las relaciones con la naturaleza, con nuestro ser y con el ser social. La razón haría brotar el bien y la moralización. El ritmo universal se prolonga, para Hostos, hasta el interior del alma, y la moralización junto con la civilización son resultado de la racionalización.

Para Caso, el alma humana y el universo son, más que razón, heroísmo y amor. De la libertad metafísica y las facultades que pueden armonizar por las prescripciones de la razón proceden las necesidades morales, aspiraciones del hombre que se remueven queriendo ser en lo íntimo de la conciencia, para aparecer posteriormente como síntesis de la vida y del ideal. El orden cósmico -continúa- no es quien crea la conciencia moral, como dice Hostos, sino la construcción ídéal y sintética que realiza la razón por el libre albedrío como elemento metafísico de su consecución afectiva.

Pedro Henríquez Ureña decía en "La revolución y la cultura en México" que una de las altas virtudes de la Grecia antigua era la de erérgirse modelo de la disciplina moral. El griego aspiró a la perfección y su ideal fue ilimitado. La perfección del hombre por humano esfuerzo fue el ideal. La conducta que lo llevaría al perfeccionamiento sería la dirigida por la templanza y conducida por la razón y el amor. Las humanidades que requirieran necesariamente del estudio de la cultura griega, no sólo vendrían a ser un ejercicio intelectual y placer estético, sino también disciplina moral. ⁵⁶

Vicente Lombardo Toledano dice sobre la Generación del Ateneo en "El sentido humanista de la revolución mexicana", que todo programa de gobierno se apoya en una teoría moral, en una doctrina que condiciona al derecho, la educación y la economía. Esa teoría moral en México, a partir de la Reforma, y que el régimen de Díaz hizo ~~caer~~ de los elementos de nuestra tradición humanista, se apoyaba en la creencia de la inutilidad de buscar las causas de la vida y el mundo porque el hombre era incapaz de esa tarea. Sobre la doctrina positiva asentó su ética, donde regían las leyes de la biología general donde triunfaban los más aptos. El porfirismo -estado- justificó su existencia y su injusticia sobre estas ideas. La generación

55. Caso, Antonio. "La filosofía moral de Don Eugenio M. de Hostos" en Confederación del Ateneo de la Juventud. UNAM, México 1962.

56. Henríquez Ureña, Pedro. "La revolución y la cultura en México", en Confederación del Ateneo de la Juventud. UNAM, México 1962.

del Ateneo surgía para enfrentarse al positivismo. Contra el Darwinismo social expuso el libre albedrío, el sentimiento de responsabilidad humana que rigiera la conducta individual y social. Buscó acercar los espíritus a las fuentes puras de la filosofía y las humanidades.⁵⁷

Vasconcelos expresa, entonces, una teoría moral nutrida en el Ateneo de la Juventud y contraria al positivismo porfirista. El maderismo sería "un sentimiento de humanidad contra el matonismo militarizado y la incultura en el poder". Concibe una lucha entre el bien y el mal, entre Madero y Díaz. Madero sería el gobernante civil y educado, capaz de hacer triunfar el espíritu sobre la realidad; Díaz, la "contumacia en el mal". Madero, que representa el bien, tiene presente las necesidades de las masas, las entiende y las quiere solucionar; pero su acción política encaminada en ese sentido no logra cuajar pues los intereses porfiristas, o la encarnación del mal, que deja entrar en su gobierno, se opusieron.

Sin embargo, la inconsecuencia de Madero al dejar penetrar a los porfiristas en su régimen se disuelve en la coherencia de su concepción política -dice Arnaldo Córdova-: al buscar la permanencia de un sistema jurídico del que no sólo la Constitución formaba parte, sino la voluntad del pueblo que el creía representar; preconiza la transformación de una realidad dictatorial; propone una sociedad de tipo moderno capitalista con un profundo respeto por el derecho y el cultivo de las instituciones democráticas. El liberalismo de Madero disolvía los últimos privilegios medievales, universalizaba la condición del ciudadano y su derecho a elegir representantes de una nación de masas y no de elegidos.

La inconsecuencia de Madero se disuelve también en su concepción de pueblo -continúa Córdova-, fruto de las condiciones en que se desarrollaba el movimiento ciego pero arrollador de las grandes masas, fundamentalmente de campesinos sin tierra. El pueblo de Madero no eran las clases elitarias porfiristas, sino las "masas profundas" no contaminadas por la riqueza o el servilismo. Pero esta categoría está cargada del igualitarismo abstracto de las ideas liberales, donde pierden su significado como grupos desiguales en la estructura social y cuya condición económica no tiene relevancia. Para Madero sólo existen ciudadanos que juegan un papel en una sociedad políticamente organizada. El concepto pierde toda determinación social o económica. El que es un ciudadano es porque no es libre. Intero que posición económica o profesional, es necesario que se reconozca como hombre libre o ciudadano, cuyo ejercicio del derecho y su ejercicio de

57. Lombardo Toledo, Vicente, "El sentido humanista de la revolución mexicana" en Conferencias del Ateneo de la Juventud. H.A.H. 16a. 1962.

los deberes hace real su libertad.⁵⁸

El igualitarismo abstracto liberal del que se refiere Córdova, y que establecía una denominación general de ciudadanos entre la población, sin distinguir la relevancia de su rango económico social, en contraste con la perfecta detección de diferenciación cultural que antes expresaran Madero y Vasconcelos entre civilización y barbarie, ubicando dos tipos de mexicanos que establecían ya niveles sociales, hacían a ambos personajes hacer declaraciones políticas sobre las causas que llevaban al pueblo a sublevarse contra el porfirismo, en donde subrayan el papel de la libertad como motor principal. Teoría alimentada por la idea de que un hombre no puede llegar a la categoría de ciudadano sino es libre; Madero pronunciaría un discurso en la ciudad de Córdoba en donde afirmaba: "...vosotros, no queréis pan, queréis únicamente libertad, porque la libertad os servirá para conquistar el pan."⁵⁹ Y, podríamos agregar, la calidad de ciudadanos. Vasconcelos repetiría con diferentes términos la misma idea sobre la libertad:

"De todos modos, no fue la miseria la causa del levantamiento maderista. Ni se movió el país por desesperación y sí por anhelo de un mejoramiento espiritual. México tenía pan y quizás más seguro que en cualquier otro período de su historia, pero anhelaba lo que no puede dar un tirano: libertades. Por ansia de libertades y por encono contra gentes que aprovechaban la influencia oficial en sus negocios particulares, México respondió al llamado maderista." (pp. 381-33)

Francisco Bulnes aseguraba, en oposición, que el progreso de un pueblo se medía por la situación de sus clases populares; pero en la dictadura porfiriana el grueso de la población se acercaba a la muerte por inanición. Creía, con razón, que toda clase social familiar sujeta su moral, su libertad y toda su acción, a salvarse del hambre. Por ello los campesinos se aferraron al movimiento revolucionario. A su vez, Silva Herzog diría que: "...Fue menester que esa raza luchara por salvarse y rompiera las cadenas que la sujetaban y oprimían. Hambre total en los campos: de pan, de tierras, de justicia y de libertad!"⁶⁰

En la guerra de Independencia y de Reforma, la revolución económico-agraria no se llevó a cabo. Los privilegios de los terratenientes, por el contrario, se afianzaron con el reparto de los bienes del clero. Sin un-

58. Cf. Córdova, Arnaldo. Op. Cit.

59. Citado en Ross R. Stowley. Madero: El F. General de México 1977.

60. Cf. Silva Herzog, Jesús. Breve historia de la Revolución Mexicana. T. G. Méx 1964

bargo, en 1910, siendo México un país eminentemente agrícola, la revolución se levanta con bandera agraria, que origina la rebelión tan temida por los porfiristas, quienes no supieron advertir lo que ahora las masas enardecidas les echaban en cara: Su hambre. La burguesía se había dormido en sus laureles de paz y progreso, mientras hinchaba el vientro con el aumento constante de sus riquezas. 61

Madero entraría a la capital triunfante después de los tratados de Ciudad Juárez. Vasconcelos explicaba:

" Las campanas de la Catedral, las de la Profesa, las de noventa templos repicaron el triunfo del Dios bueno. Por una vez, en tanto tiempo, caía destrozado Huitzilopochtli, el sanguinario. Tras de larga condena de todo un siglo de mala historia, una nueva etapa inspirada en el amor cristiano, iniciaba su regocijo, prometía bienandanzas." (p. 444).

El bien había vencido al mal, por lo menos en apariencia. Quetzalcoatl sobre Huitzilopochtli. A México le esperaba un tonificante período. Vasconcelos, quien había vuelto al país a raíz de la firma de los tratados de Ciudad Juárez, se retiraría a la vida privada; aunque fue incesantemente requerido por el maderismo para la organización de su nuevo partido, y para hacer declaraciones a la prensa en su apoyo. En realidad su intento de mantenerse al margen fracasaba, la política no había de abandonarlo en adelante.

No obstante, la revolución no había sido ganada por las armas, sencillamente no había sido ganada. Se había asestado un golpe moral a los porfiristas, que los hizo buscar una salida desesperada en las negociaciones con los rebeldes antes de ser completamente erradicados por la fuerza. Los rebeldes erraban en facilitarles su única tabla de salvación. Plas Urrea ya había advertido a Madero que "para que el cirujano pudiera cerrar la herida era necesario terminar la gangrena; pero, evidentemente, en la operación iba implícito el dolor del cuerpo social y el sacrificio de sus elementos, lo mismo que la resolución de las reformas políticas y económicas que urían al país, pues de lo contrario quedaban vivos los gérmenes de futuras perturbaciones." 62

Vasconcelos se convertiría en un famoso vocero del maderismo, haciendo declaraciones mordaces y agudas en los diarios de la ciudad de México, aban-

61. Cf. Roder, *Op. Cit.*

62. Citado en Silva Herzog, *Op. Cit.*

cando a revolucionarios desertores y a los profiristas caducos; organizando mítines prorrevolucionarios o participando en la Convención del Teatro Hidalgo. Se niega a aceptar un cargo oficial por no querer un poder limitado, parecía estar muy consciente del grave error de los pactos de Ciudad Juárez. Los maderistas no eran dueños absolutos del poder. La tragedia estaba a la vista.

Con la integración de Vasconcelos al maderismo, nuestro personaje entra irreversiblemente al campo del acontecer histórico. El destino -decía- lo había empujado a la oposición, bajo la convicción de que el porfirismo era una cosa podrida y abominable. Las injusticias habían ultrajado su conciencia; ofendido su dignidad humana; sacudido la pereza de su pensamiento temporal. El llamado había surgido del cabal entendimiento de que había que contribuir al progreso de la nación, al cambio político. En lo sucesivo, la vida personal había de expandir sus dominios. Sus acciones no estarían ya detenidas en el tiempo, habían rebasado sus límites. Ahora ejercería, en lo posible, el rigor de su influencia pública y dejaría un antecedente pavorable para la posteridad. Surgía fresco y prometedor un hombre cuya honestidad habría de despreciar, denunciar y combatir la desdorsposición posterior de un movimiento que había nacido sano y prometedor, un hombre que creía -dice Enrique Krauze- que hacer política era lanzarse a la calle y decir verdades. ⁶³

Tomando con Edward H. Carr a la historia como un diálogo entre el presente y el pasado, la relación anterior de sucesos maderistas, en donde Vasconcelos participó, nos dan todo un panorama de aportaciones cognitivas sobre los inicios de la Revolución mexicana. Sé es necesario, como dice Carr, ejercer la interpretación para decidir si un hecho es histórico o no, y si el criterio de selección atiende a la relevancia histórica, podríamos apuntar algunos de los principales aspectos que, atendiendo a su importancia, son históricos; o mejor dicho, pertenecen al género *análisis* contenido en la *biografía*.

Primero, el encuentro entre Vasconcelos y Madero, que es la introducción de Vasconcelos a la vida política del país. Vasconcelos era uno de esos hombres independientes, progresistas y decididos que buscaba Madero para llevar a cabo un movimiento político antiporfirista. Tanto Vasconcelos como Madero eran hombres de ideales. Nuestro autor había crecido intelectualmente con el Ateneo de la Juventud. Los ateneístas no eran ya estudiantes que

⁶³ Krauze, Enrique. *Los cuñillos culturales en la revolución mexicana*. Ed. Siglo XXI. México 1976.

repudian las ideas positivistas, eran los hombres que impugnaban ideológicamente la impostura de un régimen moribundo. Desde antes de su participación con Madero, Vasconcelos había comenzado a comprometerse ya seriamente en el desarrollo de las ideas en México. Participaba ahora en la vida nacional no como el amante de las artes y la cultura, no como el alumno que se preocupa individualmente de su instrucción; había adquirido una visión social de la cultura e intentaba con los ateneístas transformarla. El terreno para su ingreso a la vida política estaba preparado; el universo de la crítica lo había llevado a la convicción de que el porfirismo estaba en estado de putrefacción. La concientización de los atropellos e injusticias del Gobierno de Díaz producen la decisión de llevar su inconformidad a términos de práctica política frontal contra el Estado, y por eso acude Vasconcelos al llamado de Madero. Otra de las razones por las que nuestro autor decide participar contra el porfirismo es el ambiente cargado de propaganda e ideas antigobiernistas que influyen la inconformidad popular latente. Jesús y Enrique Flores Magón inician hacia 1900 una crítica contra la dictadura porfirista. Junto con otros opositores de su generación, expresan su interés por retomar las ideas del liberalismo inspirado en hombres de la talla de Juárez, Ocampo y Lerdo de Tejada. Proponen la restitución de la Constitución de 1857 haciendo a un lado las reformas hechas por el régimen de Díaz. Estos hombres revolucionarios acuden a la bandera liberal sin querer incurrir en sus errores para no desembocar en una nueva trampa porfirista. Proponían además algo que los liberales habían pasado por alto: Las reformas de carácter social. La opinión individual de Vasconcelos estaba nutrida por el contagio de un fenómeno social subversivo que se respiraba en el aire. Vasconcelos era producto del desarrollo histórico lento y continuo de la vida porfiriana. La propia sociedad gestaba la razón universal que había de destruir su semi-inmovilidad. Una de las definiciones que hace Carr sobre la historia es la de ser un proceso de investigación en el pasado del hombre en sociedad. Vasconcelos no era la excepción, su decisión de participación política no surgía de su exclusiva genialidad, sino del contagio de un número creciente de individuos que se veían en la necesidad humana de exigir mejores condiciones de vida, es decir, de toda una fuerza social que dejaba sentir su poder.

Vasconcelos y Madero recogen el trabajo ideológico político intelectual de los principios liberales. Carr asegura que una de las funciones de la

historia es hacer que el hombre pueda comprender la sociedad del pasado para aumentar las posibilidades de dominio sobre el presente. Nuestros hombres partían del precedente liberal de un México naciente, de un México que apenas se iniciaba en la autonomía y buscaba caminos y formas de organización del Estado casi a tientas. Los revolucionarios recogen del liberalismo experiencias que los ponen sobre los liberales en esa ventaja que Carr llama progreso. Productos de la educación porfirista se enfrentaban al advenimiento y a la presencia física de una lucha armada, en donde los puntos ideológicos fundamentales advertían que el supuesto liberalismo del porfirato había terminado en el enriquecimiento de una oligarquía conservadora. La generación de la revolución proponía, en cambio, buscar, sí, el bienestar material y además la libertad, pero en todas las capas de la población para lograr una modernidad por medio de una burguesía fuerte apoyada en un pueblo fuerte, aportación que los ponía sobre los liberales, en cuanto a las reformas sociales, y sobre los porfiristas, en cuanto a la clara percepción de sustentar su fortaleza interna en masas bien alimentadas educadas cuyo progreso material elevará automáticamente el desarrollo del país.⁶⁵ Madero y Vasconcelos, como hombres sobresalientes eran también fenómenos sociales y Carr explica que estos hombres necesariamente condicionan su individualidad a las circunstancias. La preferencia por el liberalismo y la democracia, eran fuentes absorbidas de los antecedentes histórico-políticos del Estado mexicano.

Madero y Vasconcelos advierten desde entonces una idea fundamental que urgía para el desarrollo del país y que los liberales y los positivistas ya habían señalado: México necesitaba con urgencia recurrir a la educación para remediar muchos de los males de la población. La *barbarie* y el salvajismo no era más que incultura que debía ser superada. Este es un planteamiento de trascendencia social. La educación formaba parte de la política del fortalecimiento de las masas. Para mantener un dique cultural y económico contra el peligro del expansionismo de las grandes potencias, era necesaria la educación del pueblo. En ello iba implícita la idea de transformar los vicios internos heredados de la colonia, que Don José María Luis Mora había denominado "empleomanía", en ese sentido la educación debía ser revolucionaria, una educación de cambios radicales. El Estado debía controlarla. La jerarquización racial en la colonia y el porfirato no permitieron esa socialización de la educación. La revolución ofrecía escuela sin distinción racial.⁶⁶

La trascendencia de este cambio en los planteamientos educativos revolucio

⁶⁵ Zea, Leopoldo. Op. Cit.

⁶⁶ Op. Cit.

cionarios es de carácter histórico por las repercusiones sociales que implica. Se piensa en el hecho de hoy para transmitir sus resultados al futuro; para cimentar el México del momento en sólidas bases que lo sostengan en tiempos venideros. Se piensa, como diría Carr, en el contenido social del progreso, en acumulación de recursos, experiencia y técnica social; En el desarrollo de las potencialidades del hombre; En un desarrollo ilimitado; En una intercomunicación entre los acontecimientos del pasado y los planteamientos futuros que surgan progresivamente. En la elección de lo importante conforme a las Metas propuestas. Se piensa, en fin, en la historia. Y es precisamente esta historicidad la que se advierte en las páginas sobre el maderismo del Ulises Criollo.

Adriana

" Con motivo de estas innobles embestidas de la oposición, me referiré a la que ejerció tanta influencia en cierta época de mi vida. La llamaremos Adriana. Se presentó a mi despacho con tarjeta del propio Madero. Necesitaba abogado, pero no ante los tribunales, sino ante la opinión. Hacía tiempo que la molestaban bajamente, sólo porque se había atrevido a inaugurar un servicio de enfermeras neutrales, cuando la Cruz Roja porfirista declaró que no curaría a los rebeldes. El país entero aclamó entonces como una heroína a quien supo reclutar mujeres y médicos, para acudir al campo rebelde desatendido del servicio oficial. Pero ahora se volvían contra ella, a veces hasta los mismos que la habían aplaudido. Su fidelidad al gobierno la arrastraba en la misma ola de fango que a nosotros nos batía. Sin titubeo escribí una serie de artículos apasionados en defensa de la colerrigionaria y en homenaje de la mujer cuya belleza notoria, desde el primer momento me fascinó. Para caracterizar su atractivo desenterré la frase de Eurípides: 'hermosura punzante como la de una rosa'...

Era una Venus elástica, de tipo criollo provocativo y risa voluptuosa. Pronto comprobé que era una de las raras mujeres que no desilusionan en la prueba, sino que avivan el deseo, acrecientan la complacencia más allá de lo que promete la coquetería y lo que exige la ambición". (pp 472-473).

Por primera vez, las descripciones sobre una mujer se hacen necesariamente minuciosas. Adriana es la amada largamente esperada; es la mujer que transforma la vida sentimental de Vasconcelos; el sabor afectivo y pasional. Nuestro autor se enfrentaba a una obsesión irrenunciable que sobrepasaba la razón y otorgaba mayor sentido a la existencia. El nuevo Ulises ya no era el mismo, padecía el vehemente deseo de regresar una y otra vez a la causa del placer.

El encuentro entre Vasconcelos y Adriana había sido obra de la casualidad. Ella necesitaba abogado ante la opinión, acude al hombre acertado, él la toma bajo su protección. ¡He aquí el comienzo de una verdadera historia de amor!; ¡el azar cuyo instinto jamás se equivocaba! Bastaba su presencia para abrigar su causa; bastaba su sonrisa, una mirada, para por su incondicional. No siempre la sberia, la timidez o la falta de atractivos del

'sexo débil' habrían de contar con tanta suerte. Ella era una Venua, un personaje de Eurípides desenterrado de la literatura. ¡Cuánto podía la belleza!, ¡cuánto allanaba! Había dado en el punto clave: la debilidad del hombre por la estética; la poderosa atracción imantada. ¿Quién podría negarse ante una diosa? ¿quién ante una risa voluptuosa de una criolla provocativa?

El tema de la pasión vuelve a ser uno de los elementos vitales de la existencia:

"Era yo feliz con dicha de esas que no piensan, ni miden ni comparan. Feliz en la carne y en los huesos, como si un cuerpo nuevo y lozano me hubiese nacido por gracia. La visión de sus ojos entrecerrados por el deleite me perseguía a cada instante, me embriagaba. Ahora me ser vían los sentidos. Por cada poro corría la misma avidez y el deseo satisfecho se renovaba. Antiguamente y en otras aventuras, pronto a la sorpresa placentera sucedía el cansancio, cuando no el asco. Ahora el placer se volvía profundo y recordarla era como arder en llama viva. Beber y beber y sentir que la sed crece dulcemente. Exprimir y juntar los cuerpos sin que se agote el ansia que devora las almas. No alcanza el lenguaje, no expresa ninguna imagen el hondo drama del goce que vibra músicas y el alma que apetece unión. Como quien cava en un abismo, la sensación de infinito crece, y el destino se doblega. Todo el universo parece concurrir a una misteriosa consumación.

Arrebatarse una presa y devorarla en paz. En la apertencia de la fiebra, hay ya algo del que padece amor. Por los siglos de los siglos, y si volviesen a resucitar los cuerpos, una boca buscaría otra boca y los mismos huesos temblarían al recordar la ventura del abrazo infinito. El amor de por sí tornaría a engendrar mundos... Por eso no me gustaba la tesis de la resurrección de la carne: porque toda esta confusión no debe volver..." (pp. 486-487).

El amor tenía aspectos irracionales, conductas animales; era un vertigo profundo en el que se registraban los placeres y la confusión. Adriana significaba, después de María Sarabia y por primera vez concretizada, la pasión amorosa y casi el elemento contrario a la racionalidad. La pasión, en efecto, lo sumerge en una confusión que complica los compromisos formales que ante la sociedad ha contraído: El matrimonio termina de fracturarse; la actividad política se ve interrumpida por su actividad amorosa; la relación con Adriana tiene que ser justificada o escondida frente al público etc. No obstante, la pasión es lo que da sentido a las cosas. Sin la pasión la vida se encuen-

tra mutilada. La pasión hacía "descender" una vez más a Vasconcelos a situaciones de incongruencia: esconder a la amante; engañar a la esposa; involucrarlas a ambas en un marasmo sentimental y no dar solución. Pero, al mismo tiempo, la pasión es la salvación de la vida; la reivindicación de la miserias cotidianas; el alimento divino del ser; la osadía del hombre: "La vida era una aventura a la que debe expresarse la belleza, el arrobó que contiene". (p. 503). Vasconcelos concebía su vida completa si existía Adriana:

"Lamentaba que no siguiese pegada a mí para disfrutar el encanto vigoroso y despejado de la naturaleza. ¿Qué valía sin ella el esplendor del sol, el orgullo de los montes? El éxito, el poder y la misma sabiduría se quedaban incompletos, y casi inútiles si ella no existiera. ¡Aquel amor de carne y hueso me volvía más profunda el alma!" (pp. 500-501).

Imágenes deliciosas perseguían a Vasconcelos: los ojos entrecerrados de Adriana, la entrega eufórica, Venus tendida en el lecho. Todo era como un sueño bien concebido, como una prolongada borrachera. Por esos días vivía con los sentidos, hablaba con los sentidos, pensaba con los sentidos. Tenía la sensualidad a flor de piel. El mundo era erotismo. "Los cuerpos se volvían drama"; "delicada tragedia del ser"; arrebató enigmático y profundo que apetece unión; abismo que crece y somete la voluntad. Podría el alma estallar en pedazos; retorcerse de dolor; morir, antes que claudicar. Eran las tapias del jardín de la amante el símbolo del obstáculo que, una noche, el loco Vasconcelos vence por acudir a encontrarla:

"...Por entonces, en mi período insaciable, ninguna consideración me hubiese hecho desistir de mi engreimiento. Y me hubiera roto en pedazos para barrer cualquier obstáculo que impidiese el arrebató amoroso. Así, simbólicamente, y también con imprudencia, salté una noche las tapias del jardín, para eludir familiares que la visitaban. Llegó a mí entre los árboles, suelto el cabello y fríos los labios." (p. 486).

La serpiente reclamaba ser satisfecha. La más íntima realidad pugnaba por surgir. El matrimonio había sido una equivocación; una condición de pobreza emocional; un estado de infelicidad forzoso. Era necesario tomar la conflictiva opción de la infidelidad. Aparecía la conciencia del fracaso en el matrimonio, con toda claridad, cuando el amor estaba al alcance de la mano. Había que implicar a otras gentes en la miseria personal, en la lucha

por conseguir el sentido pleno del ser. Y Vasconcelos nunca resolvería el problema de su matrimonio. Adriana y su esposa serían arrastradas en esta conflictiva. La esposa, resentida, tomaba pequeñas venganzas. El vacío parecía haberse dado desde el primer encuentro. Vasconcelos sufre el recordamiento de ser locamente feliz con Adriana mientras dejaba a su mujer en el abandono:

" Pronto el escándalo trascendió a mi hogar. No había por allí mucha dicha que defender, pero desde la muerte de Carlos, una corriente de gratitud me había reconciliado sentimentalmente. Y me dolía que llegase a descubrirse la verdad, precisamente porque me daba cuenta del total e irremediable abandono amoroso en que tenía a mi esposa". (p. 487).

En su casa la situación era un infierno. El hambre de alcanzar los móviles personales: El amor, el desarrollo de la vocación intelectual y artística, la política etc., entraban en fuerte oposición con la realidad familiar:

" A menudo me tendían la ropa de la cama atravesada, por lucir las colchas. Se me salían los pies, y al reclamar, me contestaban: Yo sabría mucho de las cosas de la calle; en las cosas de la casa no debía meterme. La presencia de mi hijo de tres años, reprimía el impulso del asesinato. Además, mi hijita pequeña solía alisar con sus manitas las almohadas. Esto me detenía en el camino de la puerta, libertador y ancho. Pero la idea de la infinita ventura que habría sido vivir con Adriana, me punzaba." (p 489).

Vasconcelos, llevado por una vida de compromiso social, comienza a usar el dinero en lo que él llama "gastos inútiles": fondas de lujo, cognacs, ca viares. Con Adriana y sus amigos las noches resultaban caras en los reservados, las encerronas en hoteles y autos; diamantes para Adriana. La mujer permanecía al margen de esta situación dentro de la austeridad del hogar. Vasconcelos sufría la gran contradicción de derrochar el placer, el amor y el dinero con Adriana, ofendiendo a su esposa, no tanto por haberle dejado de amar, sino por no resolver su situación frente a ella y colocarla en una posición relegada. Al mismo tiempo, Vasconcelos superpone la situación legal de su esposa ante la sociedad. Es decir, la esposa recibe una valoración social; recibe el respeto otorgado a la entidad madre-esposa; el respeto que

a la sociedad merece este ser semiesclavo, idealización-engaño de la mujer en el concepto mexicano de la época, y que nuestro autor contribuye a alimentar. En tanto que Adriana, cambiando la balanza de prioridades, es en este terreno marginada: Se eluden las presentaciones en público a su lado. Vasconcelos seguía siendo víctima de la moral cristiana inculcada por su madre. De hecho el pasado de Adriana (un divorcio y un marido muerto), que él calificaba de turbio, no dejaba de inquietarle, aunque en realidad no fuera nada escandaloso.

Con la misma moral, negaba la posibilidad de la separación anteponiendo el sentimiento de culpa, que lo seguiría igualmente en cualquier opción que tomara: divorcio o adulterio.

"...Las preocupaciones de la calle aplazaban la realización de mi sueño: vivir solo; pasar una pensión a mi esposa y hacer con mis hijos una de las comidas del día. No deseaba separación más rigurosa porque no la resintieran los pequeños. Tampoco quería que una separación deseada desde antes, viniese a enturbiar el amor nuevo, haciéndolo más culpable. Padecía el remordimiento de ser feliz, locamente dichoso y de ver, en cambio, en mi casa, la discordia. Para aliviar mis propias responsabilidades soltaba la bolsa, corría inútilmente un dinero que pudo ahorrarse para tiempos adversos." (p. 488).

Por otro lado.

La política interviene en Vasconcelos como el compromiso al cual es impulsado por las fuerzas desatadas y su conciencia de hombre destinado a las transformaciones. Coincidiendo con su idea del sentido universal de la vocación, nuestro autor no podía ser mero observador de los sucesos políticos. Tanto como Adriana, los asuntos del régimen requerían obligatoriamente de atención. Era el otro aspecto fundamental, aunque no deliberadamente buscado, que, junto con la filosofía y el arte, definirían su preocupación existencial. Se puede incluso asegurar que con el tiempo Adriana pasaría a ser tan sólo un complemento de estos intereses vitales: "Por más que no deseaba ocuparme de la política, los acontecimientos nos obligaban a la acción." (p. 491).

El ámbito personal se confunde con el aspecto público. Adriana y Vasconcelos estarán marcados por la historia, de cuya influencia sólo muchos años después llegarán a separarse. Entre manifestaciones maderistas; manobras de los conservadores para usurpar el poder, y declaraciones de nuestro

autor defendiendo la política revolucionaria o la reputación de Adriana, viven la intensidad de la pasión, el cambio político y la incipiente fama, en una extraordinaria vertiginosidad de acción. El, a su vez, recompensaba a la hermosa Adriana con su notoriedad pública; con declaraciones agudas en su defensa; castigando a los difamadores; haciéndola a ella partícipe de excitantes aventura políticas; de una vida llena de sorpresas. Con el tiempo, la situación cambiaría, los acontecimientos políticos se convertirían para Adriana en un obstáculo.

(Registrados en el tomo de La Tormenta, los siguientes datos). Vasconcelos afirmaba tener dividida el alma en varios propósitos aparentemente contradictorios: La política; la necesidad de una profesión u oficio, y por encima de estas circunstancias, que llama "externas y secundarias", imponía la misión del espíritu. Era una necedad, según su opinión, oponer cada una de estas actividades, porque las complejidades de la vocación estaban justificadas por un motivo universal. Las variedades que las circunstancias imponían a la acción no podían impedir que la persona que somos se mantenga íntegra a través de diferentes envolturas o diferentes técnicas transitorias -decía-.

Entre los motivos universales había contado la pasión por Adriana como una suerte de vocación. No consideraba satisfecha la existencia sin su presencia; sin embargo, llega el momento en que los intereses se van definiendo y el equilibrio se rompe; la vida amorosa se ve desplazada a un término complementario, casi a un acto de añadidura. Adriana, en lo sucesivo le iría creando un contexto emocional por el mundo.

A la caída de Madero, Vasconcelos sale a Europa seguido por Adriana. Conciliaba el amor, la política y el arte. En todo participaba y de todo se nutría. Esta vez tocaba el turno a la vocación del artista y del amante, ya que la política debía, por lo pronto permanecer relegada. Después, retomaría "el grano semioculto de su propio destino" (40), fertilizado y estimulado por acontecimientos estéticos y sentimentales, en concordancia con su concepto pleno del ser.

Con Adriana recorrió en Europa museos y galerías, teatros y centros nocturnos. Se alimentaban del ambiente de la vieja Europa. Vasconcelos realizaba su destino amoroso y su "destino espiritual de definir ideas y coordinar doctrinas" (39). Aspiraba a comprender la esencia, lo sustancial, la raíz que hace al hombre producir la inusitada belleza, la incógnita del arte. En cuanto al aspecto amoroso, había relajado los términos de la moral cristiana para adoptar con mucha audacia y liberalidad "la moral pagana", que no lograba causar ningún sentimiento de culpa. Intentaba legitimar la transgre-

sión al matrimonio contrariando la tesis del goce como pecado. Sufrió raptos de arrepentimiento pero terminaba siempre reafirmando su participación en el placer:

" Señor que nos creaste:¿porqué es menester que sea pecado el goce? ¿Porqué, si ha de haber ayuntamiento no ha de encenderlo la pasión? (...) En todo caso, el amor es más que deber, es locura, ímpetu, desenfrenado, infinito goce; o simplemente fecundación, limpia en la planta, inmunda en el hombre.

Lo que yo sé es que si volviera a vivir en las condiciones en que viví, no haría sino volver a pecar si la tentación era esplendente (...) Pero ¿es de verdad tan gran pecado un delirio que abre la sospecha de la excelsitud?" (pp. 52-53).

París, sin embargo, los sorprende con las primeras diferencias amorosas. En México, mientras tanto, las fuerzas constitucionalistas tomaban el poder. Era el momento de establecer prioridades. La situación en México no admitía moratorias. Adriana, no obstante el amor de Vasconcelos, comienza a ser una extensión ambulante de este, satisfaciendo su espacio afectivo según las circunstancias políticas lo permitieran. Se había roto irreversiblemente el encanto y la frescura del primer encuentro. El, por su parte, llora por la fragilidad del amor que en cualquier momento de diferencia ideológica destruye la pasión incondicional y maravillosa de la entrega. Años más tarde Adriana rompe con Vasconcelos al escapar de un viaje de Lima Peru a Nueva York, todo quedaría como un bello y doloroso episodio consumado.

Exaltada debía ser la pasión. El espíritu hacía gala de un estado peculiar. En el terreno sentimental el mundo de la política, la ética o la historia han quedado fuera y dentro del relato. Fuera porque bajo ninguna de estas disciplinas se aborda el texto; pero dentro, mezclados en literatura, sin la pureza intrínseca de cada disciplina. Han entrado en el universo del amor, de la experiencia vital y humana. Con la materia misma de la literatura, que es la palabra, se han creado figuras intelectuales. Se ha penetrado a los umbrales de lo más humanizado del hombre; a la cima del espíritu -siguiendo a Reyes-. El autor se ha definido a sí mismo en el acto de amar. Ha dejado penetrar al lector en sus íntimos sentimientos. Se ha desnudado ante un público incrédulo. La narración ha llegado al punto

culminante de la voluptuosidad; a la armonía entre el ser y el mundo. Ha pasado sobre la moral de la época, aún en contradicción y apego a ella, que es la propia moral, y aún tirado por fuerzas opuestas. Ha incursionado en lo más auténtico del personaje. Ha consovido a los seres que también se saben humanos. En la exposición de su vida sentimental, la privacidad de Vasconcelos ha sido tocada, mediante la literatura pertenece ya a los hombres.

En el aspecto literario de estos capítulos encontramos un ajuste estético en la expresión, producto de la intuición creativa del autor. Existe ese ajuste de comunicación-expresión, del que habla Reyes, que desparrama la integración anímica y que raya en los límites de la experiencia mística. La palabra aborda la intención semántica dentro del suceder ficticio, y la intención formal, dentro de la expresión estética. Así tenemos:

"Largo el cuello, corto el busto, aguzados los senos, ágilmente musical el talle, suelto el ademán, estremecía dulcemente el aire desalojado de su paso." (Op. Cit.p.).

Adriana desprendía música de su talle. En la cadencia del movimiento se adivinaba a una bailarina. Era casi audible el sonido melodioso que acompañaba la coreografía de su andar. El ademán desenvuelto, seguro, tenía la firmeza y el encanto de la precisión y el dominio del cuerpo. El espectador presenciaba la danza de una estrella experimentada, que dejaba en la estela de su ritmo, en la trayectoria de su paso, en el espacio vacío que acababa de llenar el ágil pie, el embrujo inimitable de la liviana sensualidad.

¿Qué talle en la triste realidad podía emitir sonido alguno?; ¿qué paso sustituía al aire estremeciéndolo con dulzura? Eran la ficción y la forma que deificaban el eros de una mujer. Bebía Vasconcelos el amor; pero ¿cómo el amor podía ser bebido? sólo en el mundo de la ficción. La realidad había conmovido las entrañas, las vísceras del hombre, hasta el punto en que la experiencia superaba las posibilidades del lenguaje común. "Como quien cava en un abismo, la sensación de infinito crece, y el destino se doblega. Todo el universo parece concurrir a una misteriosa consumación."

Caída de Madero

La opinión pública acusa a Madero de lentitud con los enemigos del régimen. Madero, con la mejor voluntad de no caracterizar su mandato por la violencia y el crimen, y así por un amplio margen de democracia, permitió la intromisión indiscriminada del poder conservador en los asuntos de su gobierno. La revolución no había triunfado, El Presidente revolucionario no pudo identificar a los porfiristas como los principales enemigos. Tenía varios puntos de coincidencia ideológica con los personajes del viejo régimen. En realidad, la generación de la revolución se había iniciado con la idea de restaurar el liberalismo de los hombres de la Reforma. Actuaban contra los falsos principios liberales en que se sustentaba la dictadura porfiriana que no era más que un sistema conservador, que exigía el orden para proteger el progreso, de tipo material, de una minoría oligárquica. Juárez y Lerdo representaban el auténtico liberalismo. Pero la generación de la revolución partía también de las bases ideológicas porfiristas en donde se había formado. En un principio, tanto Madero como Flores Magón quieren un cambio sin lucha armada, un cambio sin revolución, dentro del orden y el progreso liberal al servicio del bienestar de las mayorías; un cambio a través de la educación y las leyes. La educación y las libertades harían que el pueblo hiciera valer sus derechos por medios civilizados. La vía pacífica del cambio era la educación. El positivismo les había enseñado el sentido del orden. Pero, al constatar que a la razón se oponía la fuerza porfirista, Madero advierte que el régimen de Díaz estaba orillándolo a tomar las armas.⁶⁷ Tomadas las armas, se firman los tratados de Ciudad Juárez, y Madero vuelve a adontar la idea de la educación y la vía legal para la transformación del país. Se abstiene de medidas radicales contra los porfiristas de su régimen y de continuar el proceso desatado que exigía una revolución social. Regresa al intento de la vía pacífica dentro del orden y los cambios políticos.

Vasconcelos optó por apoyar la política maderista, aún observando los peligros inminentes al compartir el poder con los conservadores. Se unió solidario al idealismo de un camarada profundamente honesto. Nuestro autor se unía a la institución revolucionaria que era Madero, por identificación ideológica. Vasconcelos y Madero entendían que el progreso vendría de la democracia y las instituciones liberales; de la libertad y no del orden; de la independencia del extranjero y la capacidad que lograra una burguesía emprendedora para producir y propiciar el desarrollo de los mapas, que serían el apoyo de su propio intento de fortalecimiento -dice Leopoldo Zea-.⁶⁸ De hecho, la generación revolucionaria

67. Zea, Leopoldo. Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana. Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México 1956.

68. *Op. Cit.*

avertaba al liberalismo al comprender la necesidad de los cambios sociales. Pero Madero -afirma Arnaldo Córdova-⁶⁹ intenta encontrar desde las posiciones políticas los medios adecuados, el punto de apoyo, para los cambios económicos y sociales del país. Al utilizar la vía legal, Madero desechaba las posturas radicales y prometía la solución a los conflictos más urgentes -la tierra por ejemplo- a largo plazo. Stanley Ross⁷⁰ escribe que Madero llegó a personificar el deseo profundo de cambio económico social que se gestaba en México desde tiempo atrás de su aparición en la política; sin embargo, Madero no pudo comprender la profundidad, la urgencia, lo trascendente y abrumador de las causas del movimiento revolucionario, en parte porque el planteamiento de los cambios más importantes por realizar estuvo mal definido.

Madero no fue un revolucionario, no lo fue ni aún cuando se levantó en armas. Cimentó sus ideas en el ideal democrático y los manejos de la legalidad; intentó dar vigencia a un sistema jurídico constitucional. Encontró un modelo en las naciones desarrolladas. Estaba convencido de que el país debía retornar a la verdadera vida política nulificada por el porfirismo. Pero una vida política sin exigencia del radicalismo floresmagoniano, que tanto a él como a Vasconcelos alarmaron. Una vida política de cambios graduales por medios civilizados. Madero se permitió admitir en el propio seno de su gobierno a los porfiristas porque estaba convencido de estos métodos. Admiró del régimen de Díaz la política conciliatoria e intentó él mismo continuarla con funestos resultados. Siendo un pensador reformista, pacta con los conservadores pensando que estos no se oponían al cambio paulatino.

Vasconcelos se unía a la mística mesiánica maderista. Sintió una profunda atracción por su actuación política. Vasconcelos creía también en la educación como remedio para los males de México, y en las ideas liberales de sus más auténticos representantes. Igual que su generación, había sido educado en los principios del orden porfirista y se había alimentado de las ideas que proponían el cambio. Madero creó escuela política en Vasconcelos, quien lo defendió aún en las fallas políticas de más riesgo:

" Por su ceguera o por su culpa se había derrumbado la mejor esperanza de México -afirmaban muchos entre sus propios amigos. Sin embargo, hoy que vemos o mayor distancia su actuación, nos afirmamos en la creencia de que era él quien tenía razón. Pues ahora vemos que no vale la pena caer también como han caído Carranza y Obregón, sólo que desprestigios, no sólo fracasados." (p. 493).

69. Cf. Córdova, Arnaldo. Op. Cit. Editorial Grijalvo. México 1977.
70. Ross, Stanley. Madero.

Justificar los errores no sólo había resultado riesgoso sino contraproducente: Madero caería víctima de sus actitudes conciliatorias con la reacción, que en el régimen de Díaz habían dado excelentes resultados para hacer convivir diferentes tendencias ideológicas dentro de un mismo sistema político; pero que ahora resultaban impracticables.

Vasconcelos advertía que los enemigos del régimen maderista andaban desatados, sin bozal. Señalaba a los porfiristas, a Zapata y a Henry L. Wilson como elementos adversos a Madero. Contra los porfiristas, nuestro autor ejercía una lucha verbal punzante en los periódicos. Entendía que limitaban el poder del presidente e incluso intentaban derrocarlo. Prestaba el prestigio de su palabra, su única arma de defensa contra los restos del porfirismo, para enfrentar a un enemigo armado con peligrosas intenciones. El criminal se levantaba amenazante al abrigo de Madero, que seguía esperando mucho de la conciliación de intereses.

El papel de Zapata nunca logró entenderlo Vasconcelos en su dimensión social. Lo señala como víctima de las intrigas que urdían los derrotados que no habían recibido cargos oficiales inmediatos en el gobierno provisional. En realidad, los zapatistas no podían entender que Madero alargara la resolución del problema de la tierra, que era la principal razón por la cual el estado de Morelos se había vuelto maderista. Madero no atinaba a resolver el punto más urgente de la conflictiva nacional: La tierra. El camino legal para la solución del conflicto era lento e inseguro mientras los porfiristas estuvieran en el poder. En tanto, el grueso de la población marginada esperaba con gran impaciencia la resolución de sus peticiones.⁷¹ Del otro lado de la moneda, Madero planteaba una reforma agraria lenta, dentro de la legalidad del Estado, sin molestar, en lo posible, la propiedad de los grandes hacendados.⁷² Vasconcelos creía que nuestra sociedad padecía la constante invasión de la barbarie del campo sobre los centros de cultura. Según esto, Zapata resultaba una amenaza para la civilización:

"...Su empeño de difundir la enseñanza -se refiere al empeño de Madero- respondía al deseo de cimentar la democracia. Desde el principio nuestra sociedad padece la periódica invasión de la barbarie del campo sobre los centros de cultura que se forman en la ciudad. Cada revolución ha sido desencadenamiento salvaje que arrasa el trasplante europeo penosamente cultivado por mestizos y criollos. Así, nuestras ciudades son islotes de un mar de incultura." (p 570)

71. Cf. Womack Jr. John. Zapata y la revolución social. Méx. 1969. Edit. S. XXI.
72. Cf. Cordova, Arnaldo. Op. Cit.

Nuestro autor concebía una lucha entre civilización y barbarie. Consideraba necesario transformar el aztecismo subyacente de la población mexicana, para penetrar al mundo del progreso; eliminar el sistema de sacrificios humanos para que México ocupara un sitio entre las naciones civilizadas. Para vencer el viejo instinto que pedía sangre, era urgente tomar el camino de la educación; eliminar el facundismo; la supremacía del bruto armado, e imponer al hombre civilizado y constructor. Sólo así reinaría la razón sobre el instinto salvaje. Las masas irritadas, armadas y fuera de control amenazaban a la gente educada de las ciudades. -pero el otro salvajismo, el verdadero salvajismo militar de la ciudad, los tomó la delantera y destruyó a la intelectualidad del poder. Vasconcelos veía la injusticia en el campo y entendía que había que reivindicar al campesino; sin embargo, veía el hambre del pueblo como una idea lejana, fuera de su propia experiencia. Proponía reconstruir a la nación; despertar el alma de sus pobladores; elevar el espíritu de miles de seres reducidos a la abyección; darles elementos de pensamiento crítico; acabar con la marginación cultural; redirir la furia irracional hacia los canales de la razón -y en esta conciencia de la educación como base del desarrollo de la nación consiste uno de los grandes valores de Vasconcelos y del pensamiento maderista inspirado en el liberalismo-. Sin embargo, los estómagos de los desventurados revolucionarios clamaban, y no podían precisamente educación. Antes que democracia y escuela se requería solucionar el problema de la tierra.

Por otro lado, Vasconcelos también detecta, como enemigo del maderismo, a Los Estados Unidos. Henry L. Wilson, que los representaba, se abstuvo de atacar a Madero mientras creyó que el nuevo Presidente protegería y haría 'justicia' a los intereses norteamericanos. Pero al cabo del tiempo, cuando la política de Madero evidenció que su gobierno no tenía intenciones de favorecer al capital de Norteamérica, Wilson se hace el crítico más severo y ruin; el más reconcentrado enemigo del nuevo régimen hasta derrocarlo.

Henry L. Wilson no terminaría su período como embajador, sin antes tener una grave ingerencia en el derrocamiento de Madero. La decena trágica se iniciaba, por ironía del destino, cuando Vasconcelos vivía en Tampico los mejores momentos de amor con Adriana. El país iniciaba el período definitivo a la descomposición de los más sanos intentos de democracia concebidos hasta entonces. La conspiración contra el gobierno maderista no desataría con todo rigor. Madero es finalmente vencido y muerto. Muerto saldría al balcón presidencial a declarar que había tomado el poder, y pronunciaría el revolucionario plan político de bajar los precios del pan y las cobollan.

De la versión vasconceliana de los hechos hemos obtenido: datos relevantes, opiniones emotivas, preferencias sentimentales, críticas precisas, detección y ubicación de los problemas, pérdida de perspectivas, objetividad etc. ¿Cómo podía Vasconcelos dejar de apoyar al único dirigente revolucionario con cuyas proposiciones se había identificado plenamente? En el error y en el acierto se declaraba maderista. Y aún al fracaso trataba de encontrarle una explicación que dejara librado a Madero. ¡Tanta era la fe en el hombre; tanta en la sagrada idea de la revolución que encabezaba!

A menudo Vasconcelos, como Madero, parecen confundir la política con la conducta intachable. Parecen aspirar a los actos de honor y no de poder, o bien, parecen confundir política y sentimiento mesiánico. Habían incluso limitado el diagnóstico de las prioridades nacionales al restarle importancia al problema agrario; pero en compensación con rendían la urgencia de la educación para el pueblo y la renovación política. Los aspectos positivos vales para creer que, de perdurar nuestros personajes en el poder, hubieran contruido un México más justo -por lo menos nos quedaría esa vana e inútil idea ante lo que nunca sucedió-. Pero ¿cómo ha de resignarse el lector a aceptar una y otra vez nuestra tragedia; nuestras revoluciones fracturadas? Como único consuelo quedaría la memoria histórica, la experiencia que nos queda para la posteridad, y la esperanza de que el mexicano logre algún día la capacidad de la equidad en la justicia social, desarticulando las maniobras de los Wilsons y los Huertas. Vasconcelos, años después, se conformaría con narrar su versión de los hechos, apostado entre la literatura y la realidad histórica. Esta era la única forma de desahogar el ardor de un alma envuelta en la impotencia:

"Till my ghastly tale is told
this heart within me burns."

Coleridge¹⁷³

¹⁷³. Citado en Vasconcelos, José. *Visión Criollo*.

CONCLUSIONES

Para Alfonso Reyes, los motivos y pasiones del hombre privado y del hombre público se enredan en la obra autobiográfica. Considera que la biografía o la autobiografía, cubren teóricamente el relato de las existencias privadas, y que este ilimitado fenómeno sólo cede a la agencia literaria de la ficción. Pero, entre las contadas existencias privadas que la biografía recoge en la práctica, ninguna, por más velada que ésta sea, deja de dar luces respecto a una época, un país, sus condiciones sociales etc. Es decir, ninguna biografía deja de tener datos de relevancia histórica aunque sólo fuera de trasfondo o contexto. Algunas dan mayor y otras menor importancia a los acontecimientos histórico-políticos, pero todas, al fin los contienen.

Sobre la clasificación genérica de la biografía, Alfonso Reyes piensa que es anómala, ya que es un género sólo relativamente histórico, lo cual quiere decir -continúa- que es extra histórica por definición convencional de la historia. Lo compara al retrato, en cuanto este es arte y también es documento. La biografía, en ese sentido, participa de ser arte literario y de ser documento o fuente de datos, materia prima para la investigación histórica, para la selección de elementos de relevancia que al ser interpretados conformarían la historia. Es un género histórico por lo que Reyes llama "giro mental", que en este caso sería la intrusión en la literatura de elementos de históricos. Pero también es un género literario porque por su asunto está prendido a las vidas particulares, como lo está también la literatura.

La autobiografía de Vasconcelos requiere de la historia para explicar las inserciones de las relaciones sociales en la vida privada, dado que el hombre está determinado por la sociedad, y ésta a su vez por el hombre. Vasconcelos, desde la intimidad familiar observa, en su infancia, el exterior social. Sabe que su abuelo Don Esteban Calderón, penetra en el ámbito histórico al comulgar teórica y prácticamente con las ideas liberales de la época. Su participación se ejerce desde su actividad profesional: Cura enfermos heridos en las luchas de los liberales contra los conservadores. Un héroe nacional, futuro traidor de la causa, cae en sus manos para ser atendido: Porfirio Díaz. La obra autobiográfica comienza a participar de la hibridez característica de su género.

nen abordar la cultura y el conocimiento por otros caminos ajenos al del método científico y recurrir a las humanidades ya con una formación metódica en el estudio. "La Generación del Ateneo" difunde la búsqueda de estas nuevas ideas entre la sociedad mexicana. Es en este punto donde se empalman vida privada y vida pública; donde historia y literatura se invaden indiscriminadamente; donde es ya imposible recurrir al deslinde porque ambos terrenos forman un género impuro; un género plagado de préstamos; un género, en fin, que gusta de la fusión: La biografía.

Vasconcelos pasa con asombrosa facilidad de la vida personal a la vida social. Encuentra un género que se acomoda a sus propósitos, que no limita su profunda necesidad de expresión, que parece ir acomodándose a la marcha de su discurso. Tan pronto nos refiere una anécdota privada como un suceso histórico. Expresa el mundo en el que participa, ya como político, ya como actor principal del íntimo universo vasconceliano. Desde su perspectiva individual, desde su forma de percibir la realidad, va fusionando la parte de vida que le ha tocado en el terreno privado, y su participación de carácter social en el terreno extenso de la creación histórica. No sería posible concebir su biografía amputando uno de estos elementos que integran la totalidad del hombre público. Vida y poesía, historia y recreación literaria, realidad y ficción. Historia (concebida en los términos no convencionales que Reyes expresa) en el recuento de hechos que arrojan luces sobre la sociedad mexicana en nuestro pasado revolucionario. Poesía en el relato de la intimidad. Una narración que se ha convertido en algo más que recuerdos transcritos; que se ha convertido en arte verbal, en literatura; en ese discurso poético invadido por la historia; en esa mezcla interesante que es el Ulises Criollo en su definición genérica de autobiografía. En la ficción, en la realidad cotidiana individual transportada al arte, ensanchada, enriquecida por los sucesos políticos. En ese exquisito enredo desconcertante de una literatura enloquecida que ha perdido toda noción de límites con la historia.

BIBLIOGRAFIA DIRECTA

- Vasconcelos, José. Ulises Criollo. Ed. Botas, México, 1935.
- Vasconcelos, José. La tormenta. Ed. Botas, México, 1936.
- Vasconcelos, José. El desastre. Ed. Botas, México, 1938.
- Vasconcelos, José. La raza cósmica. Espasa Calpe Mexicana. Colección Austral. México 1981.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE HISTORIA DE MEXICO

- Adame Goddard, Jorge. El pensamiento político y social de los católicos mexicanos. 1867-1914. UNAM, México 1981.
- Alessio Robles, Vito. Coahuila y Texas. Desde la consumación de la independencia hasta el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo. Talleres Gráficos de la Nación. México 1945 y 1946, 2 vls.
- Almonte, Juan Nepomuceno. "Noticia estadística sobre Tejas 1834". en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. Empresas editoriales. México 1965. t. II.
- Alperovich, M. S. y Rudenko, B. T. La revolución mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos. Ediciones de cultura popular, México 1979.
- Baranda, Joaquín. "El separatismo yucateco", en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. México 1965 t. II.
- Benítez, Fernando. Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana. FCE, México 1977.
- Bulnes, Francisco. "El generalísimo Santa Anna", en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. México 1965. t. II.
- Córdova, Arnaldo. La ideología de la revolución mexicana. Ed. Era, México 1973.
- Filisola, Vicente. "La guerra de Texas". en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. Empresas Editoriales. México 1965. t. II.
- Lerdo de Tejada, Miguel. "México después de su independencia" en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. Empresas editoriales. México 1965. t. II.
- López de Santa Anna, Antonio. "La guerra con Texas", en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. Empresas editoriales. México 1965. t. II.

- Molina Solís, Juan Francisco. "Inicios de la guerra de castas en Yucatán" en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. México 1965. t. II.
- Paula Arrángoiz y Berzabal, Francisco de. "La invasión americana", en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. Empresas editoriales. México 1965. t. II.
- Prieto, Guillermo. "La guerra con los Estados Unidos", en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. Empresas editoriales. México 1965. t. II.
- Quevedo y Zubieta, Salvador. El Caudillo. Librería de la Viuda de Bouret, París-México, 1906.
- Quevedo y Zubieta, Salvador. Porfirio Díaz. Librería de la Viuda de Bouret, París-México, 1906.
- Ramírez, Ignacio. "Reformas políticas y reformas sociales", en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. Empresas editoriales. México 1965. t. II.
- Ramos Arizpe, Miguel. "Las provincias del norte", en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. Empresas editoriales. México 1965. t. II.
- Rangel, Nicolás. "La Revolución francesa y su influencia en la independencia", en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. México 1965. t. II.
- Roa Barcenas, José María. "Reflexiones acerca de la guerra con los Estados Unidos", en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. México 1965. t. II.
- Roeder, Ralph. Hacia un México moderno: Porfirio Díaz. FCE, México 1973.
- Ross, Stanley R. Madero. Ed. Grijalbo, México 1977.
- Sierra, Justo. Evolución política del pueblo mexicano, en obras completas tomo XII, UNAM. México 1977.
- Sierra O'Reilly, Justo. "El problema agrario de Yucatán" en Lecturas históricas mexicanas. Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. Empresas editoriales. México 1965. t. II.
- Silva Herzog, Jesús. Breve historia de la revolución mexicana. FCE. México 1964.
- Ulloa, Berta. La revolución escindida, en "Historia de la revolución mexicana. Período 1914-1917." El Colegio de México, México 1979.
- Valadés, José C. Breve historia del porfirismo. Editores mexicanos unidos. México 1971.

- Valadés, José C. Historia general de la revolución mexicana. Manuel Quesada Brandi editor, Cuernavaca Morelos, México 1967.
- Villegas, Abelardo. México en el horizonte liberal. UNAM. México 1981.
- Womack Jr., John. Zapata y la Revolución mexicana. Ed. Siglo XXI, México 1969.
- Zamacois, Niceto de. "Molino del Rey", en Lecturas históricas mexicanas: Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre Villar. Empresas editoriales. México 1965. t. II.
- Zea, Leopoldo. Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana. Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México 1956.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE TEORIA DE LA HISTORIA

- Carr, Edward H. ¿Qué es la historia? Ed. Seix Barral, Barcelona Esp. 1978.
- Collingwood, R. G. Idea de la historia. FCE. México 1974.

BIBLIOGRAFIA SOBRE NOVELA DE LA REVOLUCION MEXICANA

- Guzmán, Martín Luis. El águila y la serpiente. (Compañía General de Ediciones. México 1971.
- Guzmán, Martín Luis. La sombra del caudillo. Colección Malaga. México 1978.
- Guzmán, Martín Luis. Memorias de Pancho Villa. Compañía Ibero-americana de publicaciones. Madrid Esp. 1928.

BIBLIOGRAFIA SOBRE TEORIA LITERARIA; ANTOLOGIAS O ANÁLISIS LITERARIOS

- Beguin, Albert. El alma romántica y el sueño. FCE. México 1954.
- Henríquez Ureña, Max. Breve historia del modernismo. FCE, México 1954.
- Martí, José; Gutiérrez Nájera, Manuel; etc. Antología del modernismo. 1884-1921. UNAM, México 1970. Selección introducción y notas de José Emilio Pacheco.
- Reyes, Alfonso. El Destiende. FCE, en obras completas tomo XV. México 1980.
- Reyes, Alfonso. La experiencia literaria, en obras completas tomo XIV, FCE, México 1980.
- Reyes, Alfonso. Tres cuentos de exéctica literaria, en obras completas tomo XIV, FCE, México 1980.
- Schulman, Ivan A. Génesis del modernismo. El Colegio de México y Washington University Press, México 1980.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE TEMAS AMERICANOS Y MEXICANOS

- Caso, Alfonso. "¿El indio mexicano es mexicano?" en El ensayo mexicano moderno. Selección, introducción y notas de José Luis Martínez. FCE. Colección letras mexicanas, México 1958. t. I.
- Cosío Villega, Daniel. "Los problemas de América", en El ensayo mexicano moderno. Selección, introducción y notas de José Luis Martínez. FCE Colección letras mexicanas, México 1958. t. I.
- Jiménez Rueda, Julio. " México en busca de expresión" en El ensayo mexicano moderno. Selección, introducción y notas de José Luis Martínez. FCE. Colección letras mexicanas, México 1958. t. I.
- Paz, Octavio. El laberinto de la soledad. FCE, México 1964.
- Ramos, Samuel. "Psicoanálisis del mexicano", en El ensayo mexicano moderno. Selección, introducción y notas de José Luis Martínez. FCE. Colección letras mexicanas. México 1958. t. I.
- Reyes, Alfonso. "Notas sobre la inteligencia americana", en El ensayo mexicano moderno. Selección, introducción y notas de José Luis Martínez. FCE. Colección letras mexicanas, México 1958. t. I.
- Silva Herzog, Jesús. "Meditaciones sobre México", en El ensayo mexicano moderno. Selección, introducción y notas de José Luis Martínez. FCE. Colección Letras mexicanas, México 1958. t. I.
- Vasconcelos, José; Reyes, Alfonso; Etc. Conferencias del Ateneo de la Juventud. UNAM. México 1962.
- Zea, Leopoldo. "En torno a una filosofía americana", en El ensayo mexicano moderno. Selección, introducción y notas de José Luis Martínez. FCE. Colección letras mexicanas, México 1958 t. I.

BIBLIOGRAFIA SOBRE JOSE VASCONCELOS Y SU EPOCA

- Blanco, José Joaquín. Se llamaba Vasconcelos. FCE. México 1977.
- Krauze, Enrique. Caudillos culturales en la revolución mexicana. Ed, Siglo XXI, México 1976.
- Magdaleno, Mauricio. Las palabras perdidas. FCE, México 19__.
- Reyes, Alfonso. Pasado inmediato, en obras completas tomo XII, FCE, México 1980.
- Rivas Mercado, Antonieta. La campaña de Vasconcelos. Editorial Oasis, México 1981.
- Rivas Mercado, María Antonieta. 87 cartas de amor y otros papeles. Ed. Biblioteca Universidad Veracruzana, Veracruz, 1981

Skirius, John. José Vasconcelos y la cruzada de 1929. Ed. Siglo XXI, México 1978.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE FILOSOFÍA

Caso, Antonio. "El heroísmo filosófico". en El ensayo mexicano moderno. Selección, introducción y notas de José Luis Martínez. FCE. Colección letras mexicanas, México 1958. T. I.

Nietzsche, Federico. Así hablaba Zaratustra. Prometeo, Sociedad Editorial, Valencia 19__.

Vera Cuspinera, Margarita. El pensamiento filosófico de Vasconcelos. Ed. Extemporáneos, México 1979.

Villegas, Abelardo. La filosofía de los mexicanos. FCE, México 1960.

Zea, Leopoldo. El positivismo en México. Nacimiento apogeo y decadencia. FCE. México 1963.

OTROS TEMAS

Tolstoi, Leon. La sonata a Kreutzer. Editorial Bruguera, Barcelona 1973.

INDICE GENERAL

	Págs.
A. Introducción.....	I
I. Los primeros años.....	2
II. Un pionero chicano.....	12
III. Durango: El descubrimiento de un México nuevo.....	22
IV. La Capital: Confirmación de las riquezas de la Patria.....	28
V. Toluca.....	34
VI. Campeche.....	41
VII. El Positivismo: Impostura de un régimen.....	54
VIII. Entre el erotismo y la vocación.....	67
IX. Vasconcelos maderista.....	77
X. Adriana.....	90
XI. Caída de Madero.....	98
B. Conclusiones.....	103